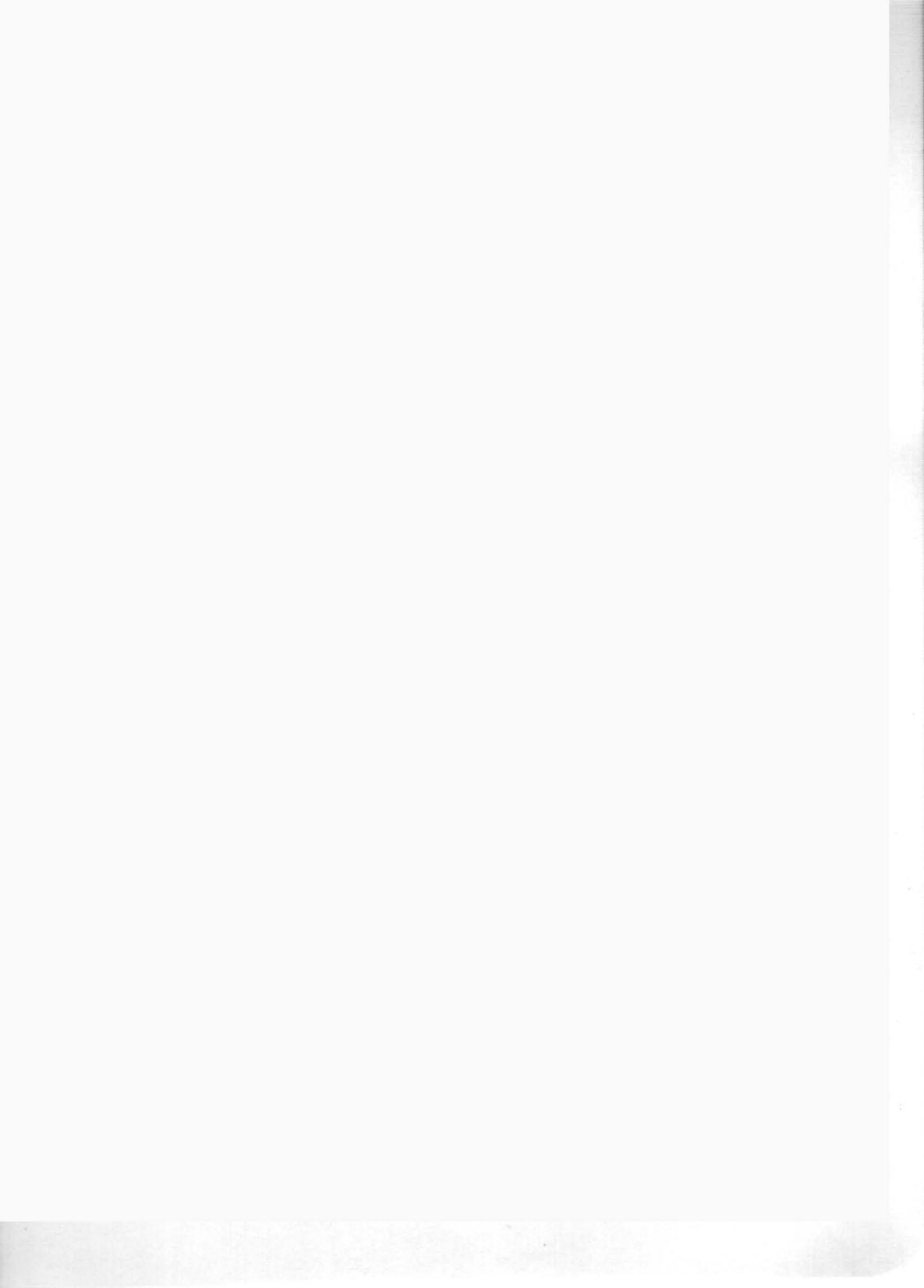


Rufino Martínez  
**LA GRAN ALDEA**



Memoria del corazón



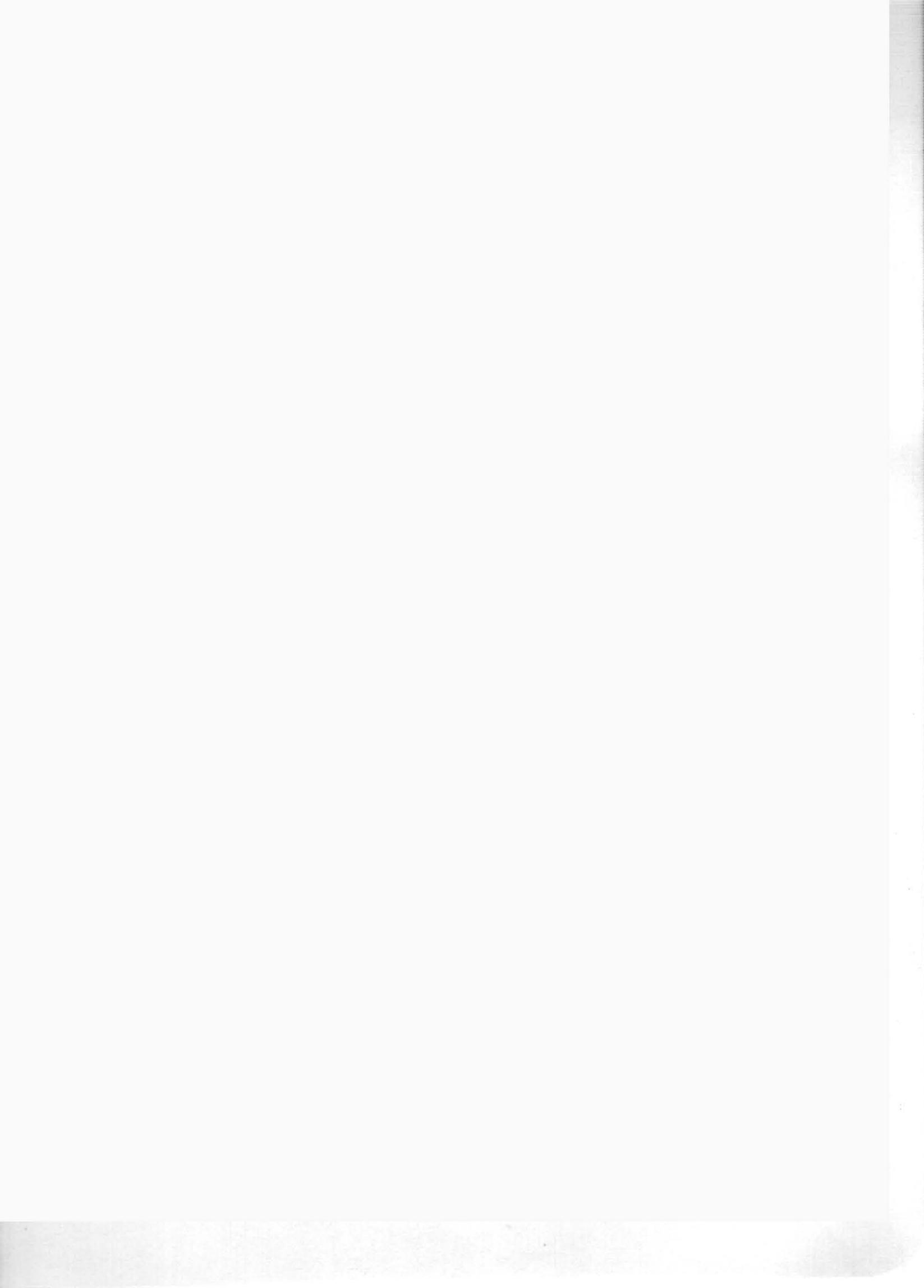
Rufino Martínez

# LA GRAN ALDEA

Memoria del corazón

*Ilustraciones:*  
**JORGE RODRIGUEZ**

*Editoras del Oeste S.A.*  
Colección **El Nuevo Diario**  
San Juan • Argentina



# ARTICULOS QUE PERDURARAN

*Lo publicado en periódicos pasa pronto al olvido. A menudo ese destino es justiciero. El ámbito de la cultura periodística se caracteriza por la actualidad, o sea por la información de lo novedoso, aquello que al día siguiente será ya cosa marchita e indiferente. Es un hecho: la noticia fresca atrae, la añeja fastidia. Una revista española reproduce un chascarrillo ilustrado en el que la mujer dice al marido, enfascado en la lectura:*

*"Diego, apresúrate a concluir con los diarios de la mañana, que se te enfrían los de la tarde". No deja de tener su sentido para nosotros la primera noticia de la actualidad viviente.*

*Pero es un hecho también que, junto a lo trivial y perecible, se imprimen a veces en los periódicos otros escritos. En estos se descubre cierta calidad sorprendente. Por eso, uno desearía arrojar una red para salvar tal tesoro del mar de trivialidades que lo rodea. Algunos lo han hecho. Por ello, podemos leer hoy en libros de obras de Baudelaire, Roberto Arlt, Rubén Benítez... destinadas primero a brillar un solo día en hojas volanderas de periódicos. El libro da a lo escrito otra forma de permanencia.*

*La serie de artículos de Rufino Martínez, publicados en forma periodística, merecen perdurar en el tiempo. Es un acierto darles un lugar en el libro.*

*La Gran Aldea nos permite descubrir en el autor rasgos de estilo, perspicacia y sensibilidad laudables en el arte literario.*

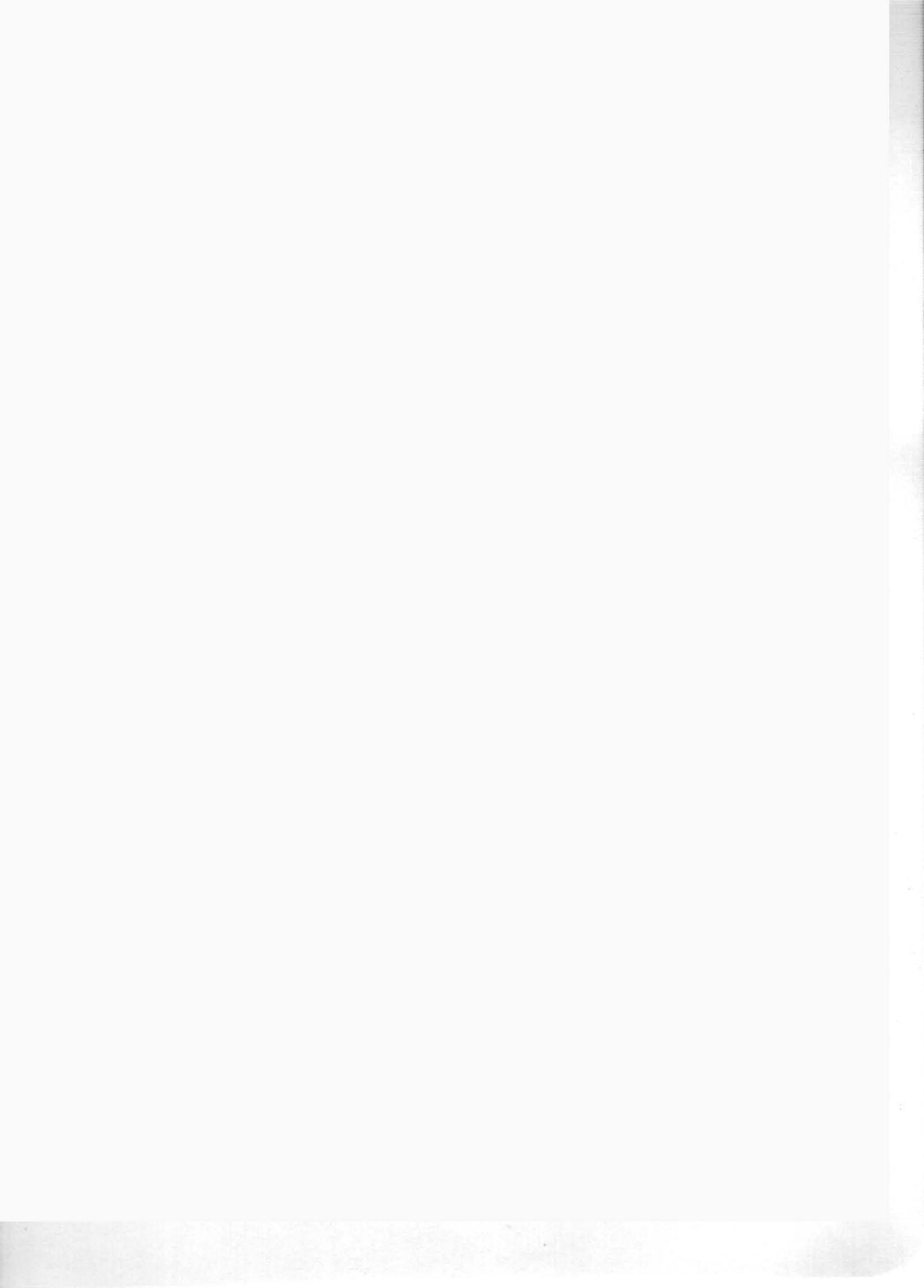
*El estilo es algo singular que la retórica no puede reducir a conceptos del todo. Se trata de algo que cada escritor añade; surge de lo recóndito de la personalidad, aunque lo informado sean peripecias vulgares. Otros nos dan a conocer tal vez lo mismo; pero carecen de gracia. El estilo meritorio no se reduce a pericia retórica; pues hay formas de relatar, plenas de preciosos vocablos y de tropos originales, las cuales no nos atrapan y más bien nos producen hastío. Respecto de esto, nos satisface coincidir con Leonardo Castellani en su juicio crítico sobre la frialdad de Gabriel Miró. Todos sabemos que hay gran diferencia entre un hombre insulso y otro con cierta sal para contar un cuento.*

*Rufino Martínez posee el don del estilo. Hay en él "savia de escritor".*

*Además trasluce autenticidad. Hay una especie de literatura en la cual la ficción encanta y toma indiferente la verdad de lo relatado (Oscar Wilde, Jorge Luis Borges...). Otra, en cambio, exige al lector creer en la veracidad del autor al que enfrenta. En esta especie de escritor, descubrimos que nada del contenido ha sido fraguado por intereses de extravagancia literaria. Hay una realidad que ha percibido el autor y creemos en lo que nos dice. El escritor vivió, experimentó, amó o repudió, gozó o sufrió; quiere rescatar del olvido acontecimientos y personas. Si mintiese, todo nuestro interés en leerlo desaparecería. Pero no miente. Hay algo que, aún no conociéndolo personalmente, nos indica que su testimonio es verdadero.*

*Claro que con mucha realidad, mucha sinceridad y muy buenos sentimientos se puede hacer mala literatura. No es éste el caso de Rufino Martínez: su fiel memoria reanima escenas de la infancia, paisajes, diálogos y sucesos de los cuales se desprende sutil poesía y una vibración emotiva que se comunica al que lee. Es un escritor genuino.*

**Nota de Redacción:** Manuel Bartolomé Trias es profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación. Acaba de jubilarse como profesor titular de Estética y Metafísica en la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca. Ha desempeñado cargos en universidades, institutos, sociedades de Filosofía y la Academia Argentina de Letras. Ha dictado cursos y dirigido seminarios en provincias argentinas y ha participado en numerosos congresos como representante de universidades a que ha pertenecido. Ha merecido primeros premios, como el otorgado por el Museo de Arte Español "Enrique Larreta" por su trabajo sobre la novela *Zoboigi* de Enrique Larreta y el Premio Fondo Nacional de las Artes, 1986, por su novela *La miel amarga*, por la cual ha merecido se lo califique en el orden nacional como "un clásico de la narrativa contemporánea argentina". Manuel B. Trias es sanjuanino, un sanjuanino vastamente conocido en el país por su obra fecunda y esclarecida en los campos de la docencia, el arte y la filosofía.



# A MANERA DE PROLOGO

*T*oda idea que uno escribe es un mensaje de la vanidad al olvido. Todo sentimiento que uno plasma es un hálito de amor destinado a los huesos del Hombre que descansan en la tierra. Todos los huesos de todos los hombres de todos los tiempos, son los huesos de un solo Hombre. Todas las patrias, de todos los tiempos es una sola patria: la tierra.

El hombre y la tierra son una sola cosa. Claro está que el hombre, para serlo, debe tener y cultivar un corazón y meter en él todas las criaturas y todos los prodigios: el vuelo del pájaro, la flecha del pez, el galope del caballo, la furia del viento, el murmullo del mar, el pan de la lluvia, las estrellas de la noche, la paciencia del santo, la sabiduría del anciano y la inocencia del niño y además debe tenerlo todo sin tener nada y debe saber que no posee nada teniéndolo todo.

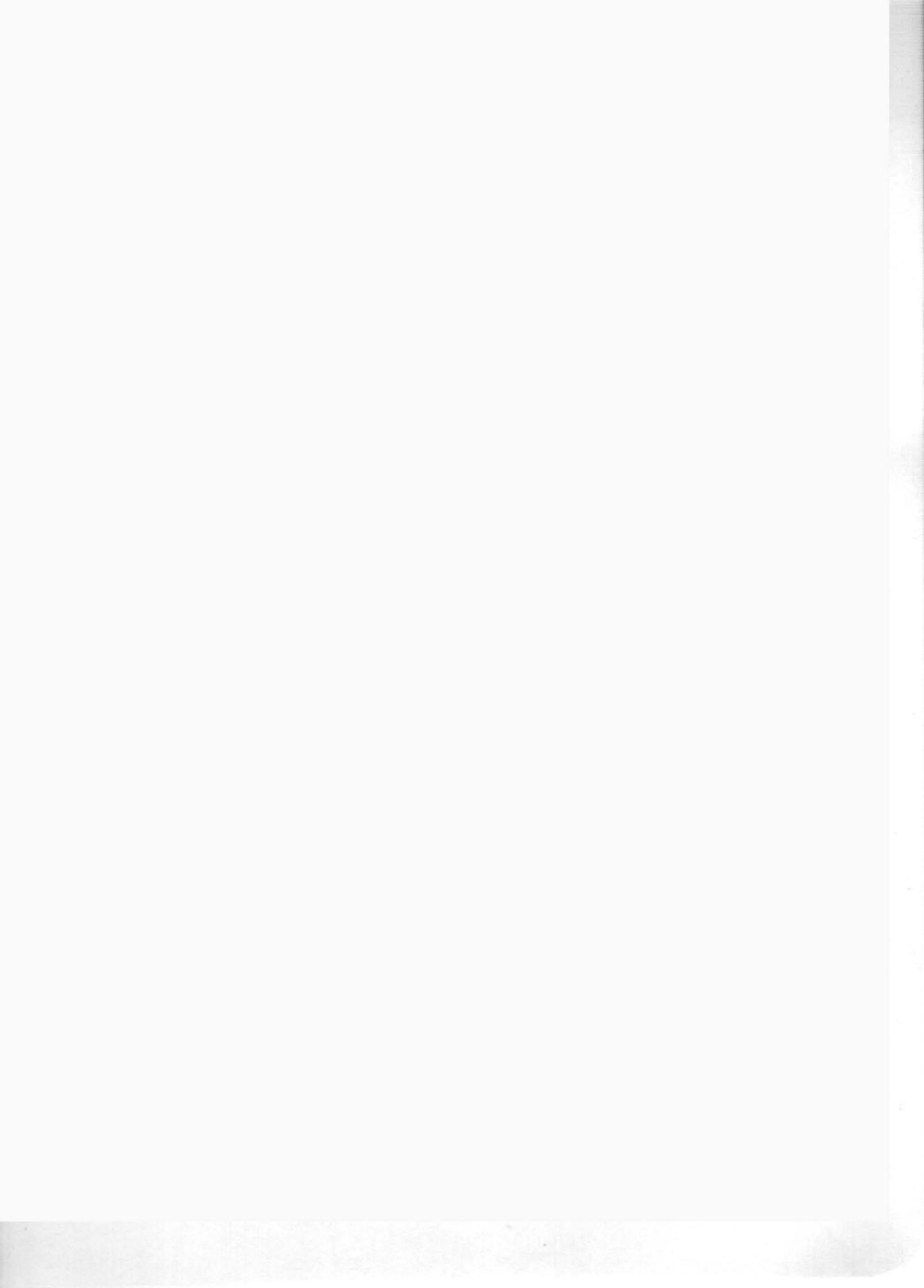
Mi niñez y mi infancia las pasé en un pueblo, Huinca Renancó, en las llanuras donde comienza el sur. El pueblo tenía quince años cuando yo tenía uno. Mis recuerdos se nutren en el olor de los pastos fuertes y la presencia del ranquel en los bañados. Todos los pueblos de esa zona eran casi iguales y en todos la nota destacada eran los gringos haciendo la patria y el indio que hubiera querido lo mismo, pero lo echaban hacia el sur.

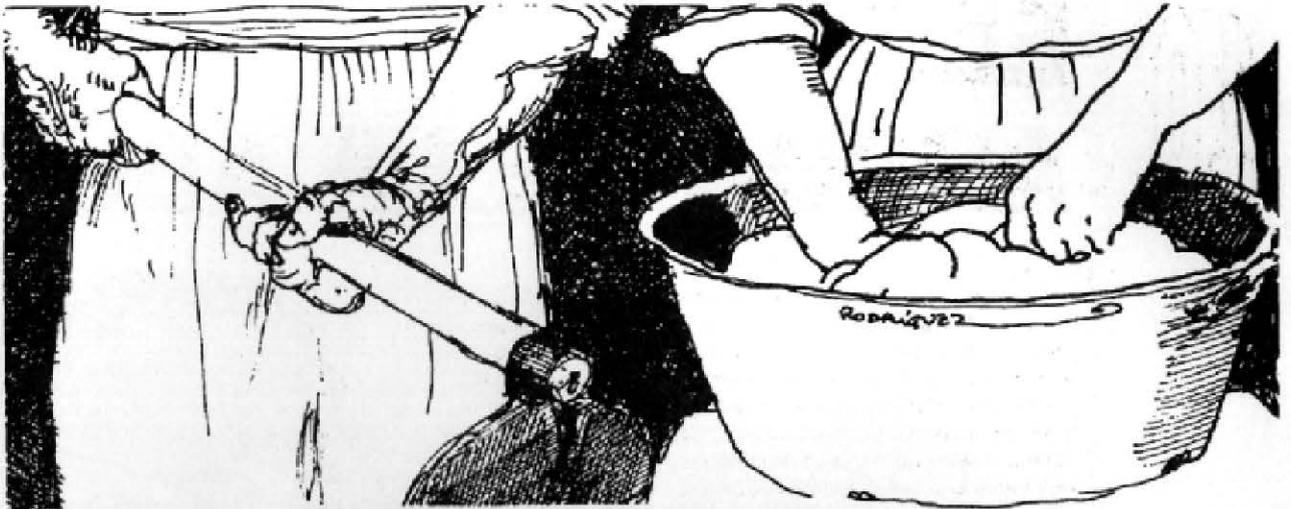
A los quince años dejé la sequía de mis pagos y enderecé hacia las puras vertientes de la montaña. Me asombró el hilo de plata que atravesaba el desierto y el vuelo del cóndor en la altura. Me aquerencí a San Juan. Me hice hombre, me casé y tuve hijos. Quien pida más que eso es un insensato, quien pida menos es un estúpido. En mi pueblo, Huinca Renancó me asombró el pechocolorado. En San Juan me asombró la loica, que son la misma cosa. En las dos partes vi al hombre siempre trabajando.

Este libro es una compilación de algunas notas aparecidas en la serie La Gran Aldea del semanario El Nuevo Diario que aparece en San Juan. En esas notas relato algunas vivencias en mi entorno y me solazo en el reguste de amadas querencias anidadas en mi corazón.

Agradezco a Juan Carlos Bataller, director de El Nuevo Diario que creyó en mis cosas y se empeñó en hacer esta publicación. Fue muy valiosa la colaboración que me brindaron Jorge Rodríguez por las ilustraciones que ennoblecen este libro; Jorge Leónidas Escudero; Edgardo Brambilla, Héctor Enrique Caballero y Nelio R. Espínola y el generoso comentario del profesor Don Manuel Trias. A todos gracias.

**RUFINO MARTÍNEZ**





# LOS ABUELOS

**E**ra gente de trabajo. Tenían el orgullo de la palabra y el rubor de la vergüenza. Sus actos eran protegidos por altos, inmaculados hados. Vinieron de todas partes del mundo y se los reconocía por sus ropas humildes y sus manos callosas. Cierta luz los nimbaba como a los héroes, como a los santos. Pero, ellos no están en los libros ni en el laurel ni el mármol. Ellos (sus huesos) están abonando todos los pueblos de la patria. Ellos fueron los hombres que abrieron los surcos, sembraron el trigo, domaron los potros, amansaron los ríos; florecieron en los altos andamios de la albañilería y se mustiaron en los profundos socavones de las minas.

¡En mi pueblo los vi! Eran viejos sagrados que olían a los nobles perfumes de la tierra. Recuerdo a Felipe Prieto, el carpintero, que olía a los balsámicos aceites de pino y, después de la garlopa, acariciaba la madera con el arrobamiento con que el amante acaricia las turgencias de la joven virgen. ¡Yo lo vi, siendo un niño y me quedaba las horas viendo cómo el tupí llenaba el aire de la carpintería de vegetales, perfumadas chispas! ¡Yo lo vi!, y, para mí, don Prieto había venido escapado de algún libro que me habían leído. Y viéndolo supe que era un duende que Alguien había transformado en carpintero y que de sus manos, ágiles y honradas, salían las cosas que el hombre necesita para vivir... y morir: La mesa y el banco, para que se una la familia en el vital rito de la nutrición; la cama, para que después del trabajo, el hombre olvide la fatiga y recupere los bríos para una nueva jornada y también para en ella, en la cama, hacer los hijos que prolongarán sus dichas y justificarán sus fatigas. ¡Sí, yo lo he visto! Y fue como el regalo de una mara-villosa navidad. Como si de las manos de don Felipe salieran, para el aire, angelitos de viruta, luminosos ángeles de viruta que volaban a poblar la noche de estrellas. ¡Sí, este carpintero era un mago! Aunque me dolió saber que también de esas manos salía el ataúd, cuya severa forma es el vehículo que lleva al hombre a la eternidad de la sombra o a la luz de un nuevo día. Eso ocurrió cuando era un niño, cuando los símbolos fúnebres me atormentaban. Después supe que el ataúd es una de las infinitas caras del ángel y que no es más tétrico que ciertas formas de la vida ¡Dios nos da la sabiduría para que la echemos al olvido! Este Dios es un piola. Otras personas, otros duendes he conocido en mi pueblo que llenaron mi corazón de orgullo y mi mente de esperanza ¡Siempre he sido un niño muy crédulo, enfermedad que aún perdura!

*Y* también estaban las mujeres. El regalo de Dios para

que el hombre tenga compañía y multiplique la especie. Eran mujeres del percal y el algodón, de las trenzas, el rodete y el polvo de arroz. Rústicas, hermosas matronas que llevaban la casa, lavaban y cosían la ropa, remendaban lo gastado, hacían la comida, labraban la huerta, cuidaban y criaban las aves de corral, ordeñaban la vaca, engordaban el chancho, hacían los dulces y las conservas y, entre tarea y tarea, parían el hijo y seguían trabajando ¿De qué pasta estaban hechas esas abuelas? Eran las compañeras del "pionero", sin ellas los hombres no hubieran hecho nada. El hombre, que es ala y sueño y juega a la guerra ¿Qué hubiera hecho sin ellas? ¿Qué hubiera hecho sin ese ángel del trabajo y la humildad a su lado? Doña María, tu madre, y doña Antonia, mi madre, hicieron con su trabajo y su humildad el más grande monumento a la gratitud: el hijo. El hijo que es un monumento en el corazón de la madre y la madre que es un monumento en el corazón del hijo. Ese es el milagro del orden en el orbe: el corazón de la madre.

**T**odo esto ocurría en mi pueblo y en todos los pueblos de la patria. Eso ocurría cuando mi corazón era joven y los campos eran verdes. Cuando los ríos eran puros y los peces unas lanzaderas de plata urdiendo la trama del milagro. Eso ocurría cuando los pájaros eran dueños del aire y los potros galopaban en la llanura. Todo eso ocurría cuando las romerías eran una fiesta y los velorios una tristeza. Eso ocurría cuando los hombres eran hombres y las mujeres, mujeres ¡así de simple! Y no se confunda todo esto con una figura retórica. Todo esto ocurría cuando se creía en la palabra y un apretón de manos era la única garantía. Todo esto ocurría antes del plazo fijo, antes de la usura, antes del sindicalismo político y antes de los políticos sindicalistas. Antes del apogeo de la droga y de la mafia. Cuando los bancos daban crédito para el trabajo y los hombres escuchaban a un político (¿Palacios, de la Torre?), y creían en ellos. Sí, todo esto ocurría antes, cuando había muchos abuelos Felipes y muchas abuelas Antonias.

**T**odo esto ocurría antes, cuando el corazón de los niños era verde, fresco y fragante; cuando los abuelos existían y se llamaban Felipes y Antonias. Pero, eso hace mucho tiempo, antes de la invención de la salvación y la providencia. ¡Mucho antes que se inventara el asco... que luego lo invadió todo!

# EL ARCON DE LA ABUELA

**H**abía en casa un baúl misterioso que llamábamos El Arcón de la Abuela, era muy antiguo, de madera de castaño, forrado por dentro con una tela floreada y por fuera pintado de verde viejo, tenía un herraje martillado a mano y pintado en negro mate. Perteneció a la madre de mi madre. Cuando el baúl vino con mis padres de Galicia traía el buche lleno de castañas, almendras, latas de sardinas y turrone y cada vez que había una fiesta, mamá recurría al baúl y siempre, de él sacaba alguna golosina. Siempre nos maravilló la prodigalidad de sus dones, lo inagotable de sus bondades. Los muchachos llegamos a creer que dentro del baúl vivía un mago, un gnomo gallego y hasta hubo noches que escuchábamos miñeiras, alalás y marchifias con gaitas, panderos y palmas. Siempre estaba cerrado con un candado grande de hierro forjado y cuando mamá abría el baúl la casa se inundaba de un fuerte olor a manzanas y membrillos, aunque recordábamos que de antiguo olía a sardinas, castañas y turrone.

Nunca sabíamos, realmente, qué había dentro del baúl, aunque llegamos a barruntar que dentro de esa maravilla había una ría gallega, un bosquecillo de castaños y en un verde prado un alegre cementerio donde reposaban los huesos de todos los ancestros de papá y mamá. Resumiendo, con el tiempo "sabíamos": que ese baúl —El Arcón de la Abuela— era como la patria de los viejos. Como si allí estuvieran los afanes, las alegrías, las desgracias y las muertes de todos los gallegos que en el tiempo, trabajosamente, hicieron a mis padres. Y así supimos que ese arcón era la patria de mis padres, allí estaban los huesos, los recuerdos y las vivencias de todos los Martínez y los Oteros de Galicia. ¡Vivos los viejos, con su morriña trajeron todos los duendes de la sangre y así pudieron vivir aquí, como si estuvieran en su propia tierra, al traer los recuerdos esta era la patria! Y tal vez ese sea el secreto, el porque todos los gringos quieren a la Argentina: Aquí están en su casa, en su patria. Aquí están enterrados los huesos de los padres, de los abuelos... ya son argentinos.

**L**a crisis de los años 30 nos agarró "fiero" en mi pueblo. La sequía asoló los campos; las cosechas se perdieron y muchas pequeñas industrias y comercios cerraron sus puertas. Mi padre y un hermano quedaron sin trabajo. Una noche en que la sopa era chirle y el pan duro mi madre preguntó a papá: "Mariano, las cosas están feas ¿crees que debemos recurrir al Arcón de la Abuela?. Mi padre contestó: "Déjame pensar hasta mañana", y se fue a dormir. Al otro día, al desayuno, papá le dijo a mamá: "¡Antonia, lo de la abuela no se toca, llama a los muchachos! Y cuando "los muchachos" estuvimos reunidos papá dijo: "Herminia, agarra dos gallinas, junta unos huevos y ve al pueblo a ver lo que puedes vender. Isabel corta unos choclos y unos zapallitos del tronco, que ya están y ve con tu hermana, usa la canasta grande. Paco, ve a Martínez y Tronquito que creo iniciarán una obra y pueden necesitar una media cuchara. Jesús y Rufino, ya hablé con Cendón y con Iglesias y ustedes van de boyeros. Pepe, tu toma un azadón, abre dos surcos hondos en el fondo de la quinta, vamos a cultivar espárragos, ya conseguí las arañas, me las da el doctor Olivero y tu Antonio y Aída, a juntar leña de vaca y a la tarde saquen yuyos de la quinta.



**y** así fue que papá fue, en nuestra crisis, nuestro Domingo Cavallo, con la diferencia que papá en vez de vender las joyas de la abuela aplicó la técnica de hacernos trabajar y, a los cinco meses habíamos superado la inflación y teníamos un superavit en pollos, quinta y chacra y además habíamos agregado, conejos, pavos y hasta una pequeña tostadora de maní que cultivábamos en nuestra chacra y los vendíamos en los comercios. ¡Claro que entonces no teníamos deuda externa, ni patria financiera, ni estado paternalista, ni gremio salvador, ni corrupción, ni droga, ni otras maravillas que llevaron al país a un total estado de decadencia! Todas estas lacras nos faltaban entonces: lacras fueron "conquistas" que logramos a partir de la pérdida de la democracia con el derrocamiento de Hipólito Irigoyen y el surgimiento posterior de los grandes salvadores de la patria (que Dios los cocine en el infierno). Entonces, solamente teníamos tres grandes defectos: La contracción al trabajo, el rubor de la vergüenza y el orgullo de la familia.

En duro trance está la Argentina y en gran apuro el actual gobierno. Ya abrimos el cofre de la abuela y empezamos a vender las joyas. Es de desear que lo recaudado por la venta de la herencia de la abuela sirva para dar de comer a los anciano, educar los nietos, asistir a los enfermos y crear fuentes de trabajo. ¡No sea que la riqueza de la República la usemos en pagar fiestas, cocaína y despilfarros de los que vaciaron el país y para los cuales hay un solo lugar: la cárcel!

**C**uando murieron mis padres abrimos El Arcón de la Abuela adentro no había ningún tesoro, apenas si una caracola, con que mi madre escuchaba las rías de Galicia; una gaita y unas zapatillas blancas, con que mi padre bailaba la jota; una bolsita de cuero con tierra de La Coruña y en un rincón, entre membrillos y manzanas, unas tremendas ganas de trabajar!

# EL ALAZAN Y EL MORO

**D**iez años tendría... y esto: en aquel entonces era un muchachito que, absorto, en la calle de la loma, cerca de lo Prieto, contemplaba el vuelo de las golondrinas que, como negras lanzaderas, tramaban el aire de la mañana en un incesante ir y venir de uno al otro borde de la hondonada que cortaba la loma. En el trajín de hacer el nido y empollar los huevos. Allí estaba, como un cascotito de tierra tirado sobre la ocre y guadalosa arena del bajo de la loma. De pronto, en el duro parche de la tosca, los cascos de un caballo dibujaron un galope, torció la cabeza para el lado de los Villagra y, en la esquina de la usina, en ese momento, como un estallido de luz, el alazán de Ignacio apareció en la esquina, torció a la derecha, amortiguó el galope en el pesado guadal y, al tranquito, se vino para donde yo estaba. El animal y el jinete levantaban un fino velo de arena que, al sol, parecía una neblina de oro en la cual flotaba un santo en busca de diablos y dragones. Era como una estampita de la iglesia que yo había visto en un libro. **¡MI corazón dio un vuelco de alegría, olvidé las golondrinas y mi mente fue ocupada por un fuerte deseo de hacerme grande, montar un alazán y echarme a los caminos a crecer, a hacerme hombre, a ser como Ignacio!**

El alazán paró frente a mi bultito y la voz aflautada pero firme de Ignacio me dijo: "¿Qué hacés, Rufino, andás perdido? **No—le dije— estoy jugando... y usted, para dónde va?**" Al campo —me dijo— voy a una estancia cerca de Daract, no sé cuándo vuelva, voy conchabado". Luego descolgó el cuerpo a un costado, se inclinó en el caballo, echó el sombrero hacia atrás me tendió la mano y me dijo: "Chau, Rufino, hasta que te vuelva a ver". Yo estreché esa mano, grande, áspera, callosa, acostumbrada a todos los rigores y sentí una seguridad que antes no había sentido; con voz medio entrecortada le dije: "¡Adios, Ignacio". El, socarrón, me guiñó un ojo, se acomodó en el recado y haciendo un pequeño envión con el cuerpo arrancó en el alazán. Yo me quedé como una motita de asombro, viéndolo alejarse en el camino. Hizo una parada en el almacén de Villarino (seguramente a comprar algunos vicios) y luego lo vi salir, montar y, al tranquito tomar para el lado del paso a nivel de Riesco.

Esa imagen la recreé muchos años y la fui acomodando: Me pareció que el alazán era la luz de la mañana y que tomaba rumbo al mediodía y que Ignacio, montado en la ilusión de la juventud iba a camppear la dicha en los largos senderos del vivir. **¡Pucha, si hubiera sido grande me hubiera gustado decirle: cuidado, Ignacio, con las vizcacheras!**

**I**gnacio andaría por los veinte. Era uno de varios hijos de don Nicanor Abalos, que vivían en la quinta del doctor Olivero y hacían changas en el pueblo, faenas de campo, cosecha y trilla y las labores de granja de la quinta: frutales, abejas, vacas lecheras, conejos, cultivo de espárragos, atención de flores y verduras y atar el sulky y llevar al doctor en sus visitas de atención de enfermos. En esos trajines andaba la familia Abalos. Primero murió doña Dominga, la madre; después le siguió don Nicanor y más después, como siempre ocurre, los hijos empezaron a diezmarse, igual que si uno le pega una patada a una flor de cardo: salen los panaderitos en todas direcciones, buscando un huequito donde acomodarse y prolongar su desgracia **¡Suerte de argentino pobre, ser un yuyito en los caminos del viento!**



**P**asaron los años desde las golondrinas, la loma y el alazán. A mí el viento me llevó a otros pagos y, panaderito de cardo, repartí mi pan en distintos lugares y con suerte varia. De vez en cuando, a la muy larga, me daba una vueltita por mi pueblo, Huinca Renancó, cargaba las pilas secas de mis recuerdos, olía los yuyos de mi infancia y veía cómo la gente de mis amores iba cambiando o muriendo. Un día, de hará unos cinco años, estaba yo en la vereda del Club Santa Paula, en Huinca, tomaba una cerveza con mi hermano Jesús y barajábamos viejas querencias. El día había sido pesado y un ocaso anaranjado, preñado de amenazantes cúmulos, anunciaba posibles lluvias y un alivio para la gente que en las veredas y los patios esperaba el fresco de la noche y el alivio del sueño. En eso estábamos, viendo cómo la noche se tendía sobre el pueblo, cuando la silueta de un hombre a caballo se perfiló en el foco de luz de la esquina de la farmacia de Salinas. La sombra se fue estirando hacia nuestra mesa, después, el foco de enfrente la fue acortando hasta que se iluminó de lleno: El caballo era un moro estrellado, recio y de andar bien enseñado. El hombre era un paisano, vestido a la usanza gaucha y debajo del sombrero negro le caía una melena tordilla. Montaba derecho, erguido, como formando parte del caballo; las riendas, en la zurda, dejaban que el caballo fuera solo.

De golpe me vino una coronazonada y pregunté a Jesús: "Che, qué sabés de Ignacio Abalos?" No sé —me contestó— hace muchos años que no lo veo, me han dicho que vive jubilado en una casita cerca de la loma. Y entré a recapacitar: el hombre debe haber pasado los setenta. Cuando en la loma, tendría unos veinte ¡Es él no más! Y el corazón se me llenó de Ignacios. Y como hablándole: Cuando saliste del pueblo ibas en un alazán del color de la mañana y llevabas enancada la esperanza. Cincuenta años después te veo volver al pueblo en un moro color de la noche y enancado el desencanto. Quise correr, correr hasta Ignacio y abrazarlo, pero me quedé quieto. **¡Los recuerdos construidos con amor no deben tocarse, hay que dejarlos ahí no más!**

# ¡MAÑUNGO ROJO, SI SEÑOR!

**E**n el Cementerio del Alto lo enterraron. De la camioneta bajaron el ataúd; subieron la pedregosa cuesta y pararon al lado de un retamo, al pie del cual habían abierto un hoyo. Era uno de los retamos que, al decir del poeta Escudero, el viento se entretiene "chiflando eternidades". El escaso cortejo, de gente del pueblo, era de un monótono gris, como el color de lo humilde, como el color del olvido. Con dos sogas bajaron el cajón. Algunos tomaban un puñado de ripio, lo besaban y, como un recuerdo para la eternidad, lo arrojaban sobre la caja. El ruido sordo, incomparable, de la tierra sobre el cajón del muerto remedaba el pausado tranco de la mula en el estrecho sendero de la montaña.

Imagino que para Mañungo Rojo —que era el muerto— y que ya estribaba la interminable pendiente, ese ruido de cascotes deben haberle recordado algunas de sus incansables excursiones en las repechadas hacia el país del cóndor y la estrella. Imagino —digo— si es que los muertos escuchan y recuerdan. Y así fue el entierro de Manuel "Mañungo" Rojo que dejó un hueco de ausencia en Sorocayense y en el corazón de Enrique su hermano y llenó otro hueco en el Cementerio del Alto en Tamberías, donde, al decir del poeta Escudero, el viento, entre los retamos "chifla eternidades". Dicen que todo quedó igual. A mí me gusta pensar que, con la muerte de Mañungo, Sorocayense se achicó un poco y que el Cementerio del Alto en Tamberías ganó un corazón. Y, un corazón es un gran abono en las tierras de Tamberías, donde el Negro López y el Pocholo Amín y el Marcelo Gallardo y el Pico Varas y tantos otros amigos cultiban el anís y el ajo y la cebolla y, sobre todo, cultiban y aman una tierra regada y abonada con los corazones de tantos amigos que, a su manera "viven" en el Cementerio del Alto.

Estábamos en Los Douglas. Cultivábamos la amistad y buscábamos bueyes perdidos. Los corazones estaban alegres, porque ese día nos habíamos enterado que Reyna Domínguez y Chelo Aguado habían merecido sendas distinciones en un certamen poético y los dos son de nuestra tropilla y tiramos el mismo carro. En eso estábamos: buscando bueyes y ensanchando el corazón, cuando llegó Paquito Aubone, que venía de Barreal y nos dio la noticia: "Muchachos ¿saben que ha muerto Mañungo?". Hubo como un apagón en los corazones. ¡Sí, ayer lo enterraron en Tamberías! Y esa fue la noticia que nos trajo Paquito... y ese fue el apagón.

**M**añungo fue un hombre de Sorocayense. Ese de representa pertenencia al lugar: Ahí nació, ahí vivió y ahí murió. Y creo si no me equivoco, que esa pertenencia a un lugar, ese estar en su sitio y sobre sus raíces es lo mejor que le puede ocurrir al hombre. Eso es volverse planta, yuyo, animal. Eso es ser una criatura de Dios. Y eso, que a veces olvidamos, debería ser un orgullo. El orgullo de integrar la creación. ¡Sí, debiéramos volver al yuyo y al animal y recuperar el gracioso don de ser! Pero, ese es el precio que pagamos por andar en dos patas y largamos a pensar conzercas.

Mañungo era hijo de don Leoncio Rojo y doña Lidia Araya, oriundos de Chile y afincados en Calingasta. Fueron varios hermanos: Enrique, Mañungo, Yulo, Pucho, Yiya y Martha y todos tenían el orgullo de la raíz chilena y la prolongación argentina. Solían, para la fiesta patria chilena, vestir de



"guasos", a la usanza del origen y llevar con orgullo la escarpela argentina. Que son los atributos que forman al hombre: Apego a sus antepasados y entrega a sus hijos. El padre murió cuando los muchachos eran chicos. Murió yendo a Chile para una fiesta patria, iban a caballo, con su mujer y sus hijos y, al cruzar el Río Santa Cruz, cerca del Pachón, el río venía toro. Murió de un ataque (un ahogo le decían). Don Leoncio tuvo tiempo de cruzar el río y poner sus críos a salvo en la orilla. Cuenta la leyenda que el hombre, en mitad del río, ya estaba muerto y que el salvatage lo hizo a puro corazón nomás. ¡Andá a saber, la gente de antes tenía cada cosa!

**M**anuel (Mañungo) Rojo fue un hombre de Calingasta, o mejor, de Sorocayense, o mejor, del lado este de la pasarela. Más de la mitad de su vida la pasó a caballo. Su vida era andar y ver. Bajaba a los abismos o repechaba a las cumbres con el andar lento y consustanciado de quien es parte de las cosas. Debe haber sido, de la gente de Calingasta, el que mejor conocía la cordillera. Y no cabe ninguna duda que era el mejor aparcerero para andar esas soledades. Leal, parco en la palabra y servicial como la alpargata, que te sirve para cualquier pie. Así fue el Mañungo Rojo. De él se cuentan muchas anécdotas que ya son parte del acervo lugareño. Lo que no cabe duda es que era impagable su compañía en la larga senda; las lentas noches y las interminables mateadas al lado del fogón. Hombre para que la vida pase estando al lado de él, estando, viviendo... ¡Para estar estando nomás! Así fue Mañungo, así lo recuerdan los amigos... y lo llora su hermano Enrique en tristes mateadas llenas de soledad.

# LA NACENCIA

Una suave y fresca brisa del sudeste hacamaba los verdes trigales del norte del pueblo. Desde el ventanuco de la casilla, doña Antonia miraba el verdor de los campos y acrecentaba su morriña gallega el fuerte olor a peces y sal que le traía el viento del mar. Seguramente, en ese instante, los duendes del cabo Finisterre y de las rías de La Coruña le bailaban en la sangre y un suave son de gaitas la recompensaban de tanto dolor de lejanía.

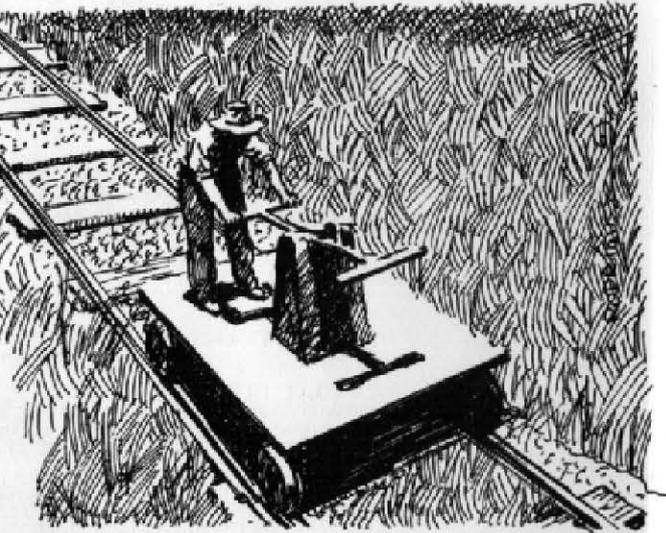
Corría el año 1915, el pueblo era Maza, en el departamento de Adolfo Alsina, cerca de Bahía Blanca. La casilla era una vivienda al lado de la estación del ferrocarril B.A.P. y doña Antonia (la que miraba el verde) la mujer de Mariano, un gallego hacía poco llegado y que trabajaba de cambista en el ferrocarril. En lo que hacía de cocina y la galería trajinaban cinco "rapaces", hijos de Antonia y Mariano. El pueblo tendría unos ochocientos habitantes. Los dos galpones de almacenamiento de granos y un brete para embarcar hacienda eran lo más destacado del paisaje. La fértil tierra se abría al gringaje; la gente, las bestias y los molinos a viento trabajaban; el pasto crecía solo, la hacienda engordaba. La gente agachaba el lomo, sudaba y, silenciosamente construía la patria común. ¡Felices tiempos, hoy tan distantes y tan distintos! Entonces nadie se sentaba a la mesa de un usurero, hoy, en cambio, es difícil sentarse a una mesa en que no haya uno.

Doña Antonia dejó el ventanuco, y se arrimó a la puerta. Se la veía cansada y el arco del vientre denotaba una avanzada preñez. Llamó a uno de los chicos: "Pepe —dijo— busca a tu padre y dile que venga enseguida". Cuando Mariano llegó, Antonia le dijo: "Parece que llega, ya siento los dolores, vé a buscar la mujer del jefe". Mariano dijo: "Recuéstate que enseguida vuelvo". A paso largo y apresurado Mariano fue a la playa de maniobras, puso la liviana zorra sobre las vías, le dio un empujón, la montó de un salto y asiendo la manivela empezó a maniobrar con brío, la zorra tomó velocidad. Mariano empezó a cantar y a imprimir velocidad a la vagoneta. Cuando pasaba cerca de la laguna, unos teros alborotaron el aire de la mañana; una lechuza cambió de poste y giró la cabeza en dirección al canto. La estación donde estaba la mujer del jefe quedaba a cuatro leguas. ¡Hendiendo el aire iban Mariano, el canto y la zorra a buscar la comadrona!

En la casilla se apresuraban los acontecimientos: "Herminia —dijo Antonia— calienta agua, traéme la palangana y la toalla blanca". Y se echó en la cama a retorcerse y esperar.

Al rato entró Herminia a la casilla llevando unapava de agua caliente, la volcó en la palangana y se quedó parada a los pies de la cama viendo cómo su madre iba a parir. Así estuvo Herminia largo rato, yendo de la cama a la puerta, miraba las vías por donde Mariano se había ido y volvía otra vez a la cama.

Una hora habría pasado cuando Antonia le dijo a Herminia:



"Vete, cierra la puerta y no entres hasta que te llame". La chica salió, cerró la puerta y se paró en jarras en medio de las vías. Escuchaba los teros y miraba la lejanía por donde tardaba en aparecer Mariano. Un fuerte quejido y un ahogado grito se oyó desde la casilla. Herminia corrió y se plantó ante la puerta. (Las palabras le sonaron en los oídos: "no entres hasta que yo te llame"). Adentro empezaban los quejidos y los jadeos. Herminia pateó el suelo, dijo ¡pucha! y salió corriendo para las vías... lloraba y gritaba ¡papá, papá!

De pronto callaron los teros, se aquietó la brisa y el acamado verde se erguía. Herminia, que regresaba de las vías, se paró ante la puerta de la casilla y ahí se quedó, tensa y llorosa. De pronto, como un milagro, escuchó que de la casilla partían unos quejidos, luego algo como un rezo y más luego el característico llanto de un niño que entra a la vida. Luego un borboteo en la palangana y todo se aquietó. Así fue un largo rato. La chica iba de la puerta a las vías y vuelta a lo mismo... ¡y Mariano no aparecía!

La voz de Antonia se oyó clara: ¡Herminia, puedes entrar". La chica empujó suavemente la puerta y entró. La madre estaba acostada y un pequeño bulto envuelto había entre sus brazos. "Herminia —dijo Antonia— saca esa palangana, tira el agua lejos y lávala, luego arrégla las cobijas en los pies de la cama y llama a tus hermanos".

Cuando Herminia y los hermanos Pepe, Paco, Isabel y Jesús entraron a la casilla, Antonia, con una sonrisa les dijo: "Muchachos, les presento a un hermanito". Destapó el bultito y apareció la cabecita paya y la carita colorada del hermanito. ¡Nunca un pesebre tuvo tanta ternura! Los muchachos no se animaban a tocar al hermanito... Luego empezaron a reír y, todos en bandada, se desparramaron por el trigal, gritaban y retozaban como potrillos. Había que gastar la alegría. De pronto pararon de golpe, a lo lejos divisaron la zorra que traía a Mariano y a la mujer del jefe; todos corrieron hacia las casas, gritaban como marranos.

Cuando llegó Mariano y la comadrona y entraron a la casilla, Antonia sonreía y el niño dormía. "María —dijo Mariano a la mujer del jefe— me parece que hemos llegado tarde" y echaron a reír. A la risa se agregaron los chicos. Cuando se apaciguó el jolgorio, Antonia ordenó: "Herminia, prepara café, que María y tu padre deben llegar cansados". En el café se contó todo. Mariano tuvo una ocurrencia: ¡Qué gente es ésta, que paren como los animales! Antonia contestó: "No eres muy gentil, que digamos, pero es el mejor elogio que escuché en mi vida". ¡Mira que nacer como el puro animal!

Cuando al atardecer Mariano llevaba de vuelta a la mujer del jefe, eran cuatro las manos que impulsaban la manivela y dos los cantos que hendían los aires.

Cerca de las vías y debajo de un paraíso una vaca estaba pariendo.

# EL CAZADOR DE PUMAS

Lo conocí en 1937. Un domingo a la mañana, un partido de frontón en la confitería La Giralda. Al terminar el partido, y ya en el bar, me senté a una mesa para tomar un café. En la mesa vecina había un personaje que inmediatamente llamó mi atención: era un hombre maduro, de mediana estatura, de recia complexión y que se notaba muy trabajado.

Se veía que los años habían pasado por él con sacrificio y abriendo huella. El hombre, desde su mesa, observaba una partida de tute entre valencianos (colectividad asidua a ese lugar). Debía estar ajeno al juego, pues, la mirada, perdida, rebuscaba otras cosas en el recuerdo.

Varias veces nos encontramos. Un día entablamos conversación y de ese trato surgió una amistad que perduró y se profundizó a través de los años. Era asiduo lector de Poe y Quiroga y hablar con él redundaba en un descanso para el alma y un alimento para el intelecto. Un día noté su ausencia; mejor dicho, me di cuenta que hacía varios días no iba por la confitería. Se perdió no más.

Así pasaron varios años. Un día de 1947 lo vi de nuevo, estaba en el "Piquis Labis", un improvisado bar y casa de comidas de la calle Mendoza entre Mitre y Santa Fe. Creo que a los dos nos alegró vernos. Estaba tomando vino blanco. Pidió un vaso para mí, echó vino y así estuvimos largo rato en silencio; gozando del reencuentro. No hablábamos; con la mirada no más alcanzaba para estar juntos y felices.

Lo notaba inquieto y como con un embuchado. Así que abriendo el alma para las confidencias lo dejé venir: empezó suavemente y espaciado: Me contó que se había retirado en un tiempo hacia las Sierras de Elizondo, en Valle Fértil; que había parado en la casa de un amigo y que se había dedicado a la meditación y el aprendizaje (aprendizaje llamaba él al vivir). Me extrañó que en la conversación no mencionara a Poe ni Quiroga; en cambio introdujo un nuevo personaje en sus preocupaciones: Camilo Fammarión y todo su universo esotérico y fascinante. Así estuvimos durante dos botellas y unos pastelitos. Al final de la conversación, me invitó a que lo visitara en su casa, que tenía algo para mostrarme.

Arreglamos para vernos el domingo siguiente. En la puerta del negocio nos despedimos y lo observé cómo se perdía, a tranquiño lerdito, para el lado de Concepción. No sé, me pareció que renqueaba, aunque muy levemente. Cuando su imagen se perdió, yo di media vuelta y tomé para Trinidad. Iba contento; el corazón había gozado el privilegio de la amistad.

## • El bordado

El domingo, como a las diez, llegué a la casa. Era un caserón antiguo y semi derruido. Lo encontré en la galería, estaba en una silla baja y tomaba un baño de pies en una palangana con agua de malva. Adosado a la pared había un banco de madera, me senté y, para iniciar la conversación, le pregunté: ¿Y cómo pasaba el tiempo en la Sierra de Elizondo? Después de un largo silencio, contestó. Lefa, meditaba... y en los ratos libres salía a cazar pumas. Me interesó eso de los pumas y le pedí que se playeara.

Me contó que con dos perros (dos chocos —dijo él—) salía a cazar pumas, que eran una plaga. Una vez localizado el león, le chumbaba los perros y se iniciaba la cacería. Cuando los perros habían acorralado al puma contra un algarrobo o alguna barranca,



él se iba por la parte de atrás, y con un caño pesado de unos sesenta centímetros, le pegaba un fierrazo en la cabeza y después lo terminaba con el cuchillo.

¿Y cazó muchos? —le pregunté por curiosidad—. "Unos treinta habrán sido" —me respondió— y empezó a masajearse la pierna derecha que le dolía.

Después me dijo ¡Venga!; lo seguí y me introdujo a una pieza, larga, rectangular, alta con techo de cañas y rollizos de álamo.

Contra la pared del fondo, al centro, había una cama grande, de bronce, una almohada chica y cubriendo la cama una frazada o jergón de lana gruesa, hilada a mano, con grecas en colores; era, realmente, una pieza artesanal hermosa.

En la pared del frente de la cama, pared encalada y pulcramente conservada, colgaba, extendido, una especie de gobelino rústico de color rojo; al centro resaltaba la figura, en tamaño natural, de un puma en colores amarillo y ocre. El puma, aunque rústicamente, estaba bordado en semibulto y con un patetismo asombroso.

Estaba en actitud expectante, como para saltar; tenía las fauces abiertas, los colmillos, grandes, habían sido hechos en lana marrón; los ojos de una impresionante frialdad, miraban, fijamente hacia la cama. Mi amigo miraba embelesado y como con temor, al puma.

Luego me dijo: "Me lo tejó una viejita de la sierra, me lo regaló y me pidió que no matara más pumas. ¡Qué vieja tonta! Me dijo que los pumas eran amigos de ella".

¡Qué vieja tonta! Salimos a la galería y tomamos mate. Sería como la una cuando dejé a mi amigo y me fui para la casa.

Por unos días no lo vi; como a las tres semanas fui a visitarlo. Me atendió gente extraña. Me dijeron que don Esteban había muerto hacía diez días.

Parece —me comentaron— que un perro furioso le arrancó un pie y murió desangrado, estaba muy mal de las piernas y casi no se podía mover. ¡Pobre, dicen los vecinos que esa noche escucharon unos ruidos raros, como quien pelea con un bicho! Pedí ver la pieza de mi amigo, estaba tal cual, salvo que en las fauces del puma bordado había manchas de sangre.

# LA CATANGA

**E**l corazón del viejo es un cofre de recuerdos y, con el cofre pupudo de atesorados amores me senté en el patio de mi casa, a tomar el fresco del anochecer y oler el perfume de las flores y el vaho de las plantas que mi mujer regaba cariñosamente. Para el lado del Tontal, la tarde, encendida de rubores, se sumergía tiernamente en la noche y los pájaros piaban disputando su lugar en la rama del árbol. Medí mi vaso de cerveza, lo llevé a mi boca y, lenta, gustosamente, dejé que el rubio líquido bajara por mi garganta y refrescara mis entrañas. Igual que la tarde, me sumergía en la oscuridad y entré al país de los recuerdos.

Reviví la felicidad de una tarde de verano en mi casa, en mi pueblo y en mi infancia. La luz de un fuerte sol llenaba la tarde de espejismos y de chicharras. Los altos eucaliptus y las viejas acacias imploraban el agua y las gallinas abrían las alas, jadeaban y escarbaban la tierra en busca de algún gusano y el frescor de la tierra en la sombra de los yuyos. Como a cincuenta metros, en la quinta, papá alomaba un bordo de pimientos. De vez en cuando asentaba la azada al suelo, se sacaba la gorra y se secaba el sudor de la frente, elevaba la vista al cielo en busca de alguna nube, se escupía las manos, agarraba el azadón y seguía alomando ¡Viejo porfiado, qué sequía ni sequía, que Dios hiciera su trabajo, él hacía el suyo!

De pronto, la suave pero imperativa voz de papá ordenó: ¡Muchachos, salgan a buscar leña! y Jesús, Antonio y yo, con una bolsa de arpillera cada uno salimos para el campo a "buscar leña" según el eufemismo de papá. La "leña" era la boñiga seca o bosta de vaca. Por aquella zona y en aquella crisis (1929) el "salir a juntar leña" era la ocupación diaria del poverrío y estaba en vigencia el viejo refrán castellano: "Como esto siga así, hasta Dios va a salir a juntar leña". Y parece ser que aquello siguió así no más, porque hasta hoy, que yo sepa, Dios sigue juntando leña. Cruzamos la guadalosa calle, trepamos el alambrado y ya estábamos en los campos de Melchor, que explotaba un tambo. Los campos estaban secos. Las lecheras, flacas y tristonas, escondían su desamparo bajo la sombra de unos raquíticos paraísos. En los campos, que fueran verde sitio de la perdiz, la cachila y el pecho colorado, señoreaba la lagartija, la araña y la hormiga. Algunos chimangos oteaban la soledad en procura de la carroña. En toda la inmensidad no se escuchaba un tero y el molino, con la margarita quieta, esperaba una brisa para sacar el agua, entonces salada y amarga. ¡Sí, Dios juntaba leña!

**S**eguimos juntando leña y llenando las bolsas. De vez en cuando, debajo de una bosta húmeda, la catanga, el escarabajo pelotero, cumplía su labor y, reluciente, brillante, pura en su medio, acataba el designio que le daba justificación y belleza. ¡Muy atareada en su pelotita de estiércol, se me hacía el símbolo del trabajo y la dignidad! Muy de tarde en tarde aparecía un escarabajo real, magnífico en su acorazada forma y su irizado brillo y esplendor. El voluminoso y fornido cuerno era insignia de su mando y cetro de su realeza. Llegaba como patrón de estancia, con vuelo pesado y meta ruido, aparatosamente descendía en el dominio de la catanga, probaba un bocadito de bosta (como el estanciero un pedazo de asado, un pastel o un mate), pegaba unos bufiditos y, aparatadamente, como había llegado, pesadamente, como buitre carroñero, alzaba el vuelo, zumbón, torpe y alharquero. ¡Mientras la catanga, chinita de estancia, seguía amasando estiércol y haciendo bollitos para el muy señorón!



Parece ser ese el destino de nuestra gente de campo: humildes catanguitas entre la bosta, amasando pasteles de estiércol para que el señor, cornudo, brillante y zumbón, siga atronando el aire con su palabrerío pavote y sin sentido.

¡Rufino, vamos a cenar! —me dijo mi mujer— y atrás quedó Huinca Renancó, mi pueblo, y sus cascarudos y su sequía del 29. Repusimos la cerveza, trajimos queso, uvas y unos fiambres. Estábamos a media luz, en el patio embalsamado por el perfume de las flores recién regadas, con una luna llena, llena de encantos, que me hizo acordar a una luna llena que vi en un grabado y que estaba sobre el cielo de Bagdad. Bagdad, ese tesoro que pertenece a la imaginación y la ensoñación del Hombre. Ese Bagdad, hoy surcado por mil lunas... y tal vez mañana por la eterna sombra. ¡Dios mío ¿y cómo hace la gente en esta noche para comer su queso y sus uvas y beber su cerveza? ¿Cómo... sin Bagdad?

**P**use la radio y sintonicé un noticioso. Antes había apagado la televisión porque, francamente, todo lo que dan es una porquería. En el noticioso dieron las subas de los precios (y la corrupción), el cambio de gabinete (y la corrupción), noticias sobre el Congreso (y la corrupción). La estafa en algún banco (y la corrupción), el presidente que pide que acabe la corrupción y la oposición que pide que acabe el presidente. Apagué la radio. No comí más y volví a Huinca, al 29 y a los cascarudos. ¡Dios —me dije— quién hizo esto! ¿Quién hizo de la patria una inmensa bosta de vaca?

¿Quién hizo del argentino una catanga estercolera? Mi corazón que sintió la Cruz del Sur, los inmensos ríos, los pastizales interminables, la montaña y su nieve, mi corazón lleno de esperanza no puede soportar tanta ignominia. Tomé una aspirina y me fui a dormir.

# ¡SUNCHOS VAN!

**E** rescueto telegrama que en pocos segundos recorrería la distancia de la estación del ferrocarril B.A.P. de San Juan hasta la estación Pocito, llevaba en sí el germen de la tragedia y el pasaporte para la etimidad de un gobernador y su comitiva, a la vez que marcaba con la infamia y el olvido a los sicarios de turno e inscribía en la historia lugareña una simple anécdota en la política brava que signó una época.

Se ignora quien recibió el telegrama y se omite al que lo envió, pero, a raíz del mismo, algunas sombras agoreras se movilizaron en la calle Aberastain entre 14 y 15 y el boliche de Miranda se sumergió en la intriga y la expectación.

Era el 20 de noviembre de 1921, domingo. Como a las 10, el gobernador don Amable Jones, sus amigos don Juan Meglioli, el doctor don Luis J. Colombo (presidente de la Corte) el jefe de la policía Humberto Biancchi y el chofer Arancibia, (apodado el "Inglés") abordaron un Studebaker, doble faetón; el auto deslumbraba por lo poderoso y enfáticos y muy campantes, salieron de la Casa de Gobierno y tomaron para el lado de Pocito.

El telegrama "Sunchos van", había salido un rato antes.

**L**a calle Aberastain de entonces, era de áspera tierra trajinada por abundantes carros, carretelas, jinetes... y escasos automóviles. Entre las transversales 14 y 15, vivían: al este y no bien pasada la 14, don Manuel Agüero (pariente del gobernador Jones); le seguía a los pocos metros el boliche de un tal Miranda; más arriba, casi llegando a la 15 estaba la casa de don Victoriano Agüero, hermano de Manuel. Por el lado oeste y cerca de la 15, cortaba por el cerro la Calle Nueva. En ella vivía don Ramón Cristóbal Guardia y su familia. Lo demás, todo era cuadros de viñas, quintas, algunas incipientes chacras y el puro potrerío, salvo la casa de don Tomás Sancassani, que estaba y está en la esquina de la 15 y Aberastain.

Ese 20 de noviembre de 1921, había amanecido caluroso y calmo.

Temprano no más, el currucar de las urpilas y el grito de la viña anunciaban el bochorno que se aproximaba. Como a las once, se prendió el concierto de chicharras y el parloteo de unas catas que se habían asentado en una morera de los Guardia. Sergio Isaías, hijo de don Ramón Cristóbal, muchachito de siete años, contemplaba absorto la conversa de las catas y seguramente, soñaría con una honda de repetición.

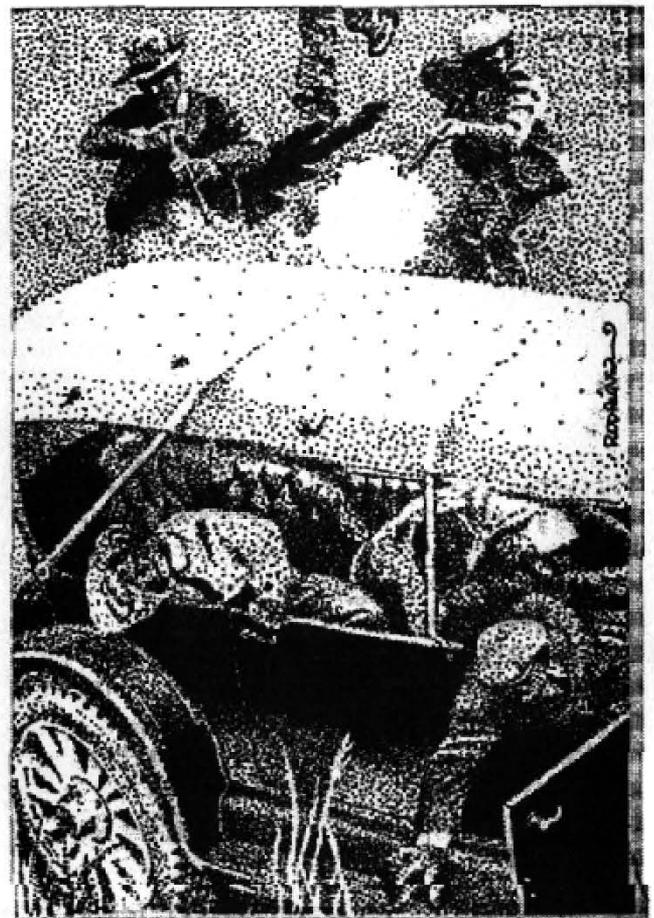
Don Ramón, el padre, recorría unos bordos de cebollas y contemplaba las viñas que estaban en flor. El aire olía a jume. Las abejas trabajaban.

## • La emboscada

Ese 20 de noviembre de 1921, a las once de la mañana, el Studebaker con su preciosa carga, pasó la calle 14 y el "Inglés" frenó frente a la casa de Manuel Agüero. Sonó el claxon y salió don Manuel, que se acercó al coche. Saludó al gobernador y éste le dijo: "Mirá, Manuel, vamos a Carpintería a inaugurar un puente; a la vuelta, vamos a almorzar en lo de Victoriano, así que te espero allí".

Del boliche de Miranda se escuchó como un sordo rumor. Nadie le hizo juicio. El gobernador ordenó: ¡Vamos, Arancibia!

El "Inglés" encendió el motor, metió la primera y despacito, emprendió la marcha. Cuando el auto casi enfrentaba el negocio de Miranda, un tropel de jadeos, furia y carabinas emergió de las sombras del boliche y copó la luz del mediodía. Una nutrida



descarga de fusilería silenció las chicharras y espantó las catas de la morera de don Guardia.

**E** chofer, como luz, hizo un viraje y largó el coche a la cuneta, entreabrió la puerta y se escurrió entre unos yuyos. Ahí nomás hubo otra descarga y el contundente estruendo de una bomba. Los proyectiles y las esquirlas dieron de lleno a los ocupantes del Studebaker.

Se hizo un espeso silencio. Algunos, paralizados de terror, miraban al auto. Algunas sombras corrieron a las viñas y atropellaron para el lado de la calle 15. El brillo de unas carabinas se perdió entre el follaje de las quintas. Blas, el perro blanco de Miranda, meneaba la cola y seguía a uno de los asaltantes. La inspección de Ramón Guardia y el embeleso catitero del niño Sergio, se cortaron como por un rayo. Luego, sin pensarlo, corrieron para el lado del barullo. A los doscientos metros, apenas, ahí estaba el auto acribillado.

**U**n corrillo de gente silenciosa y compungida hacia comentarios en voz baja. Algunos se persignaron. El niño Sergio Isaías, prendido al pantalón de su padre, miraba los cadáveres mutilados y asumía, para siempre, el horror de la muerte violenta y el despillarlo inútil de la sangre.

Sobre la capota blanca del auto, ahora salpicada de rojos malvones, unos moscones grandes y verdosos daban testimonio de la fragilidad de la vida y de la estupidez de las ideas.

Como a la media tarde, retiraron los cadáveres de Amable Jones y de Juan Meglioli. Los demás, mal heridos, eran atendidos en el hospital.

A la oración, las urpilas regresaban a los nidos, las chicharras al silencio y las catas a la morera de Guardia. Aquí no pasó nada.

El telegrama decía: "Sunchos van"

**Nota:** Se agradece a Sergio Isaías Guardia, hoy de 74 años, los datos que componen esta nota. Por razones elementales se omiten los nombres de los presuntos autores de la masacre. ¡Que Dios los juzgue!

# EN LA LUNA COMIENDO ACEITUNA

En el patio de mi casa paterna, entre otras plantas, había una vieja acacia de olorosos racimos blancos; de los pétalos de esos racimos mi madre solía hacer un exquisito dulce. Esa acacia, también, nos servía de árbol de Navidad y para Reyes era bajo su copa que los niños dejábamos los zapatos (cuando había), el pasto y el agua para los camellos. Eramos nueve hermanos (guapa la vieja) y desde el que estaba en brazos, que siempre había uno, hasta el mayor, formábamos una escalera de peldaños regulares y parejitos.

¡Mi padre no debe haber sido muy católico que digamos! Pues recuerdo que una vez se alejó de casa por veinte días para hacer una changa de albañilería en otro pueblo. Mi madre aprovechando esa ausencia y ya que pasaba el cura por el pueblo nos llevó a todos (los nueve) a la iglesia y nos hizo bautizar. El cura, que era petisón, tuvo que empujarse para echar las aguas al mayor e ir descendiendo hasta casi llegar al suelo con el más pequeño. Mi madre, como siempre, tenía al pequeñín en brazos, así que al bautizar ése, también bautizó, de refilón, la pancita de mamá, que ya estaba otra vez de encargo. Cuando terminó la ceremonia de sacarnos de moros, mi mamá sacó un peso de la faltriquera y se lo pasó, dobladito, al cura; éste lo desdobló y despacito le dijo a mamá ¿Por todos?. Mamá, despacito le dijo — ¡Sí, padre! Y el cura, otra vez despacito: ¡Creo Antonia, que a diez centavos de bautismo por hijo, no esperarás a que alguno te salga santo, no?. Mi madre dijo: ¡Lo que Dios disponga, padre!... y se fue con su ramera de chicos sin esperar el vuelto.

Debo agregar que mediaban los años '20, y que mi padre, como albañil, ganaba tres pesos diarios (los días trabajados se entiende) y que entonces no había aguinaldo y pan dulce y sidra de regalo, así que vaya sacando cálculos: un matrimonio con nueve hijos y la única entrada tres pesos de papá y un peso del hermano mayor. Lo que quedaba para regalos de Reyes ¡apenas alcanzaba para el pasto de los camellos que, con seguridad, se quedarían con hambre!

Vivíamos en un pueblo chico de la pampa húmeda y a veces, cuando escaseaba el trabajo algunos aplicaban la fórmula de mi abuela que a la mañana llamaba a los chicos y les decía: ¿Quién quiere cinco centavos y no almuerza? Y todos los chicos decían ¡Yo, yo, yo! y recibían sus cinco centavos. Luego al anochecer los llamaba de nuevo y les decía ¿Chicos, quién paga cinco centavos y cena? Y los chicos ¡Yo, yo, yo!. ¡Ruego a Dios que esta nota no la lea Herman González, sería capaz de aplicar la fórmula!

Volviendo al tema de la noche de Reyes: entre todos limpiábamos el lugar en torno a la acacia, juntábamos el pasto para los camellos y poníamos fuentones con agua para que beban. Luego poníamos los zapatos o alpargatas en torno del árbol, con un papelito adentro donde anotábamos lo que queríamos pero, ¡Seguramente los Reyes que pasaban por Huínca Renancó (mi pueblo) no sabían leer, pues nunca coincidió lo pedido con lo dejado! Luego de grande, aprendí a agradecer a los Reyes Magos el que no se hubieran llevado las alpargatas, el fuentón y hasta la acacia. ¡Qué así estaba la crisis por aquellos años!

Bueno, sigamos: Después de esos arreglos, los más chicos empezaban a dormirse y a meterse en la cama y los grandes "los que sabían quienes eran los Reyes" se dedicaban a pisotear el pasto, tirar una parte y el agua y a marcar, con una vieja herradura como pisadas de camello en la tierra. Como a la media noche nos íbamos todos a dormir. Al rato se sentían furtivos pasos. Los que estábamos despiertos sabíamos que los Reyes estaban haciendo su trabajo ¡Qué raro, el andar de los Reyes sonaba lo mismo que el de los viejos!

En la mañana, apenas clareaba, eran los más chicos quienes se encargaban de despertar a los mayores: ¡Mirá, mirá lo que me trajeron! ¡Vení, vení a ver las pisadas! Y te tironeaban y medio



dormido te llevaban a la acacia y te enseñaban las pisadas. Y otra vez los regalos y las caritas de asombro y maravilla (¡Pobres, a veces el regalo no alcanzaba ni para pagarle una cena a la abuela!) y los ojitos redondos de tanta sorpresa y los cuerpiños exultantes de tanta emoción y bondad de Melchor, Gaspar y Baltazar. ¡Qué quiere, a veces quisiera volver a aquellos tiempos y creer en los Reyes! ¡Francamente, después de cada presidente que hemos tenido, los reyes se valorizaron a muerte!

Después a recorrer el barrio para mostrar los regalos... y los viejos ¡pobres! tratando disimuladamente, que no se arimaran mucho para el lado del centro, donde estaban los de la guita, porque ¡qué quiere! las comparaciones surgían solitas: Ahí empezaban las bicicletas, los triciclos, los patines, los monopatines... y había chicos bien vestidos y algunos que hasta usaban lentes, que, para los reos de las orillas era el "summu" de la pituquería. ¡En fin, que ya Dios los estaba adiestrando para el duro trabajo de ser pobres! Pero, basta la salud.

Luego de las primeras emociones, mamá ponía la mesa en el patio, cerca de la acacia y nos servía chocolate con bollitos de anís. Eso era todo una fiesta ¡Nuestros estómagos, acostumbrados al mate cocido y la cascarilla, agradecían el chocolate como una bendición! Algo parecido debe haberles pasado a los judíos cuando recibieron el maná en el desierto.

Bueno, después los chicos se desperdigaban y cada uno iba a su preferencia. A las doce, el almuerzo solía ser algo especial, donde se agregaba alguna desacomodada golosina, un turrón, unas castañas, unas torrijas y una buena jarra de limonada. Después, hasta la noche, había descanso de mandíbulas y larga siesta (merecida) para los viejos.

A la noche venía lo mejor. Después de una cena liviana (casi siempre eran así) nos ubicábamos en el patio y en torno a mamá y al cielo abierto, cumplíamos con el milenar rito de contemplar la luna. Mamá nos relataba fábulas de Galicia y La Coruña y de cómo la Sagrada Familia se veía en la faz de la luna... y nosotros atentos a las indicaciones maternas, al poco andar ya estábamos viendo a la Virgen, el Niño, San José, la vaca, el buey, y si nos apuraban un poco, nuestra imaginación iba agregando más personajes bíblicos y animales que ¡le aseguro que tenía que ser luna llena para que cupieran todos! ¡En cuarto menguante ni valía la pena elevar la vista al cielo!

Para las generaciones hasta Armstrong y Collins, la luna fue el pesebré más maravilloso del mundo... y el más barato, cualquier niño podía poseer el prodigio de Belén con sólo elevar la vista y dejar correr la imaginación.

Imagino que los que hollaron por primera vez la luna, lo hacían con un fin científico y justificable. Es de desear que la misma ciencia no convierta a la luna en un arsenal.

Propongo esta idea: Que las Naciones Unidas declaren a la luna patrimonio del Niño Universal y morada de la Sagrada Familia y que se formen agrupaciones de niños de todo el mundo, reclamando el derecho de la niñez al goce de la imaginación y a la preservación de la casa de Dios.

¡Que la consigna sea: los pies en la tierra... la mente en la luna! ¡Y dejá esa honda y no mirés ese pajarito!



# LA TRAMA Y LA CACERÍA

**C**ultivaba el coraje (que es una virtud), aunque empañado por la temeridad (que es un vicio). No era ajeno a la intriga y se enredaba en fatos no muy limpios. Cuando andaba en copas, gustaba desbandar partidas de truco, cacho y monte, a puro rebencazo.

Solía entrar a caballo en los boliches y obligar a la gente a un trago, aunque esa "delicadeza" se vistiera con la humillación y el escamio. Era alto, fornido y siempre andaba bien montado. Su tordillo era famoso en la calle Real (hoy Libertador) en Desamparados. Era temido y esa condición crea enemistades.

Como a las diez de la noche del 30 de noviembre de 1926, don Sixto Moreno (que supo tener negocio de joyería y relojería en calle Tucumán entre Laprida y Rivadavia) tomaba el fresco en la vereda del negocio; unos sillones de mimbre habían sido puestos en la calle y la familia Moreno, apoltronada en ellos (las piernas estiradas sobre la vereda), gozaba de la noche apacible y estrellada. La noche serena y la ciudad tranquila no presagiaban el drama.

**P**or calle Mitre, llegando a Tucumán, estaba el hotel La Castellana. Ajenos a lo que se avecinaba, dos hombres cenaban y conversaban en una mesa adosada al ventanal que daba a la calle. Uno de esos hombres era el doctor Aldo Cantoni; el otro, el acompañante, era don Fernando Santamaría, telegrafista y amigo personal de Cantoni. Los comensales pidieron la cuenta, pagaron y salieron a la calle: "Manejá vos, yo estoy cansado —le dijo Cantoni a Santamaría—. Esa decisión cambió el rumbo de dos seres; a uno le permitió ser gobernador; al otro, lo condujo (estrepitosamente) a la eternidad y la sombra. Subieron al auto, Santamaría tomó el volante y, despacio, doblaron por Tucumán al norte.

El hombre del tordillo había recibido un encargo y esa noche lo iba a cumplir. (Lo que no sabía el hombre del tordillo, era que la muerte había elegido dos clientes; uno era él). El del tordillo y dos sombras más se agazaparon en lo oscuro de un zaguán y prepararon las carabinas. Cuando el auto que salió de La Castellana enfrentaba al Banco Libanés (de Rivadavia y Tucumán), una cerrada descarga de fusilería atronó la calma provinciana y la placidez de la noche. El ocasional chofer, recibió de lleno la descarga (que iba dirigida al otro) y cayó muerto sobre el volante; el otro, alcanzó a tirarse del auto y se sumergió en la sombra. Se escuchó un tropel de gente que se dispersaba. El auto, sin control, (o guiado por un muerto) se fue, rateando despacito, taca tac, taca tac, hasta frenar contra el cordón de la vereda y los sillones de don Sixto Moreno. Cuando llegó la policía, la noche seguía su curso. Como si nada.

## La cacería

**S**e alistaron algunos cazadores y contrataron un baqueano. Las primeras averiguaciones los condujeron al Baño de la Salud. ¡Sí, efectivamente! Hasta allí habían llegado tres hombres en un auto negro, luego no más, habían montado unos caballos que los esperaban y tomaron para la sierra. El baqueano sentenció: "Hay huellas de tres caballos que vienen; a ver, ¡no! estos caballos van, pero herrados al revés. ¡Sigamos! y tomaron para la estancia de los Maradona.

Repecharon las cuestas de Zonda y se internaron por una quebrada que los llevaba al Alto de Arena. Cerrando la noche, acamparon bajo unos algarrobos al lado de un arroyito. No hicieron fuego. Al otro día, al alba, ensillaron y siguieron por Maradona hasta llegar al verdor de las altas aguadas.

Desde allí los divisaron; estaban en una hondonada tras una loma. Se acercaron sin hacer ruido por detrás de la lomada. Eran dos hombres; uno, al lado de un fuego, preparaba algo, el otro, el del tordillo, como a unos veinte metros, entre unos matorrales, cumplía una necesidad. Los cazadores prepararon las carabinas y apuntaron. En eso, una mula hizo un ruido; el del lado del fuego pegó una espantada y se tiró entre unos montes; el otro, el del tordillo, recibió un balazo y quedó donde mismo estaba.

Los cazadores bajaron lentamente a la quebrada, allí estaba el difunto. ¡Sí, era él! Del otro, del que se tiró entre los montes ni señal. Volvieron; envolvieron al muerto en unas arpilleras y lo acomodaron cruzado en el anca del caballo. La comitiva con su carga, bajó despacito del alto y enfiló para el puesto del río Uruguay. Indagaron al puestero: "Sí, hacía unas horas que un hombre había llegado al rancho, venía campeando unos animales, pero, yo no le creí, señor, tenía cara de asustado y entró a la casa por la parte de atrás y, usté sabe: el que entra por donde no debe, no viene a lo que dice". Luego, el hombre había seguido su camino aguas abajo.

**A**guas abajo siguió la comitiva; pasado el mediodía, encontraron al hombre donde el Uruguay desemboca en el San Juan. Se entregó sin resistencia, como cansado. La caravana tomó el camino de Calingasta aguas abajo, buscando la ciudad. Al otro día llegaron a destino. La comitiva llegó a la comisaría y entregó la mercadería. Traían a un hombre que había saldado todas sus cuentas y a otro que venía a pagarlas. La vida seguía su curso. Unas palomas volaban buscando las torres de la catedral.



# EL CICLON

*"Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora, campos de soledad, mustio collado..."*

**P**apá se echó la gorra para atrás, apantalló los ojos y fijó la vista en unos bajos nubarrones que se estaban formando por el sur. Luego entró a la cocina y le dijo a mamá: "Antonia, no me gusta nada esto, creo que vamos a tener baile". Después se encaminó al galpón de las herramientas y se le oyó trajinar cosas.

Corría el mes de enero de 1929. Ese domingo había sido extremadamente cálido y un persistente viento del norte, caliente y pegajoso, había amustiado los verdes campos. Al atardecer, el viento había parado de golpe y se empezaron a formar esos nubarrones que, amenazantes, se elevaban en un lento desplazamiento para el lado del pueblo. Los pájaros que volaban a sus ramas y a sus nidos habían dejado de piar; las gallinas se apresuraban a sus gallineros; los pavos y las gallinetas a sus árboles y los patos buscaban sus acomodos cerca del molino y la laguna. El ganado, como temeroso, se apiñaba en los corrales cerca de las casas. El cielo empezó a oscurecerse y, suavemente, empezó a correr un viento del sur: el pampero. Un ancestral temor envolvía los seres y las cosas. Nadie sabía qué era, pero, la amenaza estaba en el aire y el temor en los corazones.

Papá salió al patio, dio dos característicos silbidos, con el inconfundible estilo tribal: con ímpetu al principio, cortadito al medio y un largo y decreciente trinar al final. Pepe, Paco y Jesús, que peloteaban al arco en la cancha de fútbol vecina, escucharon el paternal llamado y, presurosos acudieron al reclamo. Cuando llegaron al patio, papá les dijo: "Muchachos, ayúdenme a traer ese tronco al comedor. Era el grueso tronco de un eucaliptus que había derribado un rayo y que papá había desgajado. Entre todos: papá y mamá, grandes y chicos, varones y mujeres, logramos meter el tronco al comedor. El viejo se metió al galpón de las herramientas y volvió con una escalera de tijera y un rollo de alambre dulce. Encaramado en la escalera, papá descolgó desde la traviesa en la que descansaban las alfarjas que sostenían el techo de zinc, tres gruesas riendas de doble alambre, riendas que amarró al tronco de eucaliptus. Tensó firmemente las riendas y dijo: "Antonia, prepara la cena".

Nos sentamos a la mesa y se repartió la tortilla; ya el viento silbaba entre los eucaliptus y hacía crujir el techo de la precaria vivienda. Cuando el viento ya era un ciclón que amenazaba volar el techo, se tensaban las riendas y movían el pesado tronco, gracias al cual el techo permanecía en su lugar. Papá nos mandó a todos a la cocina que era muy baja y no corría peligro. Papá se quedó solo en el comedor, oyendo crujir el techo. La lámpara de querosén, proyectaba hacia el patio la sombra de papá. Todos nos sabíamos a salvo.

Cuando cesó el temporal, todos nos fuimos a la cama. El gato salió de abajo de un armario, olió el tronco de eucaliptus, luego salió al patio y se perdió en la noche.

Al otro día el pueblo daba lástima. El ciclón había derribado

árboles, arrancado techos, volcado las líneas de teléfono y telégrafo. Algunos ranchos se habían derrumbado y hubo algunos heridos. En casa era un día más: a las siete mamá tomaba mate, papá regaba la quinta, Pepe y Paco salían para el trabajo y "las muchachas" cortaban choclos, arrancaban papas y alguna verdura que luego, en canastas salíamos a vender por el pueblo. A los productos de la quinta los acompañábamos con algunas gallinas, pollos, patos, huevos y algún conejo que ayudaban a parar la olla para diez personas que éramos. Donde hay pobres nunca falta hambre y en la época de la depresión que empezó el 29, le puedo asegurar que la abundancia de hambre era bastante grande... aunque no tanta como ahora, se lo puedo asegurar.

**Y**a propósito de lo que estoy relatando: ¿Sabe lo que se me ocurre? y no es que quiera meterme en el plan económico ¡Dios me libre! Pero, pienso que el señor presidente, Menem, debía hacer como mi viejo. ¡Sí, señor presidente! Empezó a juntar troncos de eucaliptus, porque el ciclón que se viene parece que va a ser bravo (con perdón de la palabra) y aquí hay que hacer muchas riendas, que el techo de la patria es grande. Yo que usted, señor Presidente, ya les estaría pegando a los muchachos dos silbaditas para que vengan rápido a apuntalar el techo... antes que venga el ciclón. Sobre todo, para que se dejen de pelotear zonceras y vayan a lo serio. Aunque mucho me temo, señor presidente, que a usted le va a ser más difícil que a mi papá. En el tiempo de mi viejo no había huelgas. La gente se dedicaba a trabajar en serio, como en mi casa ¿vivo?. Papá cuidaba y cultivaba la quinta, los mayores salían a trabajar, las mujeres criaban animales de granja, cosechaban los frutos de la tierra y luego los vendían y, mientras eso se hacía, en la casa no faltaba de nada porque todo se producía ahí mismo, en la casa. Y no había vencimientos y no teníamos que ir al banco ni a la cola de los usureros y contemplar el triste, abominable espectáculo de las remarcaciones en los precios. Y el dólar era un señor que vivía en Norteamérica y a quien nadie, ningún argentino, le daba "pelota", porque teníamos un peso fuerte, respaldado por el trabajo y el ahorro sano. Los tratos se hacían de palabra y se cumplían. Y el que mejor trabajaba más ganaba y los vagos, eran eso: unos vagos sinvergüenzas y descarados y nadie les daba "bola" y ahora son señores asesores. ¡Por favor, hasta cuándo!

**S**í, señor presidente! Salga al patio y pegue unos silbidos. Haga juntar muchos troncos de eucaliptus para que no se le vuele el techo y a los muchachos, sus hijos (usted es el presidente, es el padre de todos los argentinos) a sus muchachos—repito—dígales que se dejen de embromar y se pongan a trabajar. A vender choclos, gallinas, conejos. Y que se dejen de jugar a los sindicalistas, burócratas, bancarios, docentes, asesores. ¡Porque la patria, señor presidente, no da más, y corremos el riesgo de irnos todos al...!



## EL PEREGRINO

Desde un tiempo de trabajos vengo, vengo de un país de ternuras. El trabajo templó mi carácter, la ternura mantuvo limpio el corazón y lo aficionó al asombro. Si a esas dos dichas, el trabajo y la ternura, le agregamos la pobreza, creo que puedo considerarme un hombre afortunado. La pobreza es lo único que nos permite enriquecernos: a unos de dinero a otros de satisfacciones. Nunca me conturbó la falta de dinero y cuando lo tuve, me faltó tiempo para gastarlo. La forma de gastar el dinero sin sentirlo es saber compartirlo. Poseemos todo lo que hemos dado. Debemos todo lo que poseemos. Dios nos quiere desnudos y El se encargará de quitarnos el último ropaje, todo nació de una madre y todo volverá a una sola madre!

Estos días empiezan mis vacaciones y debo hacer un viaje. Me voy a mi pueblo a recuperar antiguos olores y a conversar con un niño que quedó detenido en el tiempo y que se empeñó, como un quendo intruso, a viajar de polizón en las cansadas corrientes de los ríos de la sangre de un viejo. ¡Oh, ese niño que vio, en el año treinta, partir a un joven que iniciaba la odisea de vivir! ¿Qué misterio es la vida que siempre empieza que nunca acaba? ¿Qué misterio es ese de acumular en el carousel de la sangre a tanto abuelo, a tantos hijos, a tantos nietos? ¿Y de dónde esas voces que nos hablan de un remoto pasado y esas otras ya queridas, que nos llaman desde un tiempo presentido? ¿Un hombre, es todos los hombres, una cosa es todas las cosas? ¿Y cómo la fragilidad del niño, el tesón del joven y la placidez del anciano pueden generar tanta maravilla?

Sí, tengo que ir a mi pueblo y hablar con los huesos de mis padres. Esos huesos que hace tanto tiempo dan su cal y su fósforo a los triguales, el sorgo y el maíz de Huinca Renancó. Esos huesos que vinieron de Galicia, sembraron de vástagos argentinos las llanuras del sur y hoy son barro en el agua, verde en el pasto y andan en las vacas y las ovejas que pacen tranquilas y galopan con el caballo por las verdes colinas que se extienden en el infinito seno de la pampa. ¡Sí, tengo que ir a mi pueblo y besar la tierra que cobija a mis padres y decirle a esos dulces recuerdos: ¡Gracias mamá, gracias papá por ese milagro de la vida! Sí, tengo que ir a Huinca Renancó a cumplir con mi sangre!

Será un dulce peregrinaje de amor. Hablaré con antiguos amigos y recordaré, sacándolos del baúl de los cariños, a queridos seres que ya me han precedido en el largo camino del encuentro final. Pero, sobre todo me reencontraré con las cosas: Los viejos eucaliptos y las fragantes acacias del solar de mi niñez. Sorberé con avidez los antiguos olores de los pastos y los yuyos de mi pueblo. El bravo pampero y el candente norte serán los vientos que, nuevamente, azotarán el paisaje de mi sangre y en el ilimitado horizonte de los campos que amo, las mismas vacas, los mismos caballos, las mismas ovejas de mi memoria serán las que ahora dejarán de pacer, levantarán las cabezas y con la misma ingenuidad de las antiguas bestias, mirarán a este anciano y reconocerán al antiguo niño que las observaba a ellas con el mismo asombro. ¡Milagros del vivir, que tal vez sean secretos designios de Dios para que un pueblo, unos olores, unos yuyos, unas bestias y un anciano produzcan una maravilla:

### La poesía

*En el río de mi sangre navegabas desde el instante del primer latido, invisible argonauta en mi escondido y silencioso mar en que te ahogabas.*

*En cada puerto en que tu voz llamabas: la misma voz del eco repetido, la misma luna, el mismo sol sabido y ese mismo reclamo en que clamabas*

*No fue vano esperar lo que esperabas, no fue vano sufrir lo que has sufrido ni fue vano ese darte en que te dabas,*

*que en duro viento, sobre el mar, arguido has llegado, por fin, como anhelabas, a ese puerto de amor que has presentido.*

# HUINCA RENANCO

*E*se día de 1928 el aire estaba vestido de domingo. Una brisa del sur acariciaba la piel y la gente, después de laborar durante la semana, gozaba el descanso y abría su corazón a las sencillas dichas del deber cumplido. Había paz en los corazones y alegría en los rostros.

El pueblo era Huinca Renancó, al sur de Córdoba, lindando con La Pampa. Como a dos leguas al este de Huinca, está el Lote 6, una colonia de chacareros de aparcería. Gente gringa; italianos del norte y gallegos peninsulares, todos unidos por la nostalgia de sus lares y la práctica de sus músicas y sus cantos. Ese domingo el pueblo estaba atestado de sulkys, charrenes, volantas y jinetes a caballo, que habían venido del Lote 6 y otras comarcas a gozar de una fiesta cívica: juegos en la plaza y la cancha de Nelson, el club de fútbol. Carreras de sortijas; palo enjabonado; embolsados; reparto de caramelos para los chiquilines. Banda, bombas, desfile escolar, palcos, discursos; Olivero, Güenaga, Arrarás, Conosciutto, Brugal, Sanessi, Sardi, Parage, Busito, Ramón García; Fonda de Borrajo, Café Botafogo de Salinas, Confeitería de Sarai y Vila, Sociedad Italiana y Sociedad Española, donde debutaba de aprendiz de cantinero el gallego Ceferino.

¡Qué tiempos, Dios mío! Y el "Chanta cuatro" lleno de bochas y vino tinto y "Hotel Chico" y "Hotel Grande" llenos de vermuses, estancieros y mayordomos y a la puerta los primeros Ford T; las masas de Torres y los helados del marido de la portera de la escuela. Y en la fonda de Borrajo el barullo de la murra, la brisca y el truco y las canzonetas de los piemonteses y las muñeiras de los gallegos. ¡Qué derroche de energía; qué alegría de vivir!

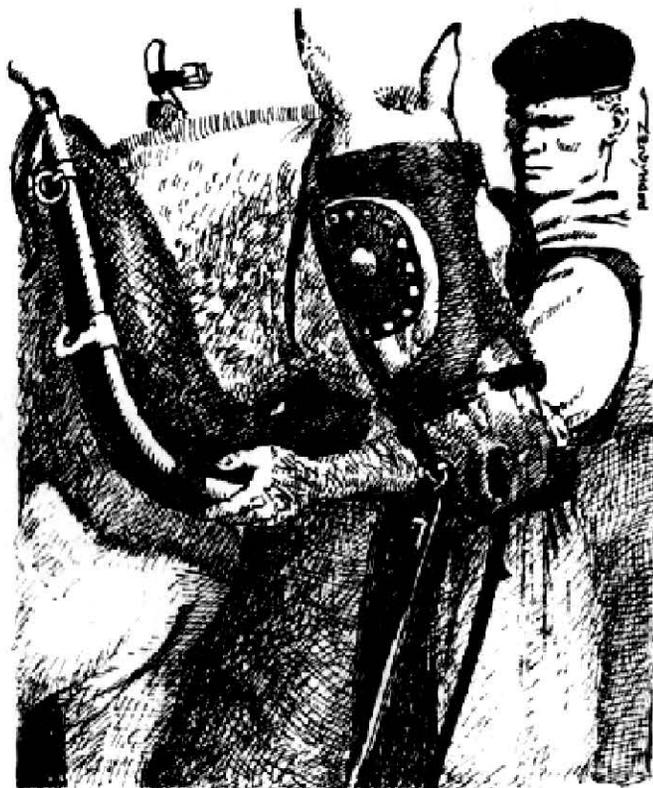
*D*espués, a la noche, las romerías, el baile y la alegría y la cerveza y la Bilz y las canastas con pollos, milanesas, tortas, pasteles, confituras, sobre manteles tirados en el pasto. Y el inefable amor de la familia y los amigos y el cantar todos y el bailar. Y el nacer romances y llenar las cabezas de sueños y fantasías. ¡Salud, Felipe Prieto y doña Jesusa! Que con mis padres andarán ahora en una eterna romería celeste, donde ya estamos haciendo cola en la puerta para unimos también y desatar nuestras canastas y juntar nuestras meriendas.

¿Y qué hacía ese muchachito rubio, pecoso de asombrados ojos y contenido sueño hasta altas horas de la noche, entre el hervir de la vida y el asombro de la fiesta? Sesenta y cinco años después, al pie de los Andes, entre los parrales y el rumor de las acequias, alguien escribiría algo relativo al tiempo, el corazón y un pueblo inolvidable que se metió en el corazón de un niño, rubio, pecoso, que se metió un pueblo en el corazón.

## • El trabajo

*C*on las primeras luces del alba, partían los últimos romeros, cada cual a sus trigos, sus labranzas sus caballadas y sus ansias de lluvia y su hacer hijos y su hacer patria.

Pronto, no más, (algunos sin dormir) estarían en sus labores y sus preocupaciones; que no es nada más que la preparación de la alegría; la satisfacción de haber cumplido y la espera de los domingos para renovar amistades e inaugurar corazones.



En las chacras llamaban los gallos y el arrullo de las palomas se hacía vuelo y canto en el cielo. Un rastro bullicioso de gaviotas en el cielo oteaba las sementeras y raudas, planeaban detrás del arado, en pos del alimento que Dios reparte a sus hijos.

La gente, con unos mates en la panza, estaba en el trabajo y a eso de las nueve, miraba con ansia hacia "las casas" en espera de ver la bandera que llamaba al desayuno: Jamón, huevos, chorizos y mate cocido en leche y con manteca hecha en la casa. La reunión era breve y bulliciosa y luego, otra vez a las faenas y a esperar el almuerzo; el cambiar de caballos a los arados y a las chatas; el revisar arneses y dar de beber a las bestias. Luego, otra vez al sol y al surco hasta que el ángelus anunciaba el fin de la tarea diaria. Y la gente, sudorosa y contenta, volvía al amor del fuego, al mate, los comentarios y las ocurrencias.

*L*os más cansados se retiraban: al galpón los peones y al interior los patrones; mientras, los rezagados inauguraban las brujas, las leyendas y el miedo de los boyeros. A veces, ya el gallo había cantado una vez cuando se retiraban los remisos. La oscuridad tendía un manto sobre el silencio de la pampa; los perros se echaban cerca de los catres; de vez en cuando, el cencerro de la madrina anunciaba el nocturno pastoreo y el chistido de la lechuza la proximidad de la caza. El tero, imprevistamente, alborotaba con sus gritos y anunciaba la proximidad de algún intruso cerca de sus dominios, tal vez alguien peludiando o el zorro o la comadreja husmeando ajenas propiedades. Luego todo era silencio en la tierra, los hombres dormían y descansaban, las bestias reponían las fuerzas y las alimañas entraban a sus vidas y sus costumbres.

Pronto vendría el clareo, las primeras luces y volvería a repetirse, una vez más, el eterno milagro de la luz y el trabajo. El hombre volvería al surco y la vida a la luz y habría pasado otro día en Huinca Renancó. ¡Cómo se trabajaba, Dios mío! Era gente que no sabía de sindicatos y habían tomado en serio eso de hacer la patria.

# EL PROFUGO

Venía de un extraño país en que las noches son frías y los días tórridos. Venía de un país de interminables arenas y despoblado horizonte. Conducía la nave del desierto y atesoraba los bienes de los desprotegidos seres de la caravana. ¡Alá es poderoso y sus caminos inescrutables!

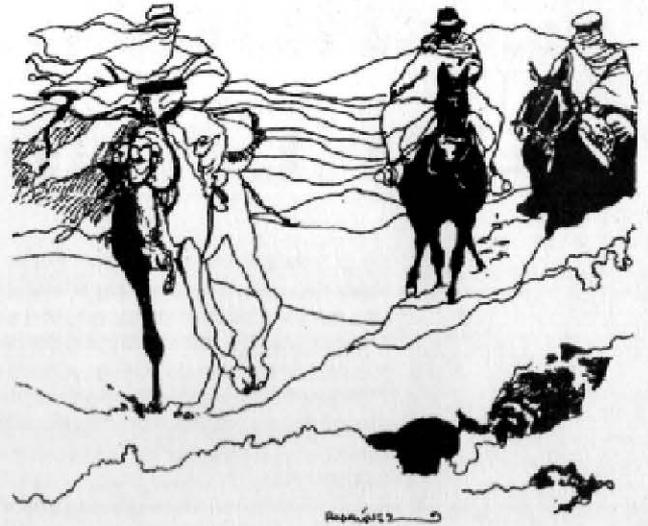
Alí Mohamed fue guía de caravanas en el desierto y un respetuoso súbdito de Mahoma. Temeroso del Corán, cumplía con los preceptos que en el Islam son premio y castigo. Sabía que la inmisericordia y el robo atentaban contra Alá y que toda transgresión a esa ley se paga antes de que las huríes del profeta acaricien nuestra piel y enciendan nuestra mirada. Pero, Alí Mohamed era de carne y era pecador. Y la carne y el pecado no deben cruzar las arenas del desierto en el lomo de un camello.

Una noche de airado simún, la arena, que cabalga en el viento, sepultó a la caravana que guiaba Alí Mohamed. Este, que era un zorro en el desierto, abandonó la caravana y se fugó con los bienes. En una sola noche cometió dos pecados que Alá no perdona: **Abandonó en el desierto a los que debía guiar y proteger y les robó sus pertenencias.** Después de esa infamia, Alí Mohamed no cabía en los dulces oasis del desierto y huyó a otras tierras. **Creyó, ingenuamente, que la distancia y el tiempo lavaban el pecado.**

Lo conocí una tarde del verano de 1951. Yo bajaba de las minas de tungsteno de Arrequintín y entre unos totorales del río epónimo, llamó mi atención la figura de un hombre que sentado en una piedra, fumaba y me miraba. Detuve la mula y saludé. El hombre me invitó a descabalgar y acompañarlo a merendar. Así lo hice. De una mochila sacó un pedazo de queso y unas aceitunas y nos pusimos a comer; luego me pasó una botella de vino tinto, botella que sacó del helado arroyo.

El vino, por la garganta, pasaba como una bendición. Estuvimos largo rato masticando y mirando al río. Me preguntó qué hacía. Le dije que bajaba de la mina y que había ido a ver un amigo: don Augusto Guardia. Siguió otro silencio largo que era interrumpido por los gorgoritos del vino en nuestras gargantas. Le dije que me contara de él. El hombre accedió.

Se llamaba Julio Irmás, hacía cinco años que había venido de Persia y andaba buscando a un pariente que hacía años que se había venido a la Argentina y del que había perdido todo rastro. Me contó le dijeron que el buscado había trabajado en las minas de Arrequintín, pero que ya se había ido y que en eso andaba: buscando al pariente.



## • La justicia

Después, al tranquilo, bajamos para Las Flores. En el Baño del Cura pasamos la noche. Al otro día, bajo unos olmos, asamos un corderito que había sacrificado don Augusto; comimos en silencio y parsimoniosamente. Un vino casero, espeso y fuerte, iba aumentando nuestros bríos y avivando nuestras lenguas. Como a las dos de la tarde nos bañamos en las piletas del nacedero; luego, descabezamos un sueñito a la sombra de unos olmos.

Al atardecer, mientras mateábamos, Julio Irmás me contó la historia del pariente Alí Mohamed. **Esa es la historia de los primeros párrafos de este relato. Julio Irmás lloró recordando los pecados de Alí Mohamed, luego cayó en una profunda tristeza. Respetuosamente me alejé y le dejé sólo en su dolor.**

Al otro día, después del mate, Julio Irmás, al tranco de su mulita, enderezó para el norte, camino de Tudcum y luego Malimán. Por referencias supe más tarde que Irmás transitaba siguiendo el camino a Chile. **¡El hombre andaría en sus negocios!** De vez en cuando, me llegaba algún dato de la vida del hombre. Después las referencias se fueron espaciando, hasta llegar al total olvido del personaje.

Hace unos años, hice una visita a una familia amiga en Malimán. Alguien, como el azar, mencionó a Julio Irmás. Me interesó y pregunté por él. **¡Murió! —me dijeron—. ¡Sí, —terció otro— lo hallaron muerto en la sierra de San Guillermo!** Y me contaron: unos arrieros que venían de Chile encontraron el cadáver en una hondonada. El hombre había muerto de frío. Se ve que se había helado en un temporal de nieve que había caído unos seis meses atrás.

El cuerpo del muerto estaba intacto... a no ser las manos, que los buitres y los zorros se habían comido. Entre las ropas le encontraron un libro: El Corán, que es la ley del Islam y a la vez es la palabra del profeta.

No sé por qué asocié la idea de Alí Mohamed a lo que me estaban contando. Después supe que le dieron sepultura y que algún piadoso le puso una cruz de algarrobo. El símbolo del cristianismo, que es piedad y es perdón mezclado con El Corán, que es Justicia y es Ley: **¡Alá es Alá y Mahoma es su profeta! ¡La espada de la justicia es tan larga que alcanza a cualquier súbdito en cualquier lugar de la tierra o del cielo. ¡Bendito sea Alá!**

Después supe que Julio Irmás y Alí Mohamed fueron una sola persona.

# LA DECISION

Rufino ¡vamos!... Y mi padre echó a andar por el sendero que, de mi casa a la orilla del pueblo, conducía al trabajo. Era la una menos cuarto y la tarea se iniciaba a la una. Mi padre era albañil, canchero y yo era peón en la misma obra. Habíamos venido a almorzar a las once. Después del puchero, mi padre hizo la acostumbrada siesta de media hora en un catre a la sombra del paraíso, y el imperativo ¡Rufino, vamos! se refería a que lo siguiera para iniciar la tarea de la tarde. ¡Vaya usted, yo lo sigo papá!

Pero, estaba escrito que yo no lo seguiría. Cuando papá dobló la esquina de los Lorquiz y tomó para lo de Melchor, se perdió su silueta tras un cerco de tamariscos. Retuve por un instante su estampa alta y musculosa; pantalón de pana; alpargatas; camisa de burda tela azul; faja negra, en la que metía el paquete de tabaco y el yesquero; pañuelo bataraz al cuello y gorra barata quebrada la visera. Su andar era pausado y armónico y los movimientos elásticos y seguros. Pensé que ya había llegado a la obra, escupido el pucho del armado caporal La Mariposa y había empezado a hacer el pastón de cal, arena y cemento.

La voz de mi madre me sacó del ensimismamiento ¡Rufino, ya es hora! Estaba parada bajo la acacia al lado de la galería; en la mano tenía un bulto de ropa anudado en un pañuelo grande. Me dio el bulto; con el rebozo se secó una lágrima, puso unos billetes de cincuenta centavos en mi mano, me abrazó y me dijo: "Yo hablaré con tu padre, ¡voté! ¡que Dios te bendiga!" Tomé los bajos de la loma y enderecé para la estación del ferrocarril.

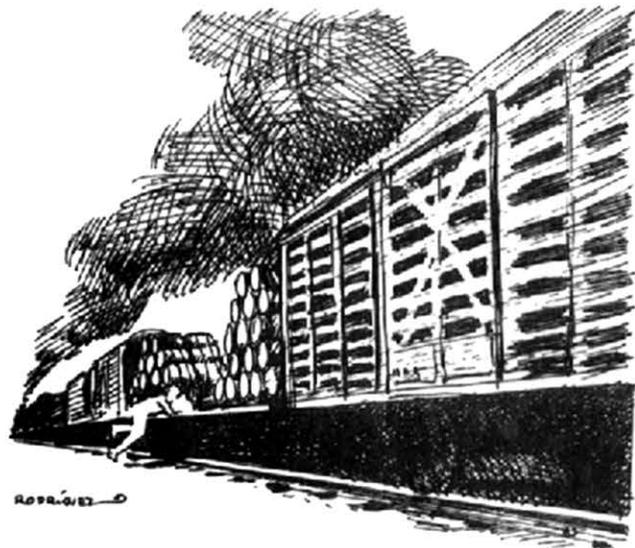
Cuando estaba a unas tres cuerdas de la estación o la campana de salida, la pitada, y el tren que yo debía tomar ya estaba en marcha; corrí, pero, al llegar junto al convoy éste ya había tomado velocidad y no me animé a abordarlo.

En pocos instantes estaba el andén vacío. Sólo quedaba, al lado de las vías, un pibe de quince años con un bulto de ropas, unos billetes de cincuenta centavos en el bolsillo, unas ganas de llorar grandes como el mundo y un tren que se perdía en el horizonte.

Me senté en el borde del andén con las piernas balanceando sobre las vías. En la playa, un cambista ordenaba un tren de carga, el cambista me miró y me dijo: "¡Qué hacés, Rufino! ¿perdiste el tren?" Yo lo miré sin contestarle. El añadió: "En diez minutos sale este carguero para Mendoza", y me guiñó el ojo.

Miré el monito con la ropa. Un pantalón; una camisa azul grafa; dos pares de medias, tres pañuelos; un par de alpargatas negras; un pañuelo para el cuello; una camiseta de frisa y unos calzoncillos largos y abrigados... y en el bolsillo de la bombacha puesta, catorce papelitos de cincuenta centavos cada uno. Ese era todo mi capital y si descontamos la inexperiencia de mis quince años y el miedo que me invadía, seguramente no daba la imagen de quien abandona su hogar y se larga a conquistar el mundo. ¡Pero, así era!

Estando en esas cavilaciones o la pitada que anunciaba que el carguero estaba listo para salir. Tomé mis riquezas y en un envión ya estaba arriba de una chata que devolvía bordelesas vacías para Mendoza. El tren se puso en movimiento: taca tac, taca tac y empezó a tomar velocidad. ¡Sonamos — me dije — ya es tarde para bajarme! Me acomodé sobre un casco. Ya a la altura del cementerio, el paisaje ofrecía un claro que me permitió ver mi casa, allá lejos, y me pareció que mamá seguía tesa bajo la acacia. Alguna chispa de la máquina debe



haberme entrado en los ojos, porque se me llenaron de lágrimas. Cuando la visión del pueblo empezó a perderse, me escurri entre las bordelesas, me senté sobre el monito y me puse a llorar. ¡Bonito principio para un conquistador!

A la tardecita el tren paró a tomar agua y enganchar unos vagones en Villa Unión. Me bajé a desentumecer las piernas con unas carreritas. Cuando el tren se puso en marcha regresé a mi vagón, lo trepé ágilmente y caí al lado de mis pertenencias. Pero, tenía compañía, tres crotos, en la otra punta de la chata me miraban. Medio se me aflojaron las piernas; hice coraje y dije: ¡Buenas tardes! ¡Buenas! me contestaron tres voces. Y una de ellas ¡Árrimate pibe, debés tener hambre! y me invitó a compartir un poco de fiambre y pan que estaban comiendo.

Al rato no más ya éramos amigos. Supe que iban a Mendoza, a la vendimia. Eran braceros que venían del trigo y que recorrían todo el paisaje de changa en changa. Ya se había hecho de noche; sobre mi atadito debí quedarme dormido. Al rato, entredormido, sentí que me tapaban con un poncho. Una voz gruesa decía ¡Cayó el hombre! Al ratito, el abrigo del poncho y las emociones del día me sumergían en un sueño pesado al que era inútil hacerle resistencia y me sumergí en él como en el regazo de mi vieja. El taca tac de las ruedas era la música más deliciosa del mundo. Perdí la noción de todo y me entregué al abandono.

Una frenada brusca me despertó. Aclaraba y estábamos en Palmira. Ahí habría una demora de varias horas, pues había que desenganchar vagones y volver a enganchar. Nos bajamos de la chata y cerca de las vías mis compañeros empezaron a hacer fuego para el mate. Después de unos amargos me dijo uno de mis acompañantes: ¡Pibe, andá al pueblo y batí la católica, hace falta azúcar y yerba! Salí y "batí la católica" (bah... tiré la manga) en algunas casas. Regresé al mate con azúcar, yerba y algunas semitas.

Pitó el tren y abordamos un vagón. Al medio día el tren se desviaba y mis compañeros comprobaron que no paraba en Mendoza. Tomaba por Espejo y seguía para San Juan. En La Curva de Espejo, aminó la marcha el convoy y mis compañeros se descolgaron atrás de los monos que habían arrojado primero. Yo seguí para San Juan.

Café la tarde cuando divisé los simétricos verdegales de los parrales de Media Agua. Ver aquel verde me emocionó hasta las lágrimas. Yo venía de una zona de sequía, vientos, cardos rusos y arenales y el milagro del agua de riego (que desconocía) tenía el encanto de un presentido maná. Casi sesenta años después rememoro aquello.

Hacia poco tiempo que la República se sumergía en una infamia que duraría medio siglo y ahora volvía a querer retomar la senda de la cordura. El muchacho que huía de la sequía y la arena, encontró el agua y la piedra. ¡Bendita tierra esta, en que hay acomodo para todo! La cuestión es no dejarse estar y correr hacia el horizonte. (Como en las películas de Chaplin ¿vivo? Si perdés el tren tomate un carguero.

# EL ANGELITITO

**M**e vino a ver Reinoso, que trabajaba en la cal en Los Berros y me pidió si lo podía llevar hasta Pedernal. Que se le había muerto un ahijadito y debía estar con el compadre; yo trabajaba en la confitería La Chiquita y tenía un Ford T; le dije que sí.

Nos fuimos al almacén de Rogelio Fernández, y allí Reinoso compró unas botellas de anís, vino dulce Cordero (para las mujeres), cognac, una lata grande de café Aguila, tabaco, papel y algunas otras chucherías. De ahí fuimos a lo de Alberto J. Castilla y llenamos el tanque, medimos el aceite, compramos una lata de 18 litros de nafta y, por calle Mendoza al sur, tomamos para Los Berros. En Carpintería, en el puente Cordón, paramos al lado de una acequia para echar agua al forcito que iba a "pura humareda" de vapor, descansamos un rato y reemprendimos el viaje.

Serían las once cuando llegamos a Pedernal. Recostado contra un cerro estaba el rancho del compadre. Era un caserón de adobes, largo y con una galería enquinchada con pájaro bobo, la galería miraba al este; en el patio de apisonada tierra regada y a la sombra de un eucalipto y dos carolinos, se asaban a la parrilla dos chivitos; había resto de carne asada que denotaba que alguien ya había comido. Me fijé en el rancho, que parecía cómodo y fresco, lo aireaban dos amplias puertas, una con una lona colgada; varios ventanucos con cortinas de arpillera daban luz y aire a los cuatro vientos. Por el costado norte, discurría una acequia que regaba una pérgola con tres parras frondosas y unos malvones en flor.

Reinoso me presentó al compadre, el padre del finadito, le di el pésame y él me pasó un vaso de vino (debía ser patero, por lo turbio y ácido). Luego me arrimé a doña Justina, madre del muerto, que estaba sentada en una silla baja al lado de la puerta del rancho. Justina era una mujer morocha, alta, flaca y arrugada; tenía cara de no haber dormido; cubría su cabeza un negro rebozo. Le di mis condolencias, lloriqueé algo, señalé, para adentro y siguió lloriqueando.

Iba cayendo gente: tres sulkys y varios caballos ya estaban a la sombra de los carolinos. Las mujeres se arrimaban a doña Justina le daban la mano y entraban al rancho; los hombres, sombrero en mano, se acercaban al doliente padre, decían sus palabras y recibían un vaso de vino, en recuerdo y por el descanso del finado. Algunos se arrimaban a la parrilla y miraban cómo iba el asado. Unos perros, flacos y ariscos, olfateaban el humo de la parrilla y esperaban las sobras. La flacura de los perros resaltaba la humildad de la casa.

**A** rato de estar pispeando enderecé para el rancho. Entré y me acomodé contra la pared para acostumbrarme a la sombra. Era una pieza larga, rectangular; a un costado habían acomodado unas camas sin hacer, un ropero, una mesa de luz y varios trastos más, para hacer lugar al velatorio. Contra las paredes de los costados, una rimera de sillas desparejas que, seguramente, eran prestadas a juzgar por la variedad de



estilos. En una de las sillas estaba una vieja con un rosario en plena tarea. Otra tomaba mate y, entre chupada y chupada echaba un rezo. Había varias más, todas en actitud doliente y que miraban para el lado de las velas.

**E**n la pared del fondo habían colgado una sábana blanca, extendida y asegurada con clavos a la pared; en la parte alta y central de la sábana pendía un crucifijo negro y un rosario. Flores de papel, de diversos colores adornaban lo que parecía un cielo de nubes de algodón. En la parte baja, al medio de la sábana y sobre una mesa de pino estaba el angelito: lo habían sentado en una silla baja y, con una faja llena de nudos (encargos para el Señor) lo habían asegurado a la silla; la cabecita, tiesa, estaba asegurada al respaldo de la silla por una vincha azul, salpicada de estrellitas blancas y plateadas y llena de lunarcitos rojos en forma de corazoncitos. Dos alitas plateadas y con recortes pegados de estampitas religiosas habían sido clavadas en la parte posterior de la silla. En un palito, envuelto en papel crepé, habían fijado una especie de aureola que, inserto el palito en la parte posterior de la vincha se elevaba unos diez centímetros sobre la cabecita del niño muerto. Las manitas, entrelazadas, descansaban sobre el regazo ataditas por una cinta de seda blanca.

El vestido, blanco, le llegaba a los tobillos; calzaba zapatitos negros, sin medias; sobre la mesa, en tarritos que oficiaban de palmatorias, cuatro velas encendidas daban a la cara del angelito el color definitivo de la muerte. Alguna comedida, con una vara de pájaro bobo, espantaba las moscas que, porfiadas, trataban de acercarse al muertito. Algunos niños contemplaban con curiosidad el escaparate y abrían tamaños ojos; los más pequeñitos, sin entender, se miraban de reojo y sonreían. La escena era de un enternecedor patetismo.

Unos sones de guitarra venían del patio. El almuerzo había comenzado. Menudeaban los brindis y los jaro, aro! Doña Justina; cabeceaba un sueñito sentada en el mismo lugar de siempre. A la sombra de las parras, el compadre de Reinoso, el padre del finadito cantaba una tonada:

*Una pena, nuevamente,  
me está quitando la vida  
el remedio es olvidar  
pero olvidar se me olvida.*

# ¡FELIZ AÑO NUEVO!

**P**apá olía a tabaco negro, saracas y vino carlón. ¡Nunca ningún Edén tuvo un perfume tan delicado! Cuando me alzó en sus brazos, para llevarme a la cama, me sentí tan protegido, como si mi papá fuese todos los padres del mundo. La Cruz del Sur, estaba ahí no más, a la vuelta y encima de los eucaliptos; al pasar bajo la acacia, estiró un brazo y sacó de la bolsa un puñado de castañas. Me llevó hasta la pieza y, suavemente, me depositó sobre el crujiente colchón de chalas. Empezó a invadirme una pesada modorra. Lo último que recuerdo fue que puse las castañas bajo la almohada, vi que la fornida silueta de papá cruzaba la luz de la lámpara y entonces el sueño me tragó en un tierno y protector misterio. ¡Sabía que había ángeles que acompañaban a papá y dormían conmigo!

La jornada había sido ajetreada aquel día de fin de año de 1925. Unos días antes habían llegado de Galicia el hermano y la hermana de mi padre y era el primer fin de año que pasaban con nosotros y en América. Habían traído en sus maletas y baúles parte de Galicia y del cabo Finisterre, así que el aire, en casa, esos días abundaba en olores a sardinas, arenques ahumados, castañas asadas y cocidas y mamá en la cocina no daba abasto en hacer fiyóas, asar arenques y cocinar castañas. Todo era puro recuerdo; averiguaciones sobre parientes y amigos y el espeso y tonificante vino carlón reemplazaba el añorado «vino da terra» de la lejana Galicia. En la sobremesa la bondad del carlón y el del Miño eran tema de largas conversaciones entre el recién llegado tío y mi padre. Yo me quedaba largos ratos oyendo el cadencioso ritmo del idioma galaico que, años después, Rosalía de Castro y Valle Inclán me harían amar y rescatar de mi ancestro.

En una de las sobremesas mamá recordó los inmortales versos de la insigne gallega:

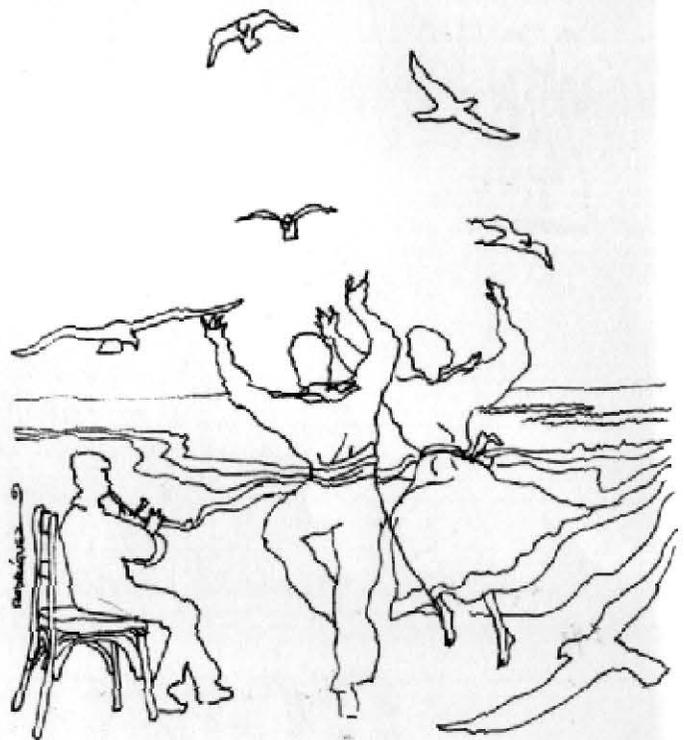
Dávanse vicos as pombas  
voaban as anduriñas,  
xugaba o vento c'as herbas  
pobradas de margaridas.

Y as lavandeiras cantaban  
mentres la fonte corría.

Ay aires, airiños, aires,  
airiños da miña terra,  
ay aires, airiños, aires,  
airiños, leváme a ela.

Años después, cuando aprendí a degustar y amar a Rosalía de Castro, entendí el porqué el gallego es tan melancólico (o melancónico) y entendí el porqué de la morriña y el porqué a veces, de niño, sorprendía a mi madre (miña nay) llorando en los rincones.

**T**emprano nos levantamos a inaugurar 1926. El día había amanecido fresco y una suave brisa del sur mecía el cerco de tamariscos en flor. El patio estaba salpicado de cáscaras de castañas y algunas gallinas se entretenían en picotearlas en busca de restos del sabroso fruto. El perro, Capitán, nos observaba desde el molino y miraba con cierto recelo al tío recién llegado.

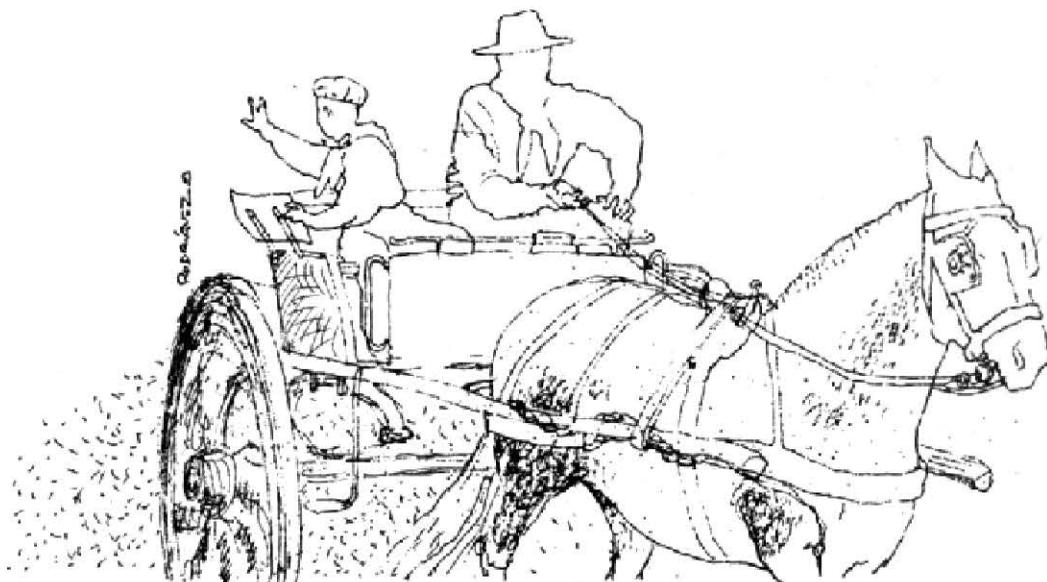


Pasadas las once, mamá y tía Antonia sacaron al patio la rústica mesa de pino, la colocaron bajo la acacia y empezaron a traer desde adentro de la cocina las vituallas para preparar el almuerzo de mediodía. Sentado en una silla baja y a la sombra de un paraíso, yo observaba la escena del rito de preparar los alimentos. ¡Rito en el cual mamá y tía ponían la dedicación que el buen pastor debe poner en preparar la sagrada misa! Un espeso y cadencioso parloteo en gallego regalaba a mis oídos la cadencia de la ancestral lengua paterna. En esa posición hubiera pasado horas, si mi madre no me hubiera llamado solicitando mi ayuda en la atención del fuego y espantar las gallinas que se empeñaban en aprender a preparar la empañada gallega. ¡No hubiera sido nada que miraran, lo malo es que se empeñaban en probarla!

**E**l almuerzo fue bullicioso y lleno de sabores coruñenses. Tío José María, que tocaba la gaita atronaba el aire con los sonos de una muñeira; mi padre estrenando alpargatas (alparajatas) blancas miraba al hermano y reía y lloraba. Mi madre se levantó de golpe, se sacó los zapatos que tiró bajo la mesa, se plantó en el medio del patio y casi gritó ¡José María, echa una jota! Papá se levantó del banco, se puso frente a mamá, se ciñó la faja negra a la cintura, acomodó el yesquero y el tabaco en ella, miró a José María y dijo ¡Echala! El gaitero hinchó los carrillos; llenó los pulmones de aire y de pronto la brillante y cristalina voz de la gaita, perforó el aire del mediodía. Mi padre y mi madre, como electrizados, se movían rítmicamente al compás de los añorados sonos. Eso no era bailar, eso era gritar con las entrañas y los pies, era como si conversaran con la tierra; como si protestaran de la inmensidad del mar que los separaba de sus rías, de sus lluvias, de sus inmensos bueyes y que los separaban de sus antiguos muertos. El roncón de la gaita lloraba un melancólico alalá.

Cuando tío dejó de tocar, mamá y papá pararon de golpe, se abrazaron en medio del patio y se echaron a llorar. Todos los imitamos, que para final de una fiesta no es poca cosa, ¿verdad?

1926 había empezado bien, cuando la gente llora de dicha es señal de salud, de cuerpos vigorosos, de corazones limpios y de mentes sanas. ¡Sí, 1926 iba a ser un buen año. Ya se había llorado, ahora vendrían las risas!



## COMO CRECIENDO

**T**odavía estaba en la memoria del pueblo, el estruendo de las bombas y el olor de la pólvora con que la colectividad española festejara la llegada del Plus Ultra y los nombres de Ramón Franco, Rada y Ruiz de Alda, eran tema de orgullo y conversación en las mesas de pino de la fonda de los Borrajo. Chacareros, artesanos y peones de estancias despuntaban sus vicios y gastaban el oro del domingo en partidas de truco, brisca, tute, y en la altisonante y discutida murra de los italianos del norte. Los juegos del sapo llenaban el aire de estridentes notas musicales al rebotar los cospeles de bronce en los bordes metálicos de la abierta boca del batracio.

En la cancha de bochas, trajinada de alpargatas blancas, la gente apostaba a lisas o rayadas y gozaba en la pericia del arrime o en la contundencia del bochazo. Sobre mesitas adosadas a la pared de la galería, las botellas de cerveza y las jarras y ponones de vino carlón hacían el gozo de los sedientos y embotamiento de los apresurados. De la cocina llegaban, en persistente vaho, los olores de las viandas en preparación y hacían larga la espera de sentarse a la mesa y gozar tanta delicia. El sol, en su esplendor dominguero, se colaba entre los potrillos mediados de vino tinto, rubia cerveza o vermuses, Píneral, Cinzano, fernet o lapálda ginebra. El sol—digo—se despedazaba en atomasolada lluvia de alegría sobre los sudorosos rostros de los bebedores que chispeante el corazón y ligeros los pies, pasaban el legítimo día de descanso luego de la pesada y fecunda labor de la semana. ¡Entonces la gente gozaba en risas lo que trabajaba en serio!

**M**inovecientos veintisiete recorría enero. La gente almorzaba en la fonda de lo Borrajo y entre el bullicio de tanta conversación junta, tanto ruido de cubiertos y vasos, un niño rubio y pecoso, con un cajón de lustrador colgando del hombro izquierdo, se metía entre la gente y las cosas y como ávida esponja, sorbía y atesoraba el jugo de la vida, porque sí, porque la vida lo había puesto ahí, justo en ese día y ese lugar. O tal vez para que, sesenta años después, alguien escribiera una nota en una ciudad lejana en el tiempo y en el espacio. Lejano de la fonda de los Borrajo, pero acunada en el corazón de un niño hasta que los recuerdos se añejaron en la madera del corazón de un viejo. A las tres de la tarde, el niño, con el cajón al hombro, tomó la guadalosa calle que lo conducía a su casa. Cuando a lo lejos divisó el molino, los eucaliptos, y el rosa de las paredes de la querencia, el niño apresuró el paso.

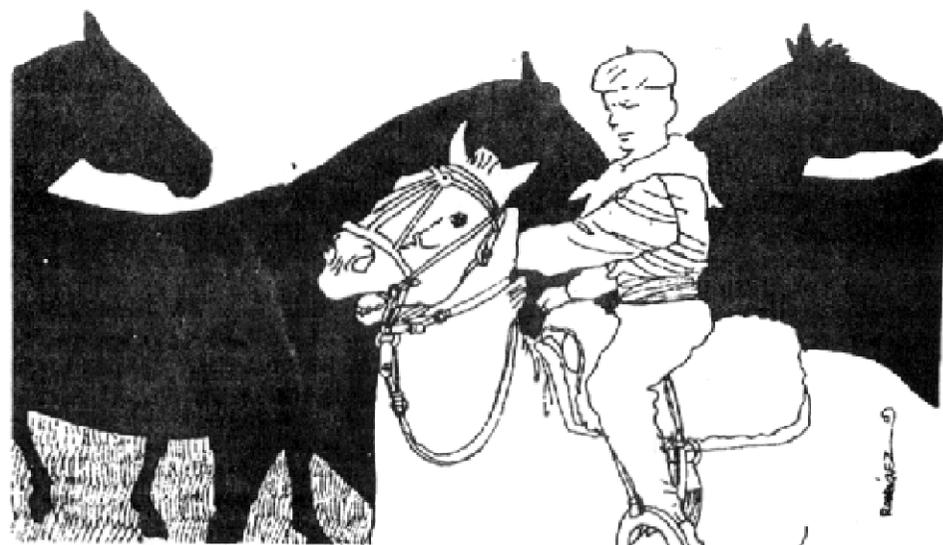
**A**llegar al portón de la casa vi un viejo tordillo que, uncido a un sulky y atado por la rienda a un tamarisco, ramoneaba unas verdes matas. Tomé el sendero que llevaba hasta el molino y allí bajo la sombra de una acacia cercana al tanque australiano, mi padre y un extraño, sentados en sendas sillas bajas, conversaban y bebían una sangría. Saludé y enderecé para la casa. Mamá sentada en la galería, remendaba ropa y de reojo, observaba a papá y la visita. De pronto, la imperativa voz de papá llamó: "Antonia, Rufino, vengan un momento". Allí fuimos mi madre y yo. Entonces papá dijo: "Antonia, don Sixto tiene que llevar una carga a Mataldí y necesita un chico de boyero; he pensado en Rufino ¿qué te parece?" Mamá me miró fijamente, yo le hice señas que sí y ya estuve conchabado en mi primer experiencia de hombre. Cambiaba el perfume a membrillos de las ropas de mi madre por el olor a caminos, yuyos y distancias, del sudor de un caballo. ¡El corazón me saltaba de alegría! Todavía no sabía lo que habría de pagar por ese estirón.

Mamá me dio un llo con una muda interior; unas alpargatas, un pañuelo bataraz para el cuello, una gorrita de vasco, treinta centavos y un beso. Miré a mis hermanos, subí al sulky, don Sixto azuzó al tordillo y ya estaba transitando el largo camino de la vida. ¡La pucha, no sabía que el camino tuviera tanto abrojo!

Quando cruzábamos el pueblo, mi corazón era el nido del orgullo y creía que todo el mundo miraba mi audacia y decisión. Cruzamos las cocheras del ferrocarril y nos metimos en la calle ancha que llevaba a Ranqueles. Yo eché una mirada para atrás y vi que el pueblo se me estaba quedando. Sentí como un nudito en el pecho y pensé en mamá. Cuando el sol pintaba arboles en el poniente, llegamos a la estancia de Crespo. Allí estaba la chata, los caballos y la carga. Haríamos la noche y al alba saldríamos para Mataldí. Después de la cena salí a la noche (como a mear) y miré para el lado del pueblo: A Huinca Renancó ya se lo había tragado la distancia, la oscuridad y las brujas. Entré a la cocina, di las buenas noches y me fui para el galpón de los peones, tendí unas bolsas en el suelo, le encimé unos cojinitos y así, vestido y todo, me tiré a dormir. Sentía ganas de llorar, me sentí como un conejito asustado, atrapado en mitad de la noche.

**M**e tapé con un poncho y me cubrí la cara; con la palma de la mano me sequé unas lágrimas y me entregué al miedo y los fantasmas. La oscuridad se pobló de desconocidos ruidos; el cansancio y las emociones de ese domingo, quebraron mi ánimo. El sueño, solícito, me acunó en sus brazos.

La próxima semana le cuento el viaje a Mataldí.



## COMO CRECIENDO II

Un suave remezón en el hombro y la expeditiva voz de don Sixto: ¡Vamos boyero! me llevaron del sueño a la realidad.

Medio me enderecé y contesté: ¡Ya voy, don Sixto! Me senté sobre los cueros y di unas cabezadas para despabilarme. Caí en la cuenta de que había dormido vestido, ni las alpargatas ni la gorrita me había sacado. Sentí como una vergüenza y, por si de lo oscuro me estaban observando, hice como que me ponía las alpargatas, luego me enderecé y tomé para el lado de la puerta del galpón. Afuera la noche estaba estrellada; la Cruz del Sur presidía la apabullante inmensidad y, para el naciente, el suave claror que precede al alba anunciaba la proximidad del nuevo día.

Me arrimé para el lado del corral y me lavé la cara en el bebedero. El frescor del agua me trajo a la realidad y asumí mi papel de boyero; la urgencia de ser hombre me bullía en el pecho. Me inflé de orgullo, e imitando el tranco largo y pausado de don Sixto, enderecé para el tajo de luz que salía de la cocina. Un fuego de marlos calentaba el agua de una inmensa pava y don Sixto y unos peones tomaban mate. Saludé y me senté en la puntita de un banco. Sentí como si me relojearan, pero no me atrevía a comprobarlo. Alguien dijo: "¿Gusta, boyero?" y me pasó un mate. Tomé el mate con las dos manos y me entregué a chuparlo; cuando sonó el vacío, devolví el mate y dije ¡Gracias!.

Me quedé quietecito y regustando el sabor de la yerba, entré a añorar: que qué harían mis hermanos; el aroma a membrillo del arcón de la ropa, el olor a tabaco negro, vino tinto y saracas que traía mi padre cuando los domingos, al anochecer, volvía de los amigos, el tute y la "morriña" que desde Galicia, traía pegada al alma y, a veces, en saladas gotas, le caía de los ojos. Pensé en las rubias trenzas de Romilda Bossarelli, condiscípula en primero superior y de quien yo estaba enamorado y que nunca le dije nada. En esas nubes cabalgaba cuando la voz de don Sixto me hizo apear en la realidad: "Vamos, boyero, tomá una taza de café con galleta que ya nos vamos", y salió para el corral, yo mojó la galleta en el café y empecé a comer. Después me fui para el corral, donde don Sixto ya había atado los animales en la chata y estaba ensillando a Chiquita, una petisa zaina y medio dormilona a quien yo montaría en mi aprendizaje de arriero.

"Este es tu caballo —me dijo don Sixto— espero que se lleven bien" y, mirando mi estatura, levantó el cojinillo y acertó las acciones "para que el boyerito pueda estribar". Monté a Chiquita; arrancó don Sixto en la pesada chata y yo lo seguí al tranco, arriando una tropillita de respuesto. ¡Ya estábamos en camino; empezaba un aprendizaje que duraría toda la vida!

Al cruzar la tranquera tomamos para el naciente. El sol empezaba a pintar el horizonte y cerca de una laguna, unos teros nos despedían con sus engaños y alboroto. Noté que Chiquita no me hacía mucho juicio y seguía sus impulsos en vez de mis órdenes. La dejé hacer, ya que el camino corría entre dos alambrados y no había posibles escapes. Al poco andar tomamos una calle ancha que llevaba para el norte, para el lado de Matakdi y Jovita. Ahí la cosa cambió: a la mano derecha corría el alambrado de una estancia y a la izquierda el campo era abierto y las chacras de aparcería explotaban distintos cultivos. Había que cuidar que la caballada no irrumpiera en los sembrados. De pronto apareció un terrenito con alfalfa, el verdor engolosinó a los animales que, atropellando la lomita de la banquina se metieron al alfa. Yo me afirmé en los estribos y, con un tirón de rienda, quise obligar a Chiquita a subir la lomita. ¡Para qué!, olímpicamente me ignoró y siguió a pasito lento y cabeza gacha el polvoriento camino.

Parece que don Sixto había visto mi fracaso porque, medio socarrón, me dijo: ¡"Aflojale las riendas y dejala hacer!" Así lo hice. Entonces, Chiquita ¡la muy ladinal! subió tranquilamente el alto bordó y como guaseando con su destreza, empezó a guiar la caballada para el camino, cosa que hizo en pocas maniobras. Yo iba sobre el animal como un estorbo, agarrado al cojinillo e incubando mi orgullo herido. Debo haber parecido una cosita inútil, como un tordo en el anca de un toro. ¡Ahí aprendí una lección: que el caballo, de caballos, sabe más que el hombre! Y entré a respetar los bichos por lo que son.

En seguida entramos en una huella con alambrada en los dos costados y la cosa se hizo fácil y aburrida. Yo, amodorrado por el alto sol de enero, me dejaba hamacar por el compás del paso de Chiquita y dormitaba en el reguste de mis recientes experiencias: El primer mate en rueda de mensuales, había sido como el espaldarazo a mi boyería y la lección que me dio Chiquita, me hicieron comprender que yo era como una bolsa de arpillera, que la vida todavía, tuviera que llenar de maíz. ¡No importa, el tiempo siempre nos sobra! A la sombra de unos paraísos descansamos un rato, comimos unas sardinas, queso y galleta, que bajamos con un jarro de agua. Luego me eché sobre la gramilla y miré al cielo. La bóveda celeste estaba quieta y era como si una inmensa campana de vidrio nos cubriera hasta el círculo del horizonte; pensé que desde algún sitio, Dios observaba esa campana, como si Dios, en un día de fiesta, estuviera paseando en el zoológico.

Cuando volví a mi pueblo (Huinca Renancó), habían pasado seis días. Yo era el mismo pibe, pero en mis adentros habían pasado varios años.

# NOCHE BUENA

*"Hoy es nochebuena  
y mañana Navidad,  
dame la bota, María,  
que me voy a emborrachar".*

Mamá le pasó la bota, panzona de vino tinto, papá la alzó en un amplio gesto de sembrador, le oprimió el fondo, abrió la boca que, sedienta y golosa, recibió el delgado hilo de vida. El tórax se expandía al ritmo de los tragos, tenía entrecerrados los ojos que apuntaban a la luna llena, como en un secreto y ancestral brindis con la Sagrada Familia, que aún vivía en la pálida morada. Un golpe de aire desvió el derrotero del chorro de vino, que floreció en una palpitante granada en la blanca camisa de mi padre que cortó el chorro, se secó la boca con el dorso de la mano y rió a carcajadas. ¡Era la imagen de un potente dios Baco presidiendo las risas y los ánimos de la nochebuena!

Mi padre se agachó, desató las tiras de las zapatillas que estrenaba y las puso sobre el viejo banco de pino; mi madre pateó los zuecos negros, de madera blanca, los acomodó debajo del banco, y como dos firmes voluntades se pararon en medio del endurecido patio de tierra, hacía poco regado. Tiesos quedaron un rato. De pronto, como movidos por un rayo, pegaron sendos saltos y la jota gallega ya estaba por los aires afirmando el sello y la pasión de una raza. Seguro que invisibles y potentes gaitas, desde la amada Galicia hacían llegar sus sonos y gemir sus roncones, para que estos dos gallegos a doce mil kilómetros, dieran sus cuerpos al aire y rindieran su culto de estar presentes en el corazón de la tierra. Así estuvieron bailando un largo rato. ¡Dios, qué música escucharían para sostener ese ritmo! Los chicos sentados sobre la gramilla hacíamos un semicírculo de asombro, comíamos castañas y peladillas y, como podíamos, llevábamos el compás a puro talón contra el piso de tierra. De pronto, todo cesó: los bailarines quedaron tiesos, sudorosos y jadeantes, se abrían las fosas nasales para recuperar aire, que, seguramente en ese instante olía a las salobres y amargas aguas del cabo Finisterre. De pronto a mi chiquilín asombro le pareció que papá y mamá lloraban ¿O sería que los bichitos de luz, que seguían danzando en torno al farol que pendía de una rama de la acacia habían entrado en sus ojos? ¡Papá y mamá qué iban a llorar, eran los bichitos no más! Quiera Dios que esta nochebuena haya muchos bichitos de luz... y que todos lloren de dicha: papá, mamá y los chicos.

El pueblo era chato, triste y apocado por la inmensidad pampeana que lo rodeaba. Una visión de soledad ha quedado grabada en mi retina. La figura de un jinete que, al tranco del caballo, se pierde en el atardecer tras la curvatura del horizonte. Allí estaba (y está) mi pueblo, entroncado al lado de la Ruta 35 que de Córdoba va a Bahía Blanca. Dos calles largas transversales y un pequeño damero de polvorientas callejas, que servían de excusa para no llevar a ningún lado. Hacía poco que se había inaugurado la luz eléctrica. El Plus Ultra, que el año anterior había llegado, todavía era comentario que servía para que el orgullo de los gallegos ¡al fin! le empatara a los italianos; el resultado estaba: Benito Mussolini: 1. Ramón Franco: 1. Empate ¡Y el mundo seguía girando y mi pueblo, Huinca Renancó, también lo acompañaba!

En casa, a la orilla del pueblo, aún no había luz eléctrica, de ahí el farol, la acacia, los bichitos y la inmensa dicha de vivir sin



tanta zoncera; pero el hombre, animal incorregible, se empeña en embarcarse en el progreso. ¡Así le va, indudablemente llegará a las galaxias, lo que no me explico es para qué! Tampoco teníamos fonógrafo, ni falta que hacía, mis padres bailaron la jota con una música que, sin saber cómo, les llegaba del otro lado del mar. Después de sesenta años me dí cuenta del asunto: ellos estaban en América, aquí sus trabajos, sus afanes y sus hijos, pero, sus corazones seguían en las frescas rías de El Ferrol y Sada y de allí les venía la música de la jota que bailaron. No tenían ni fonógrafo ni radio, entonces sintonizaron con el corazón que, si no me equivoco, debe ser el mejor receptor del mundo, como que está hecho de tierra... ¡Y de tierra es el corazón del hombre!

Esta nochebuena, que ya está, apaguen las radios, los televisores, las boites, los políticos, los gobiernos, la economía y toda tanta basura acumulada y enciendan los corazones... y escuchen las músicas de sus orígenes y ¿Quién le dice? ¡En una de esas, ahí reside la solución a todos nuestros problemas, digo, si es que hay problemas, porque en una de esas no existe ningún problema... o solamente uno: Que no sabemos escuchar con nuestros corazones!

Alguna vez, relaté la nochebuena y Navidad del San Juan de antes. ¿Recuerda? Me refería a las familias de don Aristóbulo Alvarez, que es un prototipo de familia de clase media y de costumbres arraigadas; hoy he querido pintarles un pequeño "cuadrito" de una nochebuena en una familia de inmigrantes, inmigrantes pobres en un pueblo pobre, y lo que es peor, una nochebuena de gente desarraigada de sus lares, sus costumbres, sus duendes y sus diablos. Nochebuena de gente de todas partes del mundo que vino a esta tierra a parir sus hijos, levantar sus hogares y afincar sus corazones.

¡Para ellos, para los inmigrantes que ya son cal abonando nuestro suelo, esta nochebuena. Apaguemos todos los aparatos, encendamos nuestros corazones y dejemos que los bichitos de luz nos enseñen a llorar!



## LA ESPINITA

Cuando llegué al Súper ese día de invierno de 1963, la tarde ya no alumbraba y la noche aún no ennegrecía. Era esa hora de la nostalgia, la confidencia y el cultivo (vinito por medio) de la amistad, el intercambio de chismes y el trajinar del ocio por los corazones. El cielo gris, nublado, y unos relámpagos del lado de la Quebrada de la Flecha presagiaban lluvia; un suave viento del sur acentuaba el frío y empujaba a la gente al abrigo de los hogares, la tibieza de la aglomeración y el engaño de los "estaños". Yo elegí la última alternativa y entré al supermercado.

El "Pepita de Triana" todavía en el esplendor de los estrenos y, Máximo Oviedo, luciendo la cara más fea que dio la gitanería, brindaba su calidad y sorbía la vida en pequeños tragos de tinto que degustaba con pausado deleite en un vasito pequeño que llenaba hasta la mitad. ¡Qué gentil caballero y qué refinado espíritu de este hombre que cautivaba con su guitarral! Se veía que sentía el orgullo de ser lo que era. Como un refinado joyero, iba mostrando las gemas del alma una a una: en la breve sentencia, en la apreciación justa y cabal, en la fina y delicada atención que ponía al escuchar y en los largos silencios en que meditaba la respuesta justa o gozaba de la maravilla de la amistad. Hacia ese privilegio me arrimé y con él tomé un vinito, y mientras Máximo, recatado, atendía su negocio, yo me puse a espiar la vida a través de la gente que entraba y las cosas que realizaban. ¡Qué Fellini ni ocho cuartos, la vida, mi amigo, la vida!

Allí vi como se sentaba Orduña: enroscando una pierna a la otra como una enredadera al tronco de un árbol, desde la banqueta alta de la barra, arqueaba la espalda, apoyaba los codos en el mostrador, pedía un litro y tres vasos —por si llegaban amigos— y allí se dejaba estar, tímido y vergonzoso, como si la vida entrara en él de contrabando. Al rato le cayeron Castrito, el flaco Cuello y el Macho Guillemain. Los vasos ociosos de Orduña entraron a justificarse. Los rostros se animaban y la conversa se ponía en su justo baumé. Me acordé de la cueca: "Los que elaboran vino / son productores / y los que lo tomamos / admiradores / Y los que lo tomamos... admiradoooores!" Antonio Gómez, solícito convidaba una taza de caldo bien picante y calentito que el Macho tomó con las dos manos, le dio un sorbito y la pasó al del lado. La taza cumplió el periplo y, como un pollito, fue a acurrucarse al lado de la olla. Los muchachos estaban en la barra del sur, que ahora llaman Vara de San José, por el perfume ¿vivo? y la cercanía de los baños. Hubo un fuerte trueno y empezó la lluvia. Las gotas caían como inmensa bandada de pájaros picoteando el zinc del techo. Repusieron el sellado.

En lo mejor de la lluvia entró el Dipus. ¡Pobre, daba lástima, como un pollito mojado se paró al lado de la barra! Las manos en los bolsillos mojados, el viejo traje, negro verdoso, estaba empapado y se veía que el frío le había calado los huesos. Arrugó la frente, quiso esbozar una sonrisa que se

le quedó en mueca. Un finito hilo de agua le caía de entre los ralos cabellos, negros y duros, el fino y frío hilito de agua resbaló hasta el labio inferior que, caído, formaba como un pequeño estanque natural. El hilito de agua colmó el remanso y buscó el curso del mentón para terminar en la pechera. ¡Pobre Dipus, estaba frío y tumido! Se arrimó al mostrador y empezó a mirar fijo, como él lo hacía, sus ojos se enturbiaron y empezaron a lagrimear, era como si Dios estuviera llorando. Guillemain le dijo a Gómez: "Sírvale a Dipus, una taza de caldo caliente, pan y un vaso de vino".

La lluvia seguía: Dipus tomaba el caldo, y de a poquito recobraba sus apagados grises habituales. Máximo Oviedo miraba al Dipus y no decía nada, que era su forma de decirlo todo. A mí se me empezó a cruzar en la garganta una como espinita de almendra verde que bajó raspando por el esófago para terminar enconándose en el plexo, allí hizo su nidito y, todavía, cuando recuerdo a Dipus, me da unos pinchazos. ¡Cómo si un angelito travieso se empeñase en recordar a su hermanito! El bullicio se había acrecentado los ánimos, a caldito y vino subían los rubores; el ruido de vasos y platos indicaba que el hombre comía, reía y eructaba. Al rato todo era jarana, gritería, y risotadas. Salvo, claro está, el Dipus que seguía terco en su porfía de pesadumbre y miseria. ¡Pobre Dipus, entre el bullicio y la algarazara, lo imaginé como a un naufrago en el ojo de un tornado, un tornado de asco y desolación, donde lo único que brillaba era un extraño ángel que en la barra de un bar, tomaba una taza de caldo y bebía un vaso de vino!

La lluvia seguía, pero ya nadie le hacía juicio. El aire se espesaba de humo y olores. El bullicio era pesado y modorrante, como el oscuro presagio de tormenta. De otros lugares llegaban retardados "curados" a rematar la noche. Algunos empezaban a retirarse aprovechando una breve escampada. Cuando llegó la Calibar la noche estaba en la madrugada y la gente en el delirio. Una risotada general acogió la desgarbada aparición que, como en un misterioso plan divino, se puso al lado del Dipus. Fue como echarles margaritas a los chanchos. Como en el Gólgota, la gente estaba pronta para la mofa y el escarnio, los mártires estaban ahí y no había que desperdiciarlos. ¡La función debe continuar!

Me acerqué a Dipus y la Calibar y los "convenci" que me acompañaran a "La gota de Grasa" a tomar un café caliente. Me siguieron, como dos sombras sin voluntad. Al salir a la calle la lluvia había amainado y empezaba un frío aire del sur. Busqué entre las nubes algún indicio, pero Dios y los ángeles dormían. Los dejé en la gota ante dos cafés con leche y salí a la intemperie para las casas. ¡La espinita de almendra se había enconado y tenía ganas de llorar!

# ¡LA CALIBAR VERSUS CARLITOS!

**E**n este rincón y con un peso de todas las angustias y sufrimientos, la campeona mundial de la desdicha: ¡La Calibarr! (Aplausos y silbidos).

En este otro rincón y con pantalón muy largo y arrugado y con 45 kilos Baumé, el crédito sanjuanino, el retador: ¡Carlitos! La pelea será a un solo y eterno round y se pone en juego la Corona Mundial de Espinas. El jurado: ¡Un imbécil! (Aplausos y silbidos).

Aquella noche de invierno del '70 lloviznaba y hacía mucho frío. Era principio de mes y la gente andaba con plata fresca en los bolsillos y no sabía qué hacer con ella, por lo tanto, se le dio por practicar un arte casi olvidado: comer y chupar. Las barras (entonces, aún no había mesas) estaban atestadas de gente que, afirmada en los mostradores, se dedicaba a comer y beber ¡que daba gusto! El frío se combate de dos maneras: con fuego por fuera o con vino por dentro. Esa noche se había elegido la segunda de las opciones.

A las diez de la noche el Supermercado estaba que daba gusto: las exquisiteces de boca: pastelitos, empanadas, pescaditos, papitas, mondongo, caldillos, mariscos, (e ainda más) y todo bien regadito, hacía elevar los ánimos a voltajes peligrosos. Ya la gente estaba hasta las manos y lista para cualquier cosa. ¡En este rincón Carlitos, en este otro La Calibar!

Envuelta en trapos; la cabeza cubierta con una especie de toquilla; flaca, brumosa, desgredada, los ojos perdidos en misteriosa bruma, hizo su entrada la Calibar. Rápidamente sus partidarios del costado sur del super le hicieron lugar y le convidaron vino. Me extrañó el método de entrenamiento. Cocina de por medio y en el mostrador del lado norte, Carlitos hacía precalentamiento. Los ojitos se le cruzaban más que de costumbre y un mechón le cubría parte de la cara, como queriendo tapar alguna vergüenza. La pelea de semifondo, con el vino, había terminado en un empate y todo estaba listo para el match de fondo.

No sé quien, pero el dueño de esa idea merece una estatua en la galería del cretinismo. Bueno, decía que a alguien se le ocurrió la genial idea de que la Calibar y Carlitos tenían que pelear. Que a alguien se le ocurra esa idea puede ser un absurdo, pero que cien personas aplaudan esa idea entra en el terreno de lo fantástico y hace dudar, seriamente, del objetivo del homo sapiens en este planeta. ¿Qué absurdo la atómica, no?. Y se formaron dos bandos: calibaristas y carlistas. En ese instante empecé a sentir un malestar en el estómago, le eché la culpa a los pescaditos... todavía no caía en que era el nacimiento del asco.

**S**in darse cuenta, como esas cosas que suceden, ya se había formado un círculo y adentro del mismo Carlitos y la Calibar; cada cual se divertía a su manera. ¡Dale Carlitos! Y un empujón y allá estaba Carlitos en el centro del círculo. ¡Dale Calibar! y un empujón y allá estaba la Calibar, también en el centro. Sentí otro retortijón en las tripas. Noté que para algunos no era grato el espectáculo, no importa ¡se les devuelve el dinero, caballeros!

¡Dale Calibar, dale Carlitos! y las risotadas y los ojos vidriosos, y los eructos y el Hombre en su mínima expresión, coronándose de gloria. Tercer apretujón en el estómago.

Cuando quisimos acordar ya Carlitos y la Calibar estaban en el centro del círculo. Se miraban, se observaban, se median,



igual que los boxeadores ¿vivo?. Pero, no había pelea y eso enfurecía al respetable. Dos comedidos (que nunca faltan) entraron al círculo: ¡Aro, aro, aro! y con sendos vasos de vino convidaron a los contendientes que aceptaron el convite con inexpresivas sonrisas. ¡Bueno y ahora a pelear, ja, ja, ja y Carlitos y la Calibar se miraban no más! ¡Vamos, vamos, pelea! ¡Que devuelvan la plata! gritaban algunos. En eso pasó lo increíble: Carlitos se acercó a la Calibar y ante ella hizo una profunda reverencia. Con la mano izquierda se sostenía el saco cerrado (le faltaban los botones), con la mano derecha tomó la mano de la Calibar (que miraba pasmada) y le dio un beso en el dorso mientras le decía con entonación versallesca: ¿Me permite este baile, señora? y empezaron a bailar, sosteniéndose el uno en el otro para no caer por los efectos del vino.

Cuando arreciaban los aplausos y la gritería, los bailarines pararon de golpe, miraron en torno, rieron tontamente, miraron de nuevo a la gente, como esperando algo y de pronto, uno al otro quedaron mirándose largo rato, como extasiados... se abrazaron y echaron a llorar desconsoladamente, uno en los brazos del otro.

Los aplausos y la rechifla fue general. Después, de a poco, fue calmándose el ambiente. Algunos se miraron y agacharon la cara. Cesaron los aplausos y algunos, silenciosamente empezaron a retirarse. La Calibar y Carlitos quedaron solos, se armaron a un mostrador y se quedaron, tomados de la mano, mirando a la escasa gente que quedaba y sonriendo agradecían los aplausos. Las luces empezaron a apagarse; yo me corrí a la punta del mostrador, a lo oscuro y me puse a llorar. Cuarto retortijón en las tripas, que todavía me duelen. ¿No somos nada, no?

# PACO

Como todas las mañanas, Paco se levantó, prendió fuego y puso la pava sobre las llamas. Preparó el mate y encendió el primer cigarrillo del día. Tomó unos mates, se afeitó y lió otro cigarrillo "para el camino". Se caló la gorra y entró, dando espesas bocanadas de humo, en el aire tibio de la mañana.

Tomó la calle larga. La tierra exhalaba un vaho lechoso y los yuyos y los pastos de las quintas linderas impregnaban la atmósfera de un acre tufo a vegetales ásperos. La lluvia se presentía en el ambiente; algunos teros disimulaban sus crías y aturdían la mañana con destemplados gritos y concéntricos vuelos. La tierra ávida y el pueblo, quieto, imploraban el milagro del agua. Algunas vacas y caballos de las quintas mostraban la huella de la sequía en el color terroso de la piel sucia y en las cabezas gachas y cansinas. Instintivamente el ganado olfateaba el sur y se estremecía en una anhelante espera. Todo el instinto maternal de la tierra esperaba ser preñado por la lluvia. En una alcantarilla, unos sapos croaban su anticipado gozo.

Paco llegó a la obra, tiró el pucho y bajó al pozo ciego que estaba calzando. Se puso a recibir baldes con ladrillos que le bajaba el peón; cuando le bajaron la mezcla empezó la tarea de calzar el pozo. Alzó la vista y, desde los doce metros de profundidad alcanzó a ver, en el cielo, alguna estrella. Siguió la tarea, pero, un extraño presagio lo inundaba, si por él fuera, de buena gana hubiera abandonado el pozo. Siguió trabajando y, para ahuyentar el presagio, se puso a pensar cosas.

En eso estaba (pensando cosas) cuando sintió el crujido, levantó la vista y vio que algo se le venía encima, se encogió y trató de esquivar el bulto. Sintió un golpe y el cascote le pegó en la mitad de la columna. Le entró un sopor y antes de perder el conocimiento Paco vio varias cosas. Como en un remolino desfilaron las imágenes:

Vio escenas de su niñez; vio un partido de fútbol en el que él era el arquero; vio un pájaro negro que volaba con un ala averiada y el pájaro tenía la cara de Paco; vio una multitud ciega que escuchaba a un profeta de cuya boca no salía ningún sonido. En una vertiginosa sucesión de imágenes desfiló toda su niñez, su infancia y su juventud. Vio a Tom Mix y Perla White en un oscuro romance en una nave espacial del futuro. Vio un pueblo pequeño y a la orilla de ese pueblo una casa humilde de ladrillo sin revocar y techo de chapas. Una bandada de golondrinas entraba a la casa por una ventana y salía volando por entre las chapas del techo.

Un Paco transparente y luminoso se acercó a esa casa y miró el interior desde la ventana. Era una habitación rectangular de paredes rosadas y techo de zinc que descansaba sobre alfarjías de pino; había una mesa de luz de caoba, sobre la mesa una tabaquera de lana y un yesquero; había una cama de hierro y una mesa de pino; sobre la cama yacía un hombre muerto. Paco reconoció en ese muerto a



su padre. La tabaquera y el yesquero le eran altamente familiares. Esa fue la última visión, luego entró en un dulce sopor y se sumergió en las sombras.

Cuando Paco recobró el conocimiento habían pasado tres semanas. Se hallaba en una cama de hospital; el cuerpo lo tenía adormecido, quiso mover las piernas y no pudo. Un señor de blanco le decía: ¡Vaya, qué siestital y empezó a consolarlo e informarle: se había roto la columna "felizmente la médula estaba sana", ¡de ésta va a salir bien, amigo, pero, va a demorar un tiempo! Le tocó la cabeza (como una caricia) y se fue a atender otro enfermo.

Paco guardó cama casi un año. La vida siguió su curso y Paco y su familia se fueron a vivir a San Juan. Quince años después de la premonición donde vio al padre muerto, éste falleció.

Lo velaron en un pueblito de Córdoba. El pueblo era como tantos de la pampa húmeda; a las orillas del pueblo había una casa de ladrillos sin revocar y techo de chapas. La pieza donde velaron al padre de Paco estaba pintada de rosa. Había una mesa de luz de caoba, una cama de hierro y una mesa de pino sobre la que, entre cuatro velas, yacía el cuerpo del finado. Sobre la mesita de caoba una tabaquera de lana y un yesquero. En un callejón de enfrente una golondrina ensayaba un ballet de despedida.

Treinta años después murió Paco. Parece que la taba de la vida le echó culo. Le extirparon un pulmón, que es como arrancarle un ala a un pájaro. Como el pájaro negro que vio cuando el golpe del cascote. Anduvo un tiempo cayendo y volviendo a pararse, hasta que parece que no pudo más y cayó "al todo".

Coincidentemente y sin conocer el sueño de Paco, el poeta Jorge Leonidas Escudero en su poema "Paco" del libro "Piedra Sensible", poema que dedicó al personaje de esta historia dice:

.....  
Ave rara no más tiene haber sido  
ese flaco albañil sin más creerse  
que vino alcanzado por ausencias y cantó a mujeres.

Después fue a trabajar a la ciudad  
y el viento le arrancó un ala entera.  
Lo oíamos raspar en la oscuridad  
la vida que ya no se encendía.  
Se nos fue de ese modo...

# ¡LA PILETA YORK!

Allá por los '30, donde ahora está la Galería Estornell estaba el bar La Alhambra, en la calle Mitre entre Mendoza y General Acha. El edificio era de altos y ostentaba un pretencioso aire árabe (llamémoslo así). Al frente, sobre calle Mitre, había un gran salón que era la confitería o bar; seguía un pasillo y remataba en un frontón de pelota, cuyos laterales lucían amplias galerías para la gente que gustaba del juego, que entonces era mucha y muy aficionada.

Era el lugar obligado de la colonia valenciana y los domingos por la mañana concurría en masa a jugar o animar sus pelotaris; o hacer sus apuestas; beber sus casallas; jugar unos tutes y unas briscas y a desayunarse con fiambres con naranjas, comentar la fallas y hablar sobre las cosas de la querida y lejana patria. Para mí era todo un placer pasar las horas escuchando la densa y jugosa lengua de Blasco Ibáñez, entre el olor al anís y el acre perfume de las naranjas. Desde entonces, quedó prendido en mi nariz el particular olor a naranjas, anís y sudor de pelotaris, que, supongo, ha de ser el tufo de la raza y lo que los une en el destierro (o tal vez lo que los saca de España ¡andá a saber!). La cuestión era que los domingos y feriados eso para mí era una fiesta, si bien es cierto que para entonces yo tenía pocas pretensiones.

Las vísperas y los feriados con las primeras sombras de la noche, atracaba contra la plaza 25 de Mayo y frente a La Alhambra, una especie de ómnibus descubierto, la "batea" la llamaban, era de la empresa de mudanzas Alcaide y hacía el recorrido turístico del centro de la ciudad hasta la pileta York, ubicada en La Bebida y propiedad de una familia Yornet.

El "Bocho" Alcaide, daba unos bocinazos, pegaba unos gritos y la gente acudía a la "batea" (un peso ida y vuelta) sacaba sus boletos, tomaba asiento e iniciaba una de las más encantadoras excursiones de entonces: ¡El viaje a la pileta York! El lugar estaba de moda y las familias y la juventud acudían allí, a tomar algo, a cenar y a bañarse. Era una pileta de agua surgente, fresca y transparente. En torno a la pileta, bien iluminada, estaban ubicadas las mesas y sillas: Mantelitos cuadrillé; floreros, ceniceros y muy buena atención ¡fíjese que hasta mozos atentos había! La cantina era muy bien surtida y las minutas y parrilladas de primer orden, los precios acomodados; había una hilera de vestuarios y, aunque le parezca raro, la gente, entonces se vestía para bañarse.

Entonces el noviazgo era otra cosa. Había una especie de respeto que dificultaba ciertas libertades (que conste, no digo si está bien o mal, resalto una diferencia). Entonces las películas se veían en episodios y no toda de golpe como ahora. Hoy uno va a la pileta y ya no le queda nada para el casamiento ¿Nos vamos entendiendo?

Los muchachos de entonces vestían traje; pedían permiso, se sacaban el sombrero, le arrimaban la silla... y pagaban la cuenta. Hoy todo eso se terminó y eso es culpa de las mujeres. ¿Querían independencia?, ahí la tienen, ahora, ¿qué más van a querer?

La noche que les cuento, yo me encontraba con mi novia en la pileta York, claro, también se encontraban otras tres



hermanas, mi futura suegra y un conculñado. ¡Todos "embiscolás"! como se decía entonces. La cena estuvo diez puntos. Parrillada, vino Ullum seco, gaseosas para las chicas; alcayota con nuez como postre. Nada de bañarse, la suegra no era "partidaria", pareciera que "no enseñar" era su lema. "Mientras yo viva será así, una vez casados que hagan lo que quieran". ¡Vivió hasta los noventa! Después de cena algún tanguito que salía de una vitrola Víctor. Sin apretar mucho y sin cortes. La suegra tenía una vista que ya la quisiera un linca.

A la una, el claxon de la batea anunciaba el regreso y el fin de la fiesta. Me ingenié para acomodarme con mi novia en el último asiento (nadie va por la nuca). En el cielo, tibio y estrellado, guaseaba la luna llena.

Unos carolinos, en la calle Cereseto, dieron una fugaz sombrita al paso de la batea. ¡Aproveché la sombrita para robarle un beso a mi novia! Me sentí como Balboa al descubrir el Pacífico. ¡Misión cumplida!

La batea entró a la ciudad semioscura, envuelta en el frescor del aire y la alegría de los pasajeros. Frente a La Alhambra paró la batea, nos bajamos y "la familia" arrendó el coche de Juanillo que nos llevó al chocolate y los churros de Camacho.

Ya cerca de la madrugada, dejé a la gente en su casa; me despedí de mi novia detrás de un jazmín. El aroma embriagó el beso. A paso lento, feliz, tomé la avenida 9 de Julio para "las casas". Al pasar frente a una conocida casa de luz roja, los acordes de un bandoneón realizaron la noche e invitaban a la diversión. Yo seguí de largo, un aroma a jazmines y un blancor de novia transitaban la noche.



## EL MANDADO

**E**l almacén de los Villarino, en Huinca Renancó, era un galpón rectangular, de chapas acanaladas, donde la lluvia, al golpear sobre el metálico cobertizo, desgranaba el más extraordinario y elemental concierto que la lluvia puede ofrecer al hombre. Mi corazón de niño solía pasar largas horas escuchando la música del agua, sobre el zinc, arrobamiento en el que participaba el cielo gris y lloroso; algún pájaro surcando, solitario, el desolado cielo y las palomas que zureaban en los alféizares de las ventanas de la iglesia del pueblo. Esa iglesia, siempre a medio construir y donde el cura Salguero sembraba el evangelio y donde, hasta hacía poco, entre los coirones, los cardos y los cortaderales de alguna cañada, el ranquel resignaba su orgullo y sus vastedades al empuje del caballo, la eficacia de la pólvora y el empeño de la cruz.

**D**e pronto cesó la lluvia, se rasgaron las nubes y el sol, limpio y esplendoroso, dibujó en el naciente un arcoiris pupudo de ollas de barro llenas de monedas de oro. De los árboles mojados caían demoradas gotas como atomasolados caireles, como si el cielo preñara a la tierra con las doradas semillas del sueño y la fantasía; las casas, las plantas y el aire, lucían tersos y expectantes, como maestra el 25 de Mayo.

Tomé para el norte, frente a la plaza, saludé a don Tronquito que, en orientales bombachas y alpargatas negras, sentado en el cordón de la vereda, saludaba a la gente, veía pasar la vida, regustaba los placeres de la amistad y llenaba su pecho de un dulce gozo de dejarse estar. "Estar estando" que al final de los escasos días del vivir es el único bagaje digno de acompañarnos en el largo viaje. "Liviano de equipaje" —como quería Machado—. Cuando llegué a la panadería de Yuli, un vivificante aroma a pan fresco, caliente, perforó mis narices y se anidó en mis sesos. El crujir de las galletas al irse entriando, sonaba en mis oídos a música de romería y al almidón de las sábanas de mi madre. Oreste Yuli me dio la bolsa de galletas, me las anotó en la libreta, y me dio la yapa: un puñadito de caramelos banderitas, esos que traían versitos, por lo general con motivos patrios y "morales moralejas". Me eché la bolsa al hombro y tomé el camino de regreso a casa; saqué media galleta y me fui comiéndola. De vez en cuando, con la bigotuda alpargata, le daba un patadón a algún cascote y me parecía que yo era Tanguito, el centro fóbol de Nelson, el cuadro de mis amores y cuyo verde color yo soñaba con vestir algún día, cosa que no pude conseguir, parece ser que la pelota y las patadas no hacen buenas migas con lecturas y embobamientos. Cuando, de vuelta pasé frente a lo de

Villarino; ¡allí estaba!. No pude resistir y me metí a mirarlo.

**S**entado en una silla baja, de esas materas, y afirmado su brazo izquierdo sobre el mostrador de pinotea, estaba don Garraza. El sol, ya acariciante, nimbaba su figura de una dorada y tibia pátina. Parecía una estampita de esas que nos daba el cura. Me acerqué tímidamente y me entregué a verlo: Tenía las piernas vendadas hasta la rodilla, con "esas" vendas para las várices, calzaba unos botines patria de los cuales unos indefinidos trapos sobresalían a modo de medias. Algo como bombacha o breche le cubría hasta las vendas y se metía debajo de ellas. Lucía una camisa blanca, bien limpia y, debajo de ella se adivinaban dos o tres camisetas de frisa; una corta corralera marrón, de género burdo y grueso y amplios bolsillos y un pañuelo bataraz de esos baratones y sufridos y engalletado al cuello, completaba su atuendo. La parte superior era algo especial. Un pañuelo cruzado bajo la mandíbula y anudado en la parte alta de la cabeza, cumplía —presumo— la función de sostener las carretillas en su lugar; un viejo y copudo sombrero negro de alas cortadas y largo barbijo, daba cima al atuendo.

La cara era algo especial e inolvidable. Debajo del pañuelo le asomaban unos pelitos blancos, ralos, como aindiado, la tez era blanca, aunque muy curtida por los aires, el sol y los años. (Nunca pude saber el color de sus ojos), tal vez nunca me animé a verlos. Tenía los párpados caídos, enrojecidos y siempre, llenos de lágrimas. Lucía tantas arrugas que era difícil encontrar el "piso" de la cara. Estaba siempre quieto (hierático), como olvidado en el tiempo y con la mirada perdida en otros guñes. De vez en cuando, con su bracito izquierdo, tomaba del mostrador un vasito chico de vino tinto y, en titubeantes semicírculos, sorbía cortitos tragos, revoleando los (imaginados) ojos. La nuez, pálida y puntiaguda, empujaba esos traguitos como con desgano. Allí estuve, mirando al viejo y comiendo unos chicharrones prensados que saqué por el agujerito de una bolsa, en un descuido de don Villarino.

**D**espués supe que don Garraza (nunca se supo el nombre de pila) tenía para ese entonces, ciento cinco años. Que había sido hombre de a caballo y que había andado en los malones (mejor no preguntar para quien); lo importante es ejercer el coraje y gastar los bríos. Como ya iba a anochechar tomé la bolsa de galleta y agarrando la "calle de la loma" me fui para "las casas". Papá me preguntó que por qué había tardado tanto. ¡Pobre viejo, nunca comprendería todo lo que yo aprendí en ese mandado!

# EL TIMBO



Caminaba hacia la municipalidad y al cruzar la plaza Aberastáin me detuve (siempre lo hago) a contemplar un ejemplar de timbó, ubicado al lado del pino navideño y de la estatua del prócer ¿Usted lo vio? Piérdase un momentito y vaya. Es una de las cosas más hermosas que puede verse en San Juan ¡Por supuesto, no fue hecha por el hombre, lo hizo el ñato de la quintal! Me senté a contemplar el timbó... y fue el tiempo más hermosamente empleado esa mañana. ¡Vaya!

## El sueño

Sentado en un banco que está bajo el timbó, contemplaba su alta y expandida copa. Una agradable somnolencia me invadía, mi cuerpo perdía su gravedad y sentía que una extraña levitación me transportaba, a través del follaje del timbó, hacia regiones del espacio, desconocidas, pero, entrañablemente añoradas. ¡Era como si uno tornara al encuentro de su origen! ¡A los aromas perdidos en una perdida patria...! y empecé a comprender la fuente de la nostalgia y origen de las lágrimas.

¿Quién nos espera, dónde? ¿Quién nos dejó en este lugar hablando por el odio y la mentira? ¿Qué cobayos somos y de qué dimensión venimos? De todas formas, al que está haciendo este ensayo, seguramente que lo mandan a marzo. ¡Acabala con la entrada irrestricta! Lo que hay que hacer es cerrar todas las universidades del mundo por cien años y ver si el cerebro se limpia de tanta porquería aprendida. Y ver si el corazón arroja el odio y la avaricia y se apresta a recibir el amor. ¡Como la bestia recibe el agua fresca y la fresca hierba!

De pronto, en el aire apareció una extraña ciudad. Ardientes arenas la circundaban. Era como un oasis en medio del verano. Algunos hilos de agua se desprendían de un tacaño río y, a la vera de algunas acequias, pastos y árboles daban sombra al cansancio y gusto a la vida.

De pronto un extraño ejército de algo que parecía gente, empujando hachas, talaban los árboles y con fuego secaban los pastos y mustiaban los frutos. ¡Yo quería gritar, pero no podía! El desierto alzó su voz vengativa y lanzó sobre la ciudad limpia sus bocanadas de fuego y arena: El Zonda.

Desde lo alto de un minarete, un hombre con vestidura talar, arengaba a una multitud que le daba la espalda. La voz del hombre era monótona y sin vibración, sonaba hueca.

De pronto, un ángel flamígero cruzó el cielo caliente y torroso; llevaba en la mano derecha un cetro de mando todo averiado y en los ojos se veían dos lagunas llenas de pejerreyes.

La multitud que daba la espalda al predicador empezó a moverse. En una compacta columna se dirigió a las lagunas del ángel. Echaron redes, pero no pescaron nada. Las redes, fa-

laces, se rompían y el plateado maná se dispersaba.

Desencantadas se retiraron las gentes. Tenían sed y no habían comido. ¡Tuvieron el agua y los peces... pero ellos pertenecían al viento y a la arena!

Me sumergí en una zona oscura llena de grotescas figuras que empuñaban espadas, calzaban botas y, de sus bocas, desdentadas, escupían palabras de odio, fronteras, banderas y muerte. Supe (no sé cómo) que eso era mentira, que una horrible pesadilla me invadía, que todo iba a desaparecer cuando despertara y que, con la vigilia, volvería al país del verde, los pájaros, los árboles, las piedras y el agua.

La sensación era muy extraña. Como si dos fuerzas desconocidas me disputaran, intuía que tenía dos patrias. Una me desterraba, la otra me reclamaba, pero no podía discernir a cuál de las dos pertenecía.

Todo lo acumulado en el tiempo se esfumaba y el cráneo, al quedar vacío, era como una inmensa campana, cuyo badajo, el corazón, en rítmicas sistole y diástole marcaba el orden del universo. Era como si las galaxias, todas, fueran simples células humanas, pequeñitas, que confluían hacia el corazón del hombre.

De pronto sentí un inenarrable gozo. Era como si todas las estrellas se hubieran metido en mi corazón y que de golpe estallara y, las estrellas, libres, se desparramaran en todo el orbe... para formar el corazón del hombre. ¡Y supe que el hombre era una estrella y que cada estrella era una parte del hombre!

## El retorno

De pronto empecé a sentir la sensación de la gravedad. El cuerpo me pesaba, la respiración se hacía dificultosa. Sabía que estaba descendiendo, pero, no sabía adonde.

Por un instante perdí la noción del tiempo; luego crucé una zona nebulosa y abajo empezó a mostrarse la maravillosa esfera terráquea. El mar, los ríos, las selvas, las llanuras, los desiertos, las pampas, las cordilleras, las estepas, los hielos, las ciudades, los pueblos, las bestias, los hombres. ¡Dios mío —exclamé— qué hermoso es todo esto...! y me dejé caer como quien en el sueño cae al regazo de la madre.

Pronto vi mi pueblo. Los parrales y los huertos en el desierto. Vi la gente y quise abrazarla y besarla. Vi los rostros de mis amigos. Vi a mi mujer, mis hijos y mis nietos (ese yo que continúa) y al fin vi la plaza Aberastáin y vi el timbó. Bajé entre el follaje del timbó y me senté al lado de un anciano que lloraba.

Desapareció el anciano que lloraba. Tuve la sensación de volver de un sueño. En mis manos había un libro: Jerónimo Bosch.



# EL TIFUS, EL MEDICO Y MAMA

**E**l pequeño y ágil tliburi, tirado por un brioso tordillo, dio el viraje para el sur en la polvorienta esquina de la usina, a los cincuenta metros traspuso el portón del Prado Español y, por el engramillado camino de tres huellas, enderezó para las casas; a la orilla del molino paró el carruaje, de él bajó un hombre joven, rubio, de mediana estatura, ató el caballo a un ligustro y, a paso ágil se dirigió a la casa, golpeó las manos y salió uno de los chicos: "Mamá —gritó el muchacho— es el doctor Olivero". Mamá salió a la galería, saludó al doctor y lo hizo entrar.

Aída, la menor de mis hermanas estaba enferma (por eso estaba el doctor en casa). Por supuesto que mamá ya había agotado todos sus conocimientos en farmacopea: yuyeria, brujerías, ungüentos, brebajes, tiraditas de cuero, cataplasmas, untura blanca, ventosas y todo, hasta que vencida ¡pobrecita! tuvo que llamar al médico. ¡Hay situaciones límite en que, desgraciadamente, se acude a los que estudiaron! Y ahí estaba Aída, en la cama y toda pálida y con olor a unto y tintura blanca y una lata con agua hirviendo y ramas de eucaliptus despidiendo un vaho refrescante y que "daba salud, según mamá". El doctor Olivero estaba serio y los lentes de armazón dorado se le corrían por la nariz abajo. En una de esas dijo: "Antonia, la niña tiene tifus". Luego hizo una receta; aconsejó unos procedimientos y guardó sus "aparatos" en una valijita tipo fuelle. Mamá dijo: "Isabel (otra hija) traé la toalla del médico". Ya el médico se lavaba las manos en una palangana enlozada que estaba sobre una trébedes de hierro, y había jabón de olor. Isabel se metió a la otra pieza a buscar la toalla y yo la seguí ¡Por nada del mundo me hubiera perdido esa ceremonia!

Había en casa un arcón de madera, construido por mi padre, en él mi madre guardaba la ropa "fina", la que aguardaba a otra temporada y viejas reliquias de la familia: un corsé de la abuela, un miriñaque de la vice, un viejo vestido de novia, un mantón español, una toquilla "para cuando una estaba en cama y venían visitas importantes" y además otras innumerables cosas y, sobre todo, ¡La toalla del médico! En toda casa, por humilde que fuera, había una toalla del médico y que era "exclusivamente" para el doctor. Las había de lienzo, granité y de hilo en algunas casas. La de casa era de granité y tenía flecos y una franja bordada y toda la familia la consideraba una reliquia intocable y reverenciada. En cierta forma era el símbolo del respeto y la admiración que se tenía al médico de la casa. Todas esas buenas costumbres se están perdiendo (a no ser que ya los médicos no se laven las manos).

Volviendo a la toalla; cuando Isabel abrió el arcón, un vaho de fragancia a membrillos y azahares invadió la habitación. Mamá tenía por costumbre meter entre la ropa limpia, en los

baúles y roperos, membrillos y manzanas verdes y dejarlas que ahí maduren; también agregaba bolsitas de tul con azahares y jazmines, así que cuando el mueble se abría o destapaba, una densa primavera se anidaba en nuestro corazón y una hermosa evocación nos transportaba a la tibia y florida estación del año. A veces y a hurtadillas, cuando la casa estaba sola, yo solía abrir el arcón y dejar que los aromas de las frutas y las flores, con el olor de la ropa limpia y el almidón embriagaran mis sentidos y me transportaran a los frágiles años de la infancia, al pasado sueño en el regazo de mi madre y el peculiar perfume de su piel y sus ropas. Luego la vida me llevaría por otros perfumes y otros arcones. No obstante el ánimo y la memoria suelen, de vez en cuando, tomar a aquellos viejos deleites de la infancia y pareciera que el paisaje del alma se ensancha y un nuevo vigor nos inunda y nos permite continuar la maravillosa experiencia de la vida.

**I**sabel alcanzó la toalla al doctor, que se secó las manos y la devolvió a Isabel quien de inmediato la tendió al sol en la soga de la ropa. El médico estuvo unos minutos más, conversando e instruyendo a mi madre sobre el cuidado de la enfermita y la administración de los remedios, luego fue hasta el sulky, subió y azuzando al tordillo a trote rítmico, tomó el verde camino de salida; al trasponer el portón, dobló para el sur y en la esquina para el oeste a visitar a doña Genoveva que vivía cerca del cementerio "y que le habían contado que no andaba bien" ¡Cosas de los médicos de antes que tenían la curiosa costumbre de interesarse por los vecinos... e ir a visitarlos. ¡Cosas de pueblos chicos y médicos de verdad!... ¡Y esa maldita costumbre de querer hacer grandes ciudades y tantos especialistas!

Aída —la enfermita— se puso mal y el médico ordenó no darle ningún alimento. Como papá vio que Aída se moría, se dijo: "Pues que muera a gusto" y le dio el gusto a la enfermita. Cuando a los diez días volvió el médico encontró a la enfermita completamente repuesta y le dijo a mamá: "Antonia, acá ocurrió un milagro, tu hija ya no va a morir, ya puedes darle alimento, para empezar, un trapito mojado en leche... y luego ir aumentando; sí, es un verdadero milagro". Sí —dijo mamá— un milagro y las dos latas de bizcochos Canale y media libra de chocolate que la enfermita ya lleva comidas. Y el doctor se fue contento y mamá quedó contenta. Cosas de antes, que había buenos médicos... y buenos milagros.

¡Corría la década del '20 en Huinca Renancó, y un niño de ocho años tenía la mente llena de avejas y el corazón lleno de flores!

# LA CHAYA

Aquel día era caluroso y un vientito del norte caldeaba el aire del mediodía. Era Carnaval, y a esa hora, algunos niños con tachos, jarros y baldes, jugueteaban con agua bajo el persistente sol de la siesta. Empezaba la década de los '30 y hacía apenas una semana que yo había llegado a San Juan; me encontraba en la calle Tucumán al 800, entre General Paz y 9 de Julio, calle que entonces era empedrada con canto rodado y al centro tenía una cuneta que distribuía agua para los patios, los jardines y las quintas.

En eso dobló por la General Paz y tomó Tucumán una carretela cuyo ocupante voceaba melones y uvas; le hice una seña y se arrimó al cordón de la vereda. Le pedí cincuenta centavos de uvas y el hombre empezó a echar uvas en una canasta. Era uva cereza, redonda, fresquita y con una pelusita tentadora; se me empezó a hacer agua la boca.

Yo venía de un pueblo donde la uva era una curiosidad y comerla un lujo. Cuando el hombre llevaba más que mediada la canasta le dije: "Le pedí cincuenta centavos, ¿eh?". Me debe haber entendido mal, porque siguió echando hasta formar copete y me pasó la canasta pupuda de uvas. Devolví la canasta y le pasé un billetito de cincuenta centavos. Para mi sorpresa el frutero no me reclamó diferencia, eso en Huinca costaba más de diez pesos. Siguió el carretelero: ¡Uvaaaas... meloneees!

Me senté en el umbral de la puerta y empecé a comer uvas. En eso estaba cuando se abrió la puerta de la casa vecina y apareció una chinita. ¡Era linda! más bien bajita, tirando a morochita, con un cuerpo despachado con yapa y una sonrisa pícaro, invitadora. La saludé y le dije: ¡Si gusta, está muy rica! Y para tapar la doble intención señalé para el lado de las uvas. Aceptó la invitación, (creo que pescó la intención) le pasé un racimo y nos pusimos a comer uva y a mirarnos y reírnos.

En la casa de enfrente, tras un tapial que daba a un patio, se escucharon unos grititos, unas corridas y volaron por el aire unos baldazos de agua. ¿Carnaval? —le dije a la chinita— ¡Sí! —me dijo ella— ¿vamos a'guaitar cómo chayan? y se dirigió para el tapial de enfrente; yo no entendí ni jota de lo que dijo pero, largué las uvas y la seguí. Adentro la chaya estaba en su apogeo y la gritería y las corridas eran infernales. La chinita no alcanzaba a ver porque era muy bajita, así que me comedí: la tomé de la cintura y la alzé hasta que pudo ver sobre el tapial. Tenía unas carnes duras, tibias y provocativas. Así la tuve un rato, luego recibimos de adentro un baldazo de agua que nos empapó.

La bajé y nos quedamos riéndonos. Con el agua se le había pegado el vestido y las formas, jóvenes y puras, eran algo que hacían olvidar las uvas y la prudencia. Me quedé medio mudo mirándola, luego, ronco y titubeando, le dije: ¡Qué lindo es aguaitar como chayan! Ella se puso colorada, con las manos se tapó las formas del pecho y, a la carrera se metió en la casa.

Me quedé solo y emocionado... luego la emprendí nuevamente con las uvas. La puerta de la casa del patio se abrió de golpe y un hombre salió a la disparada perseguido por una mujer con un balde de agua. El pasaba frente mío cuando la mujer le zampó el baldazo, el hombre lo esquivó, y lo ligué yo y las uvas. ¡Disculpe, disculpe, disculpe! Disculpé. Terminamos amigos y comiendo mis uvas. Luego se abrieron otras puertas y salieron otras parejas corriendo y hombres y mujeres, y viejos y viejas y niños y niñas, todos llevaban baldes y jarros



y tiraban agua al primero que veían y al rato toda la cuadra estaba llena de gente jugando con agua y gritando y riéndose... y de vez en cuando algún regio costalazo que te la depe y pasaban ante mí y me pedían un racimito de uvas y así la comimos todos. A las seis terminó la chaya.

Apenas si quedaban unos pibes intruseando. Me metí a la pensión, me pegué un baño y después me puse a matear. Como a las ocho me puse el traje con intención de ir a la retreta. Me paré en el zaguán y me puse a mirar la calle y la escasa gente que pasaba. En eso salió la chinita del lado (la de a'guaitar) y se paró en el zaguán de su casa, se había arreglado y, en verdad que estaba linda: lucía amplia sonrisa, dos trenzas en apretados moños y un vestido de tela delgada que le resaltaba la tensión superficial. Me arrimé. Ella, modosita, tenía las manos atrás, como en actitud vergonzosa. ¡Que había sido buena moza! le dije, y le hice un pellisquito en la nariz. Ella se sonrojó y me dijo: ¡que había sabido ser pícaro usted! sacó las manitas de atrás y me zampó un jarro de agua en el medio del pecho. Pegó la vuelta y se metió a la casa a las carcajadas.

Me quedé como un pasmado. Me metí a la casa a cambiarme de ropa o que se secara la que tenía puesta. Me cambié y me fui a la retreta, luego a Soppelsa, después a La Chiquita. Cuando regresé a la pensión ya era más de las once. La chinita estaba en el zaguán; apenas si había una débil luz en los fondos de la casa. Nos pusimos a conversar. Nos sentamos en el umbral del zaguán. Le tomé una mano y me dejó hacer. Empezó a refrescar y nos arrimamos más. Ya estábamos en el instante en que las palabras no tienen valor y nos dejamos llevar por las circunstancias. Siempre recuerdo que el zaguán estaba pintado al óleo, imitando unos jardines (como se usaba entonces). La pintura del techo imitaba un cielo con nubes blancas y celestes; unos angelitos rubicundos, de colitas rosadas, contemplaban el ancestral trajín.



## DON NORIEGA

*E*n la esquina suroeste de la escuela del pueblo, Huinca Renancó, en un potrero de un cuarto de hectárea, la tupida gramilla, unos empecinados coirones y la deprimente yerba del sapo, servían de entretenimiento a un matungo zaino, flaco y bichoco, que en sus mocedades debe haber sido protagonista de largas galopadas por el desierto de Ranqueles y presumiblemente, debe haber participado en entreveros entre indios y cristianos, dirimiendo pertenencias de dilatadas llanuras y chúcaras, motosas reses, aunque resulta difícil imaginar para qué bando trajinaba el zaino: si para el malón, que defendía sus heredades, o para la milicia de Roca, que trataba de hacer, de aquellos territorios guachos, una Nación que cobijara al hombre del mundo y el orgullo del argentino.

**¿Quién ganó; quién perdió? ¡Aún no se sabe; de las peleas de los hombres sólo quedan rencores y olvidados muertos, hasta que el tiempo cura las heridas y la sangre madura en el corazón para que nazca el amor!**

Allí, en ese potrero, circundado por el alambrado de cinco hilos, había un rancho de chorizo, con revoque de barro y desprolijo encalado. Era una sola habitación chica, rectangular, de piso de tierra y techo de chapa; al este, una abertura angosta servía de puerta, y dos ventanucos, uno al norte y otro al oeste, daban aire y luz al aposento; un reparito adosado a la pared en la esquina sudeste, servía de cocina; del techo salía un alerito hecho con chapa de latas de querosén y que pretendía ser solera y reparo. La puerta del rancho era de tablas de cajones y cuando estaba abierta, una cortina de arpillera protegía de la mirada de intrusos un escaso mobiliario y una digna pobreza.

En ese rancho y en aquel tiempo vivía allí don Noriega, cuyo nombre de pila no recuerdo, o tal vez haya desgastado el tiempo. Era don Noriega un mulato, tirando más para lo oscuro que para lo claro; de estatura más que regular; de osamenta fornida; la tez lampiña y unas motas entrecanas pegadas al cráneo. Los ojos eran castaño oscuros, más bien grandes y unas manchitas blancas como de cataratas. El mirar era apacible y manso y estaba siempre como embobado en distancias y soledades. Tenía el andar tranquilo y bamboleante, tan común en el hombre de a caballo y el marino, acostumbrados a vivir sobre el movimiento: uno en el caballo y el otro en el agua. Vestía, por lo general bombachas negras, camisa blanca, corralera negra, pañuelo al cuello, blanco o batarás; alpargatas negras, con un tajo (para alivio del empeine) y faja de lamilla barata, negra y de varias vueltas, para proteger los riñones. Un sombrero negro, alto, de alas angostas y cinta sudada, completaba el atuendo.

Quando yo pasaba para la escuela o me entretenía en

"robar" moras en la vereda de la herrería de Pradera, don Noriega que vivía enfrente, nos observaba a los muchachos, mientras apoyado en el alambrado, tomaba mate o liaba un cigarrillo o bombeaba agua a un fuentón para que bebiera el zaino **¡Después de sesenta años esas imágenes están vivas y es como si lo estuviera viendo!** y algo que perdura en la memoria es más real que la persona misma, ya que se despojó de la muerte que vive en cada uno.

*U*na vez yo tenía diez años y lustraba los zapatos del escribano Beltrán que se hacía cortar el pelo en la peluquería de don José Parellada. Los dos hombres, el peluquero y el cliente, tenían una conversación sobre un negro que, decían, era el hermano menor de siete hermanos de un negro payador que había payado con Martín Fierro. Esa conversación me entró por un oído y me salió por el otro. Luego, la vida me llevó por otros caminos; dejé Huinca Renancó y me vine para la piedra, el sol, las acequias, la tonada y las viñas. Luego me dio por la lectura y leía cuanto papel caía en mis manos. Una tarde de marzo del año treinta y tres cayó en mis manos un ejemplar del Martín Fierro. Ese libro quitó mi sosiego y me introdujo en la apreciación del hombre de campo y sus circunstancias. Cuando leí la historia del negro que payó con Martín Fierro, caí en la cuenta que ese fato ya lo sabía: vino a mi memoria la imagen de Noriega, la conversación del escribano Beltrán y el peluquero Parellada y ese aire de lejanía, toldos y matorrales que emanaba de la figura de Noriega.

Pasaron más de cuarenta años y una noche, en un sueño, lo ví a Noriega. Era joven, gallardo y altivo; montaba un potrero zaino y galopaba las llanuras del cacique Pincén. Intuí, en el sueño, que "era hombre" de los Ranqueles y que había renegado del huinca y había buscado refugio en la barbarie como una especie de venganza: **¡Lo que el hermano no pudo con la guitarra, él lo haría con el corazón!** El final del sueño era que el negro se perdía entre unos totorales y que reaparecía del otro lado de la ciénaga y rumbo para el oeste, para el lado de Huinca Renancó.

Quando desperté, tuve la intuición que todo era cierto. Después me puse a analizar: cuando conocí a Noriega, eran los años veinte; él tendría más de setenta. La edad de Noriega y los tiempos de los sucesos coincidían. Además, la conversación en la peluquería; y ¿qué hace un hombre negro en esas soledades como Huinca: no estará escapándole a los recuerdos?

Por otro lado, y esto es definitivo: la certeza la tuve en un sueño... y los sueños no mienten... ¡Otra cosa sería si me la hubiera contado un hombre!



# ¡PELAR DURAZNOS, DESGRANAR MAÍZ!

**E**l otro día nos encontramos con Jorge Escudero (el poeta) en el bar de Los Douglas y como no había yogur, optamos por tomar un vitino. Lindo descubrimiento este vitino, parece que aviva el pensamiento y movilliza los recuerdos, porque después de no haber otro yogur y siendo el corazón de los viejos un cofre de recuerdos, abrimos ese cofre y como quien echa a volar pajaritos, al rato no más, el aire del bar estaba lleno de gorriones y nuestros corazones llenos de mariposas. ¡Qué lindo es recordar y qué barato; una de las pocas cosas que todavía no pagan impuestos! Ojalá que el riojano de Economía no se entere de esto o correríamos el riesgo de que a los recuerdos les pongan un impuesto... o que los conviertan en BONEX, que como van las cosas todo puede ser, hasta Palito gobernador. ¡Parece que los compañeros peronistas están adquiriendo el sentido del humor; mire que Palito gobernador! ¿No habrán pensado eso un veintiocho de diciembre? ¡Vamos, compañeros, paren la mano, que el país no está para jodas!

Así estaban las cosas, cuando cayeron al Douglas otros "yogurteros" como Sergio Guardia, Cacho Bustos, Néstor Torresán y Pocholo Amín y eso fue como echarle especias a la olla donde se cocinaba el guiso de la amistad: los aromas y sabores que nos permiten degustar la gran fiesta del vivir. De pronto estábamos conversando de la TV y haciendo comparaciones con los tiempos de antes, cuando la mesa era un intercambio de opiniones y un arreglar la armonía de la familia, y las sobremesas un prolongado vuelo de la imaginación a través de los cuentos, sucedidos y consejas o en la lectura, para la familia, de algún libro. ¡Qué diferencia en los tiempos! Ahora no sabés si estás cenando, conversando con la familia o viendo televisión y salís de la reunión sin haber conversado con el hijo, sin haber acariciado al nielo y sin haber aprendido (o enseñado) nada de nada. Es decir, te vas como has llegado, lleno de cosas que no has podido compartir y que ya empiezan a molestarte, porque los bienes del alma, o se comparten o se pudren. Porque los tesoros del alma alguien te los dio para que los compartas y no para que se oxiden en un rincón. Somos simples depositarios del Amor, que se nos dio para que lo compartamos, y al Amor, como al buen vino, hay que trasegarlo y cuidarlo y cuando esté en sazón de bondad, meterlo en otro cuerpo; meterlo en otro cuerpo para que el Amor transite entre los Hombres y no esté guardado como el tesoro del avaro que a nadie sirve, o como un venero de agua fresca que estuviera vedado a la sed de los hombres. ¡Todo lo que poseemos es lo que compartimos!

Esta es una de las facetas del mal uso de la televisión: Que no es útil, y puede llegar a ser pernicioso. Antes, en cambio,

fijese lo que decía Escudero (que por algo es poeta):

Dice Escudero que cuando era chico y vivía en una vieja casona en Marquesado, las sobremesas eran largas y conversadas. Los corazones se abrían a la confianza como granadas maduras y la imaginación se poblaba de extraños seres que venían del pasado dejando su indescifrable mensaje y tornaban a sus sombras, a sus muertos y a sus futuros. Esos seres venían todas las noches, nos habitaban, dejaban en nosotros sus cargas y tornaban al tiempo y la soledad, que es donde se encuna la sabiduría.

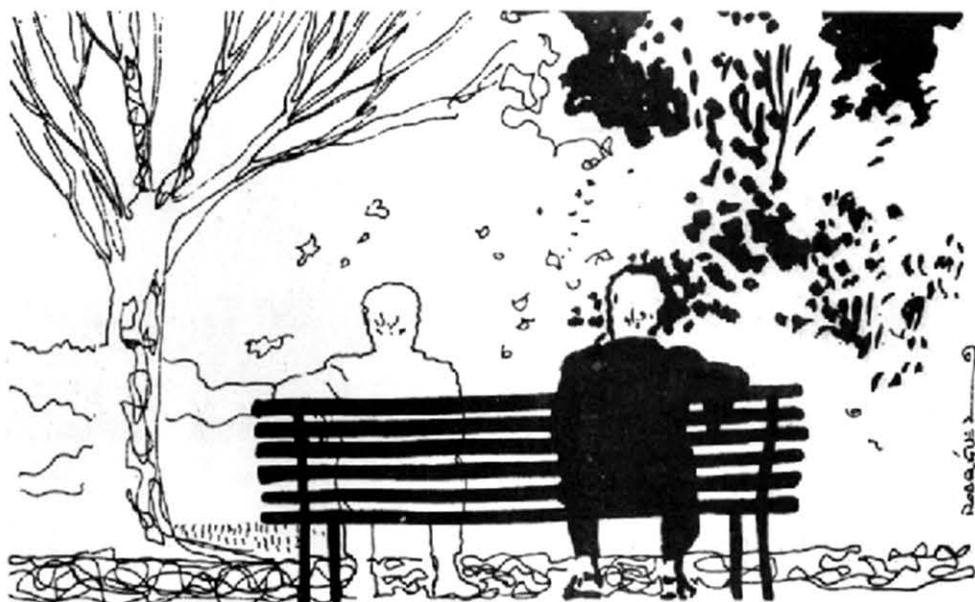
Claro que mientras la familia Escudero vivía y criaba esa tradición, cada miembro de la familia hacía algo útil: ¡Trabajaba!

Jorge pelaba duraznos para hacer huesillos; Lily y Margarita rayaban membrillo para hacer el dulce o aliñaban frutas o verduras para poblar la despensa de conservas y charquis, protegerse del invierno, agasajar amistades y llenar el pecho de orgullos por el deber cumplido. Papá Escudero y mamá Mugnos presidían el sagrado y oculto rito familiar y mantenía viva la llama de sus corazones llenos de proyectos y de trabajo. Y así eran las noches de aquellos tiempos. Tiempos en que fructificaban los esfuerzos (gozosos esfuerzos) del trabajo; tiempos en que la unión de los hermanos y la autoridad de los padres hacían innecesaria la protección del Estado y el hábito de la usura. Tiempos de dignidad, orgullo y trabajo, de hacer y creer; tiempos en que ni se soñaba que un día veríamos una patria postrada y humillada.

**Y** mientras en Marquesado, a Jorge Escudero le pasaban esas, al que escribe, en Huinca Renancó, en la inmensa y despoblada pampa argentina, le tocaba idéntica suerte. Claro que yo, en Huinca, no pelaba duraznos sino que con una mazorca en una mano y un marlo en la otra, restregaba fuertemente desgranando maíz, o con los hermanos elegíamos las finas chalas de choclo para hacer colchones y papá hacía un banco o un mueble y el olor de la madera bendecía la reunión de la familia.

Y así eran aquellos tiempos en que no había televisión. No es que yo diga que la televisión sea mala y no sería mala si mientras la vemos, mientras la ven los chicos, pudieran unos pelar duraznos y otros desgranar maíz. Y me está pareciendo que ese es el más grave problema de nuestro país: Todos nos hemos puesto a ver televisión... y nadie pela duraznos o desgrana maíz.

¡Cuando dejamos Los Douglas, el yogur había subido de precio!



## ¡BICHOFEO!

Tibia y acogedora era la mañana. Al salir a la calle y al sol, la estridencia del canto de un bichofeo me saludó desde la elevada aguja de un verde pino de la casa de enfrente. Elevé la vista al árbol y allá, sobre la más alta rama, un plumón de luz me repitió el saludo: ¡Bichofeo!. Yo presentí que el pájaro me miraba y que estaba esperando, aspiré aire, fruncí los labios y le largué el silbido: ¡Bichooofeo, bichooofeo! Se estremeció el asiento del ave y del luminoso bultito me llegó, me pareció que más cálido —como humano— el retruque del pájaro: ¡Bichofeeo! El saludo se repitió varias veces y me pareció como una conversación entre un ser del aire, del vuelo y otro ser de la tierra, del apego. De pronto la rama del pájaro se arqueó, el animalito dio dos aletadas, tensó las alas y planeó, majestuosamente, para el lado del naciente, hasta que entró en el sol y lo perdí de vista.

El ¡bichofeo, bichofeo! seguía en mis oídos y, ¡qué quiere que le diga!, parece medio ateo, pero, aquel diálogo con el ave me supo a gloria. Algo así como si hubiera estado hablando con Dios; algo así como la primera comunión, como el oler los yuyos del pago, o divisar, a lo lejos, el humo de las chimeneas del pueblo. Del pueblo de uno.

El pájaro se había colado para el sol; yo, que no podía volar, colé para mis adentros, me metí en la sangre y bajo las moreras de un decadente y otoñal ocre, sintiendo bajo mis pies la sístole y diástole de la tierra, llegué hasta la plaza General Paz y me senté en un banco. Me senté a contemplar el indefinido color de los tilos que empezaban a vestirse de invierno. Así estuve largo rato. Y era como si el mundo se hubiera acabado. Como si únicamente, en la faz de la tierra, quedaran mi corazón y los tilos, como únicos elementos para fundar un nuevo cosmos. Como si Dios comprendiera que tal vez a este mundo le estuviera haciendo falta la sangre de un corazón y el perfume de un tilo. ¡Un solo corazón y un sólo tilo para refundar al mundo! Sentí una gran alegría, solamente se necesitaba la sangre del hombre, el olor de la madera y el perfume de la flor, para hacer al hombre. Y ahí fue cuando la gana de llorar invadió mi alma, porque comprendí que no era importante que el hombre matara al hombre, pero sí era importante que el hombre matara el olor de la madera, el perfume de la flor y el corazón de las cosas.

Debo haberme quedado dormido. Cuando desperté, el mediodía golpeaba mi piel y al lado mío estaba sentado un viejito, que me pareció muy extraño. Cómo llegó al banco, no lo sé. Nada en él denotaba algo extraordinario; parecía de porte mediano, la tez trigueña, el pelo corto y canoso, la barba de

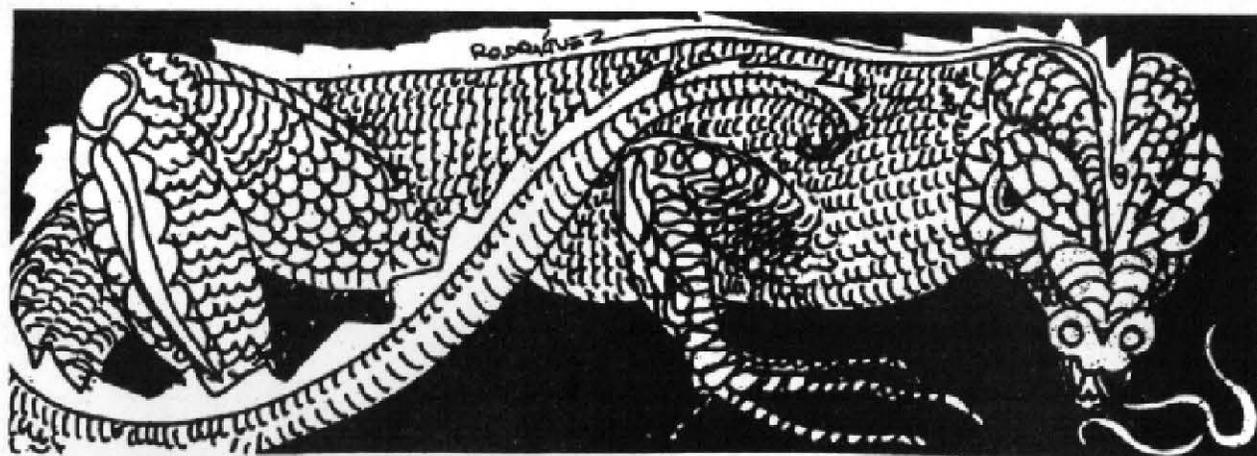
varios días. Calzaba mocasines marrones, viejos, jean azul, destefido por el uso, camisa blanca y una camperita azul de tela barata. Era un hombre vulgar, salvo por la mirada: una extraña sensación producían esos ojos de un tenue celeste verdoso. Cuando fijaba la vista en uno, daba la impresión de que no miraba, que esos ojos atravesaban los cuerpos y la visión se perdía en el horizonte. Era como si el tiempo estuviera mirando, pero en una forma aterradora, como si te observaran desde todos los puntos del espacio y vos fueras el centro de la esfera. Me sentí como un bichito en la platina de un microscopio. Esos ojos: ¿de quién eran, por qué esos ojos habían ocupado a ese hombre y estaba en mi banco, a mi lado?

Yo presentí que esos ojos no tenían nada que ver con ese hombre. Era como si esos ojos hubieran tomado a ese hombre para llegar hasta mí. Eran ojos atemporales, ojos que no miraban; preguntaban. Me dio un poco de miedo y me corrí en el banco. Levanté la vista hacia las copas de los tilos y así estuve un rato. Sentí la presencia de esos ojos a mi lado, entonces lo miré; él, como yo, también miraba los tilos.

De pronto di un sobresalto y caí en la cuenta: ¿Qué había visto? Me levanté, enfrenté al viejo y, tomándole la cabeza con las manos lo miré a los ojos ¡Dios mío, el viejo tenía mis ojos! Eran mis ojos que me miraban desde la profundidad de los ojos del viejo. Me dio como un vahido. Tanteando me senté en el banco, un sudor frío me invadió y sentí el pánico en mi cuerpo. Largo tiempo debo haber estado en ese sopor. Cuando logré calmarme, alcé la vista hacia los tilos y, con asombro y temor vi que el color del follaje había cambiado de tono, que se había tornado celeste verdoso y que mis ojos, mis nuevos ojos, atravesaban ese follaje, y atravesaban los edificios, los suburbios, los lejanos cerros; atravesaron una cordillera, atravesaron un océano; vieron palmeras y ojos rasgados, hombres amarillos, hombres con turbantes, y vieron pampas, estepas, hielos, bosques... Después todo se apresuró y como en un torbellino, vi todas las cosas y que yo era el ojo de esa tormenta. Debo haberme desmayado.

Cuando volví en mí, el viejo había desaparecido. Desde la copa de los tilos un pájaro celeste y verdoso me gritaba ¡bichofeeo!

Al pasito lento regresé a mi casa. Instintivamente trataba de que la gente no me mirara a los ojos. Cuando llegué a la casa, corrí al baño y, desesperadamente y como con miedo, me miré al espejo. Con un suspiro de alivio vi que mis ojos seguían siendo azules.



# PELADITA Y EL BASILISCO

**P**eladita llamábamos a una pollita de riña que se había criado medio guacha. Era de plumaje rojo y azul con algunas plumas verdes. Había nacido de un huevito regalado y que mamá agregó a una nidada de la batarasa. Era de ver cuando la batarasa llamaba a los pollitos luego de destapar un gusano o descubrir una semilla, Peladita, al primer clic, ya estaba al lado del bicho. Los hermanitos, más grandes y más torpes, solían pararse en seco y, en semicírculo, como abombados, contemplaban a la hermanita menor como engullía el gusano o la semilla de un solo picotazo y de inmediato urgía a la batarasa por más vitualla. ¡Sí, Peladita estaba bien aperchada para ganarse la vida! Si hubiera sido hombre creo que llegaría a presidente. Al menos en casa todos la habríamos votado (cosas peores hemos hecho) le aseguro. Pasó un tiempo y la Peladita se había acostumbrado más a estar con la familia que con sus hermanitos ¡Pobre, no la culpo, hay un dicho: "¡Tiene menos sesos que una gallina!" Claro que ese dicho también podría aplicarse a algún político pero, ésta es otra historia.

Peladita llegó a ser imprescindible en las reuniones familiares, en las mateadas bajo la acacia, ella era la primera en estar y, cuando mamá se sentaba en la silla baja y empezaba el mate ella, era la inspectora, celosa de sus funciones, saltaba al regazo de mi madre, se paraba al lado de la yerbera y, abriendo los ojos, torcidita la cabeza para un costado y haciendo un movimiento de vaivén con el largo y pelado cogote, acompañaba la trayectoria de cada cucharadita de yerba o azúcar que iba al mate, se retiraba un poquito cuando el agua caliente entraba al mate y, luego cuando la cebadora había pasado el porongo, Peladita, de un ruidoso salto aleteado ya estaba en la falda del tomador y lo observaba, orgullosa, como si fuera ella misma quien estuviera cebando. Si alguno de los muchachos (mis hermanos) se sentía molesto, agarraba a Peladita y diciéndole ¡basta! la ponía en el suelo, ella se alejaba gangoseando su enojo y al ratito, no más, volvía a la rueda, enderezaba para el molesto o se desquitaba de la ofensa tironeando, con el pico, la pollera si era mujer o deshilachando los flecos de las alpargatas si era varón. Todo eso acompañado de un infernal cloqueo que, imagino, sería la más nutrida exposición del lenguaje ofensivo de los gallináceos. Luego trepaba por la acacia, de ahí se largaba al techo y desde el borde del alero seguía con su retahíla y así podía estar las horas, hasta que mamá la llamaba. Entonces se dejaba caer del techo, se arrebujaba en la falda de mamá, se tapaba con el repasador y ahí, solita y ofendida, se quedaba dormida ¡Pobre Peladita, en sus sesitos de pollita, no cabía la idea de que

la estábamos "cachando"!

Enero estallaba en chicharras; los milanos del cardo como las cigüeñas, desparramaban la vida en la tibia y ávida tierra; la alfalfa, en flor, perfumaba el campo y los pechos colorados trajinaban el aire en busca del grano o el bicho para satisfacer el persistente piar y la inmensa boca abierta del pichón: pequeño velloncito de pelusas; principio del vuelo y del canto. Era un verano piadoso, había llovido a la necesidad del campo; las cosechas habían sido abundantes y el ganado, sobre la verde alfombra lucía lustroso y satisfecho.

Mediaba la tarde y, tendidos sobre la gramilla, comíamos una sandía que papá había refrescado envolviéndola en una lona mojada y puesta al oreo del sol y la brisa. Las negras semillas de las rojas tajadas, eran arrojadas a la ansiedad de las aves. Los animalitos campujaban las semillas y las engullían ávidas y expectantes y se quedaban quietos y esperando más. A pocos pasos de allí, sobre un fuego de leña de vaca, hervía una gran lata de choclos con sal, alimento para el cerdo... y los muchachos. Fue cuando Paco preguntó: "Mamá ¿y la Peladita que no la veo con las gallinas?". Mamá dijo: "Debe estar echada en algún nidal, pues es tiempo que ponga —y agregó— no se arrimen a ella si la ven, es la primer postura y ¡a ver si le sale un basilisco! Yo ya sabía la historia: "si te miraba un basilisco, que nacía de un huevo chiquito de polla primeriza, ese año te morías ¡así de simple!, salvo, claro, que el basilisco muriera ese mismo día.

**T**erminó la merienda, se cocinaron los choclos que nosotros compartimos con el cerdo, pero, en orden invertido: primero dimos comida al puerco, luego comimos los muchachos: "...el orden del factor no altera el producto" y todos quedamos contentos. En un claro del barullo yo me escabullí de la reunión y me dediqué a buscar a Peladita. Bajo un tamarisco y entre unas matas de habas había hecho el nido; me acerqué, ella me miró, hizo: ¡Cloc! ¡cloc! y se quedó quietita, me arrimé, le acaricié el lomito y suavemente la alcé. En el fondo del nido tibio y emplumadito, había unas cascaritas y al lado una lagartija: ¡El basilisco! —pegué el grito— ... y mamá y los muchachos se vinieron al humo. Yo temblaba ante la inminencia de mi pronta muerte. Mamá me miró a la cara y algo debe haber visto, levantó a Peladita del nido y metiendo la mano levantó entre el índice y el pulgar el cuerpo muerto de una lagartija, me la mostró y dijo: "Rufino, todavía no vas a morir, ésta es la cena de Peladita! El alma me volvió al cuerpo.

# LA MUERTE DE DON BLAS

Cuando doña Genoveva volvió del almacén lo encontró a don Blas como sentado en el rústico banco de pino adosado a la pared. En un extremo del banco, en la trébedes de hierro, una palangana enlozada, vieja y desconchada, estaba mediada de agua jabonosa recién usada. Una toalla pendía de un clavo en la pared, un pan de jabón amarillo, usado, húmedo y fragante, se oreaba sobre una tablita en el piso de tierra apisonada. Don Blas, de cerca de ochenta años, estaba como sentado en el banco y si no fuera porque la cabeza cana y la barba blanca y rala habían caído para un costado en un definitivo acomodo a la gravedad, se diría que don Blas dormía. Al verlo, doña Genoveva, que volvía del almacén, lanzó un grito de angustia. Supo, de golpe, que don Blas estaba muerto. Se lo dijo la pesantez de esa cabeza, el cogotito frágil y como quebradito. Se lo dijo esa postura definitiva de pajarito muerto que también se da en los ángeles y ciertas estampitas de algunos santos. Doña Genoveva se persignó, se sentó al lado de don Blas le tomó las manos y se puso a llorar. El sol se escondía detrás de los eucaliptus; los pájaros volvían a sus nidos y sus ramas. Un rato después cesó el piar de los pájaros, caió el llanto de doña Genoveva y todo fue entrando en la sombra. Don Blas iba en el cortejo, iba con su cogotito quebrado y cabecita calda. Como un pajarito muerto. Entraba a las sombras con la humildad de un olvido.

A otro día, después del entierro, que fue escaso de gente y abundante en silencio, doña Genoveva, que tomaba mate y miraba para el lado del banco y la palangana, contó algunas cosas: Don Blas, el domingo anterior y como lo hacía todos los domingos, fue a la fondá de los Borrajo a juntarse con los amigos, jugar una brisca y tomar unos potrillos de carlón. En eso estaban Blas y sus amigos, en los escasos y breves placeres de los viejos, a veces rumiaban un recuerdo de la aldea lejana o reían una ocurrencia del juego. Era gente mansa, mansa y entregada a su destino, como el buey al yugo, como el laurel a la gloria. Anochecía, la sombra entró a la fondá y otra sombra se perfiló en la puerta. Esa "otra sombra" se arimó a la mesa y se sentó al lado de don Blas. Hubo un embarazoso silencio, se cruzaron algunas miradas y continuó el juego. Pero, algo se había venido abajo. De pronto don Blas se levantó y dijo: "Bueno, muchachos, yo me voy a casa — y agregó ofensivo — ¡ciertas cosas me molestan! Se puso la gorra y, a pasito lento tomó para el poniente.

Cuando llegó a casa —continuó doña Genoveva— yo le noté algo y le dije: ¡Blas, hoy vienes temprano... y algo te pasó! Me pasa —dijo Blas— que yo no me siento con "ése". Y ese "ése" salió como cargado de asco, como quien hurga en una pústula ¿Quién era? inquirió Genoveva ¡Era el usurero ese! Y no pronunció el nombre. ¡Bueno, te preparo un plato de sopa y ya está, que no hay que gastar pólvora en chimangos! Y doña Genoveva avivó el fuego y puso la olla. Erán tiempos aquellos en que en los pueblos podía haber un usurero. El usurero estaba en el pueblo, hablaba con la gente, era un vecino más pero ¡era usurero! y podía estar en la casa de muchos pero no estaba en el corazón de ninguno. ¡Sí señor, la gente de entonces tenía una particular forma de ser: la práctica del trabajo les daba una reserva moral que no transigía con la ignominia, sí, señor, tiempos raros aquellos!

Doña Genoveva tomó otro mate, volvió a mirar el banco y la palangana y continuó: El martes vino Morales, el milico, y le



avisó a Blas que en la comisaría querían hablar con él. Blas se puso el saco, y la gorra, lió un cigarrillo y se fue con el milico. Cuando partió —dijo doña Genoveva— el corazón me dio un vuelco: ¡Nunca había visto a Blas al lado de un policía! Doña Genoveva sacó una silla baja y se sentó en la puerta a esperar a Blas. El corazón le decía cosas y ella, para alejarlas, pensaba en Galicia, que las rías, que la lluvia, que el buey, que los percebes, que las castañas, y tanto dale se quedó dormida.

La voz de Blas la despertó: ¡Vamos Genoveva, entra y dame agua y jabón! La voz de Blas sonaba como un desencanto, como un niño en la noche. Entraron, doña Genoveva entibió agua, la echó en la palangana y le alcanzó a Blas un jabón y la toalla. Y, como Pilatos, pero mucho más que Pilatos y por otra cosa que Pilatos, don Blas empezó a lavarse las manos. El agua se tiñó de un color a tinta, que es el color de la sangre de los usureros. Doña Genoveva tiró el agua de la palangana y volvió al lado de Blas.

¿Qué pasó, cuenta, qué pasó? Y Blas contó: Me llamaron por lo del domingo con el usurero (el usurero era pariente del comisario). Me preguntaron por algo de política y si yo era comunista. Luego me pintaron los dedos y los pusieron en un papel. Yo le dije al comisario: ¡No me hagas esto, Esteban, tú sabes que yo no soy comunista y que la cosa viene por otro lado. El se rió y me dijo: Vaya, don Blas. Y yo le dije: ¿Y quién, Esteban, quién me devuelve el honor ahora?... y me vine.

Y agregó doña Genoveva: Por tres días se lavó las manos tarde y noche, al cuarto día se murió. Me decía que ya era como un saco vacío. Le habían quitado la honra.

# EL CIGARRILLO

*T*enés un pucho, viejo? ¡En el treinta hubieras ligado un bofetón que no fumás más en tu vida, te lo digo yo! Y todo el mundo sabe que no fumar es muy bueno para la salud... y el bolsillo.

Mi padre trabajaba de albañil: entraba a las siete y salía a *almorzar a las once; luego de una a cinco. De seis hasta que hubiera luz (y a veces más) cultivaba la chacra y alimentaba a los chanchos; mientras mamá hacía la comida, limpiaba la casa, lavaba la ropa, tejía, hacía medias, criaba gallinas, recogía huevos y fabricaba hijos. ¡Que algo de bueno ha de tener la pobreza!*

Cuando en una casa son once en la mesa, entre padres e hijos, las comidas que se sirven en esa mesa son las más apetitosas del mundo. ¡*Pruebe hacerlo: échete hambre a la comida y verá como sabe!* En casa éramos once y una inacabable cantidad de hambre, que, repito, es la mejor salsa del mundo. ¡*Mamá era una gran cocinera!*

*D*e doce a una, al mediodía, papá se echaba a dormir la siesta, lo hacía en un catre de lona, casero, y a la sombra de un paraíso que había al lado del molino. Mientras papá dormía yo solía escabullirme al dormitorio de los viejos, donde, sobre la mesa de luz estaba (inexorablemente) la lata de tabaco negro caporal La Mariposa y cumplía con el excitante rito de robarle un puñadito. Si la lata mediaba o más abajo, sacaba todo el tabaco, lo esponjaba para que aumentara de volumen, lo metía en la lata y ¡*conciencia tranquila a fumar se ha dicho!*

El aroma del tabaco de papá se me ha quedado en la memoria y, aunque peque de hereje, diría que se me pegó más que el Padrenuestro (que no se fuma) y me basta cerrar los ojos, revolver la vista para atrás, revolver en la memoria y ¡zas! ya me veo muchacho y fumando el más fuerte y aromático tabaco robado del mundo.

La primera vez que lo fumé me dio vómitos y caí descompuesto; la segunda me dio vómito, no más, y a la tercera empecé a tomarle el guslito y a fumarlo a pecho y a sentirme más hombre y me gustaba darles a mis amigos una chupadita, para que vieran que fuerte era el tabaco y cómo a mí no me hacía nada. ¡*Al final me hice hombre y tardaría muchos años en ser hombre otra vez y dejar el tabaco!*



Y así me inicié en el fumar; después descubrí que no había sido nada original: todos mis hermanos mayores habían hecho lo mismo: el abordaje a la lata del viejo. ¡*Qué zonzo era papá!*

*D*enueve hermanos, seis eran varones y tres ¡pobrecitas! mujeres, que esas no fumaban. De muy pequeños no fumábamos, pero, juro que todos los pequeñitos sufríamos la angustia de crecer muy despacio, pues nunca llegaba el tiempo del pucho y el salivar de costado y el oler a hombre.

A veces interrumpíamos los juegos: piedra libre, rescate, gata parida, hoyo y pelota, bolitas, billarda, barrilete y fútbol y ¡qué se yo! y nos reuníamos entre los matorrales o en la esquina, bajo el foco y, mientras alguno espía a que no vinieran los viejos, los demás nos dedicábamos al prohibido placer de hacernos hombres fumando.

A los muchos años, y traicionando aquellos queridos secretos, debo confesar que el fumar nunca me hizo bien. Me quitaba el apetito; daba mal gusto a mi boca; me hacía doler la cabeza; olía queapestaba y siempre anidaba el temor de que papá me descubriera y me diera una antológica pateadura. **A pesar de todo, los tiempos eran hermosos y el pecado de mentir (en lo del cigarrillo) era un dulce desafío que nos consolaba del sufrimiento de ser chicos.**

Yo trabajaba con mi padre en una obra en construcción y andaba a las escondidas detrás de los muros para echar una pitadita (qué raro que papá no me haya sorprendido nunca). Un día, como la cosa más natural del mundo, cumplí dieciocho años. **¡Qué emoción; en casa mamá hizo pasteles al mediodía y chocolate por la noche! ¡Yo era la vedette!**

Ese día, al almuerzo mamá tendió la mesa en la galería de la casa, a la resolana. Los pasteles habían salido muy ricos y la alegría era sana y comunicativa. Mi padre, se había peinado cuidadosamente y, debajo de la negra faja, se insinuaba un sospechoso bultito.

*C*uando terminamos de comer, papá me dijo ceremoniosamente (como si botara un barco) ¡*Rufino, hoy cumples los dieciocho, así que desde hoy puedes usar esto delante mío!* Y echando mano al bultito de la faja, sacó un paquete de cigarrillos "Pour la Noblesse" y una caja de fósforos que depositó en mis manos. Yo me puse colorado, como si me hubiera sorprendido fumando. Papá agregó ¡*Espero que desde hoy no me robarás más tabaco y que lo sacarás delante mío!* Y se echó a reír.

Agarré otro pastel, tragué un nudito que tenía en la garganta, levanté una mano y toqué el cielo: ¡*Ya era hombre!* Pero, tardaría dos años más antes de atreverme a fumar delante del viejo. ¡*Cosas de antes!*

# PALAN PALAN

*(El palán palán es una planta solanácea que se cría en los edificios en ruinas, taperas y basurales)*

En un lugar de mi casa hay un pasillo enmosaicado que casi no se usa, que no lleva a ninguna parte y donde a veces, ocurren cosas. Hace unos días, en ese pasillo observé que, entre la prieta juntura de dos mosaicos estaba ocurriendo un milagro: sobre un débil, amarillento tallo de unos tres centímetros de alto, colgaban los secos riñoncitos de una semilla que acababa de parir su hijito: ¡Allí, en la ranura pétrea del mosaico, sin tierra y sin agua ocurría el milagro de la Vidal! Estuve un rato adorando el prodigio tal como deben haber estado los Reyes Magos en Belén y me retiré silencioso y pleno; sentía que en mi corazón (enfermo de yuyos) renacía la esperanza del verde tierno y fragante que acunó mi niñez.

Volví al lugar la semana siguiente y la plantita ya tenía como treinta centímetros de alto. A la otra semana ya había pasado el medio metro y había echado seis ramitas alternas con hojitas lanceoladas simples y pedunculadas. Al mes la planta tenía, en la base, un tallo de unos seis centímetros de diámetro y dos en la cúspide; media más de dos metros, unas treinta ramas circundaban el recto tronco y, en la punta de cada rama una panoja de flores amarillas en forma de campana. ¡Era un espectáculo hermoso y armónico, la planta tenía la dignidad y el misterioso señorío de la mujer preñada! Yo estaba chocho con mi planta y todos los días la regaba, la mimaba y hasta conversaba con ella. Cuando la planta ya tenía más de cuatro metros era como un estruendo de flores amarillas y el orgullo del jardín y hasta se le podía perdonar el que, en su crecimiento, levantara un poco el piso y rompiera algunos mosaicos. Por más que averigué su nombre nadie pudo complacerme. Y así pasaba el tiempo: ella crecía y daba flores y yo la miraba, sentía orgullo y el corazón agradecía el regalo de esa amarilla dulzura.

Un día cayeron por casa Sergio Guardia y el poeta Jorge Escudero. Yo, exultante, lo primero que hice fue llevarlos al pasillo y mostrarles mi planta. Quedé expectante... ellos miraron la planta y casi al unísono dijeron: ¡Qué bonita! —y luego— vas a tener que sacarla, es un palán palán y o vos la bajás o ella te baja la casa. ¿El precio de la hermosura es la muerte?

Mis amigos se fueron. La noche se venía como un piadoso escondite. Yo me senté en una silla baja y me puse a contemplar el palán palán. El triunfal amarillo de la tarde en las campanitas se iban entregando a la noche. Mi corazón, entristecido se escondió debajo de la silla, se escondió como un perrito asustado. No sé por qué, pero misteriosas fuerzas ocultas asociaron el corazón de un viejo, el palán palán y las angustias de la patria. ¡Eramos pocos y parió abuela! —dije— y me fui a dormir. ¿A dormir...? ¡Pobrecito!

Esa fue una noche de pesadillas: el pasillo del jardín tenía la forma del país (de nuestra Argentina). En medio crecía un gigantesco palán palán que hundía sus profundas raíces en la tierra e iba carcomiendo y derrumbando todas las estructuras. Arriba, en la noche, las campanillas de palán palán, de un amarillo deslumbrante, eran como trompetas de arcángeles.



¡Justicieros, insobornables arcángeles que anunciaban el fin del Hombre! Yo era un viejo que había muerto hacía mucho tiempo y mi cuerpo estaba lleno de yuyos, las raíces del palán palán penetraban en mi carne de tierra y yo sentía terribles dolores y remordimientos. Por extraño milagro mi corazón (el corazón del viejo) se conservaba niño, puro y un fresco verdor llenaba el aire de un aroma de tiernas hierbas. ¡Del cadáver del viejo, invadido de yuyales, surgía la tierna y fresca hierba de la esperanza!

Tres noches se repitió ese sueño. Tres días cavilé sobre esas noches. En la mañana de la cuarta noche tomé un hacha y derribé el palán palán. Una fina lluvia de diminutas semillas se esparcieron por todo el jardín. La enseñanza era evidente: derribé un árbol para sembrar millones de embriones del mismo árbol. Reflexioné: El hombre no debe enmendar la obra de Dios. Es de suponer que Dios, aunque sea por los años, debe saber algo más que el hombre. Esa noche estuve tranquilo, descansaba del palán palán. Al mirar para el lugar donde estubo me sobrecogió el vacío que había dejado el árbol. Volví a un recurrente tema en los últimos tiempos: la Patria. Pensé en el Wámes que fue una esperanza en un tiempo y en otro tiempo una ignominia. ¡Pensé que los argentinos no fuimos capaces de cumplir con la esperanza y evitar la ignominia, pero, en un minuto hicimos de todo eso una montaña de escombros que, precisamente, es el lugar para criarse el palán palán! ¿Sabremos un día los argentinos hacer una patria donde quepan, sin molestarse, los yuyos de un viejo, el verde de un niño y el palán palán?

# JOSE DOLORES

Las brumas de la leyenda desdibujaron los perfiles del hombre y surgió el mito. Todo lo que ocurrió antes de las velas y la fe, pertenece al área de las suposiciones. Lo que es difícil deducir es saber qué del hombre y qué del mito será el saldo en el tiempo.

Parece que venía de familia numerosa, donde pueden darse el lujo de destinar un hijo para la adoración. Pobres como el que más, debían desde chicos pelearle a la vida y, a veces, pelearle a la vida es la muerte.

De varios hermanos, se conoce a José Dolores, hombre de a caballo y de cuchillo. Dicen (es mejor no menearlo) que fue, a principios de siglo, una especie de Robin Hood cuyano. Que robaba a los ricos para dar a los pobres. De eso, los vestigios no son muy claros, aunque nos autoriza a creerlo así el hecho de que fuese perseguido por la policía y todo el mundo sabe que la policía ni cuida de los pobres... ni persigue a los ricos. Claro eso es una suposición. No verifica una costumbre, más bien es una apreciación del perseguido: el derecho a la bronca.

Parece que José era inclinado al baile, la pulpería y el chinitaje. Cosa muy de moda entre los mozos de su tiempo y que no desluce su historia. **No debemos olvidar a un muchacho llamado Agustín de Hipona, que tenía similares inclinaciones, pero que luego hizo méritos para escalar alturas hasta ubicarse en celestes reverencias.**

José Dolores compensaba su inclinación a los placeres con un corazón bondadoso y una piadosa inclinación a la justicia (aunque a veces su concepto de la justicia fuese muy personal y expeditivo). La verdad es que la gente empezó a quererlo y darle protección y escondite en sus desacuerdos con la policía. **Así fue tejiéndose la leyenda y el hombre, como obligado, se vio forzado a responder a la bondad y esperanza que empezaba a nombrarlo.**

En las noches, en los fogones, se hablaba de él y no debe haber faltado alguna chinita que lo quisiera y alguna viejita que le rezara. **Para los chicos era un cuento y para los grandes una pesadilla, cuando no una esperanza, hasta que llegó el momento que los acontecimientos fueron más grandes que el hombre. Una vez, una partida, empecinada, le dio alcance y lo arrinconó en un patio, el hombre (como Moreira) quiso saltar una tapia y lo acribillaron a balazos por la espalda. Parece ser que el hombre muere de frente, los que matan por la espalda siguen con un permiso para seguir viviendo. La muerte fue una parodia. Nadie muere de espaldas.**

El mito

Se ignora quien le encendió la primer vela y quien le dedicó el primer rezo. La cosa fue que la gente empezó a creer



en él y a adjudicarle cierta cuota de beneficio por sus misteriosas intervenciones para aliviar angustias y remediar males.

Un niño se moría. Los yuyos y los remedios no hacían nada; la madre lo encomendó a José Dolores y el niño se compuso. ¿Casualidad? ¡Vaya a saber! Pero eso, en el vecindario afirmó una fe, creó algunas esperanzas y apuntaló algunas vacilaciones. A otro lo salvó del servicio militar; a un tercero lo curó de un dolor de espalda, a otro le salvó la amputación de una pierna y así empezó a armarse el rosario milagrero.

Hoy, escalada cierta posición en una dudosa jerarquía, José Dolores acumula méritos y ofrendas en una especie de santuario que sus seguidores le han erigido. Indudablemente que el venerado gaucho capitanea corazones y esperanzas y parece ser cumplidor con sus seguidores.

Se me hace curioso imaginarlo en cierto reino de a pie y con alitas perforadas a balazos. El, que fue tan de a caballo y definidor de peligrosas situaciones, debe andar, el pobre, mezquinándole el bulto a sus aludos colegas, pues como todo hombre de a caballo, sufrirá la afrenta de andar a pata ("en Chile y de a pie" —como diría Sarmiento). **Merecía el honor, como ciertos generales del paganismo, que lo enterraran con su caballo.**

No obstante y a pesar de andar a pie por las celestes praderas, parece que cumple, como el que más, con la encomiosa misión que se le ha asignado. Dios se vale de infinitos caminos para hacer oír su silenciosa voz y sembrar la fe y el amor entre los hombres. José Dolores es uno de los elegidos para esa causa. Sus seguidores así lo han entendido y por eso le dedican sus amores que, al final, son dedicaciones y amores que redundan en mayor gloria para el Señor.

Los Gauchos de José Dolores, que le rinden culto desde la alta grupa de sus pingos, deben tener conciencia del alto favor que le brindan al venerado, que, seguramente, desde el encumbrado alero de alguna nube, más de alguna vez se le debe haber nublado la vista creyendo reconocer, entre la caballada de sus gauchos, al tordillo que en vida fuera la otra mitad de su ser y que ahora le está faltando.



## LA PELUDIADA

La noche, negra y decidora, se tendía sobre los dilatados campos que rodeaban el pueblo, amortizaba el incendio del ocaso y se espesaba en el plumizo cielo. Era ese instante que precede a las brujas y los fantasmas. Las primeras estrellas aparecían en lo alto y las aspas de los molinos detenían su trilla ante la angustia del instante. Un fino, guadaloso polvillo, se elevaba desde el pelado suelo de la cancha de fútbol de Nelson. Todavía, en los oídos resonaban los ¡pasala! ¡dejámela a mí! y los taponazos y las corridas y el jadeo de la gloria del potrero en el mejor instante del día. De pronto, un espeso silencio hizo nido en la cancha y cayó sobre los muchachos que, sudorosos y expectantes gustaban el inefable momento de la amistad y el estar por estar no más. El tizón de algunos puchos empezó a perforar la noche. Algunos muchachos se habían echado de espaldas al suelo y, como el animal, puro y limpio, gozaban de la seguridad del suelo y presentían la aventura del tiempo, el gozo de la vida en la lejana e inmóvil estrella. ¡El instante era perfecto y la vida podría haberse muerto en ese momento!

Chicho y Capitán, dos perritos peluderos, aculataron su amistad entre las rodillas del negro Lórquiz y la alta y fornida sombra de Palomo, el alano de los Villagra, se arremió a Paco e intentó una húmeda caricia con un descomunal lenguatazo. Paco esquivó la jugosa lisonja y de un empujón lo sentó de culo en el suelo, después, arrepentido, le dijo quedamente: "Venga, Palomo", y le arrojó un brazo al cuello, caricia que tropezó con las aguzadas púas de un collar de clavos que protegía el cogote de Palomo ¡Fuera! —gritó Paco— y Palomo ¡pobre! se retiró a un costado de la oscuridad. Todos nos quedamos en silencio, mirando la soledad de Palomo y la poca suerte de ser perro. ¡Nuestros corazones estaban con Palomo y, con gusto nos hubiéramos echado a su cuello por más collar de clavos que tuviera! Otros lo tienen y apenas si son hombres. "¡Mierda!" —dijo Paco y tiró el pucho que había metido a la boca por el lado encendido.

Se hizo un largo silencio en que cada uno fue un pedazo de su soledad, como ir descubriendo el meollo de la angustia; esos instantes en que algo se empeña en el gozo de la incertidumbre, eso que es algo como si una perdida patria se empeñara en decirnos que ahí está, a la vuelta de la esquina. De pronto para el lado de la oscuridad del este, sobre los campos de Melchor apareció el brillante hueco de la luna llena. ¡Hasta los perros pararon las orejas y observaron, maravillados, el repetido milagro! Paco miró la luna, lo miró a Lórquiz y le dijo: "Che, negro ¿qué te parece si vamos a peludiar? ¡Meta! —dijimos varios y nos fuimos para las casas a buscar los trebejos.

Ya la luna estaba en su esplendor y los vecinos, en sillas bajas o improvisados asientos, a las puertas de las casas, comentaban los sucesos del día. Los viejos restañaban las heridas, los niños jugaban y los jovencitos, entre tímidos y azorados tejían el eterno romance del amor. La vida seguía su curso y la gente nacía y moría en la paz de los campos y el trajinar de las cosechas. Atravesamos el pueblo en dirección al norte; íbamos a la estancia de Boero, a un alfalfar que estaba cerca de las isletas de chañares que circundaban a un viejo molino Guanaco que llenaba de fresca un tanque australiano y a cuyos bebederos acudía la hacienda mayor y cerca del cual las aves (los pájaros de Dios) hacían sus nidos, empollaban sus huevos y alegraban el mundo con sus colores y sus cantos. ¡A esas maravillas íbamos... a buscar otras vidas para alimentar las nuestras... Siempre me resultó difícil entender a Dios!

Cuando dejábamos atrás las últimas casas, las ventanas apagaban sus luces. Algún gallo hacía su anuncio y los perros, en atareada porfía, anunciaban el paso de los intrusos. Cuando saltamos el alambrado de la estancia y nos internamos en las isletas, los añorados olores nos hincharon los pechos: el olor al coirón y el chañar, el perfume de la alfalfa; el llamado de la tierra arada, el chistido de alguna lechuza que se empeñaba en proclamar sus dominios; el escabullirse de la alimaña entre los yuyos; la hediondez de alguna osamenta y el fuerte olor del zorrino que ejercitaba su defensa, eran gracias que Dios prodigaba a nuestros corazones. Despacito y callados, como en religioso acatamiento, llegamos al molino. Sin decir palabra nos zambullimos en las frescas aguas. La ropa, sobre los yuyos, proclamaba su estúpida condición de estorbo. Luego nos vestimos y encendimos un fuego, calentamos agua y nos pusimos a matear y comer galleta. El fogón se animó de fantasmas y extraños ruidos que venían del chañaral. Yo cobijé mis temores en un disimulado cariño a Capitán que, pobrecito, olía a zorrino que apestaba. ¡Esa cosita hedionda que me miraba entre enmarañados pelos llenó mi corazón de dicha y, por lo bajito, le pasé un pedazo de galleta, pero, ¡era muy grande el olor a zorrino! —así que, por lo bajito le dije: "Vaya, Capitán". Parece que el pobre entendió el imperativo porque, colita entre las patas, agarró para los yuyos y no volvió hasta que lo llamamos.

Como a las dos de la mañana, que es cuando salen los gordos, salimos a peludiar. La noche fue buena y volvimos para las casas con tres bolsas mediadas de peludos. Cuando regresábamos a las casas el sol se asomaba por sobre los chañares. El pueblo a lo lejos despertaba. Algunos humitos se elevaban de las chimeneas. Al cruzar frente al tambo de Muñoz se notaba que hacía rato ya habían inaugurado el día.

# EL MINERO

*Para Oscar Basanta, que en dura porfía con la vida busca una estrella de cuarzo, donde hay un arcoiris, donde hay un tesoro, donde hay un duende, donde hay un ángel... donde están todos los diablos.*

**P**odía ser como el caballo en la pradera, como el pez en el agua o como el ave en el aire! Pero, dejó todos los halagos y eligió la escarpada senda de querer ser alguien! Arriba, en el país del sol, del aire y de las lluvias quedaron las finas ferencias de sus ancestros. El gusto de ver crecer la planta; abrirse la flor, cantar la acequia. Dejó atrás la felicidad del hijo en las rodillas o a caballito en la alpargata. Desestimó el placer y la seguridad de un cuerpo tibio de mujer bajo el jergón del catre en la noche fría y estrellada de los mineros. Todo lo dejó en su porfía; él quería una estrella de cuarzo y adentro un arcoiris y un tesoro y un duende y un ángel... ¡y todos los diablos! Y mucho me temo que el minero va a conseguirlo todo; y mucho me temo que para conseguirlo todo, el minero Basanta tenga que darlo todo. ¡Todo! El boliche de Dios es cosa seria y todo hay que pagarlo al contado.

**M**ientras, cambia su tiempo, que no vuelve, por la vejez, que no espera. Pero la persecución de un sueño es tenaz y despiadada y de los socavones del alma, la señal del cansancio, las arrugas surgen a deteriorar el esplendor de la juventud. Los ángeles dan sus señales y si el hombre no las interpreta, el ángel se vuelve negro. No hay otra Ley: Dios fue piadoso y tuvo misericordia. Perdonó la desobediencia del Ángel renegado y lo dotó del libre albedrío para que él fuera su propio arquitecto y quien desoye el mensaje está condenado a los abismos (socavones) donde todo vuelve a empezar. Salvo, claro está, que el que desoye la Voz, sea un enviado del Señor en busca de una estrella y aquel que rescata una estrella del fondo de la tierra y la coloca en la majestad del cielo será apreciado y tenido en cuenta. Porque colocar una estrella en el cielo no es cosa de todos los días y eso Dios lo sabe. Alguien alguna vez soñó una estrella brillante y cavó hasta el fondo de la tierra donde la sílice, que es tiempo, y el sol que es vida elaboraban un milagro: Una estrella de cuarzo. ¡Todos los mineros del mundo saben esa historia. Algunos salen a buscarla!

**E**n La Toma, localidad minera de San Luis, hay un monumento al minero (dicen que es el primero o el único en el país). El monumento, un monolito con una cara pulida, tiene, burilado el poema *Minero Riquelme*, obra del poeta sanjuanino Jorge Leónidas Escudero. Ubicado en el centro de la plaza sirve como atracción turística, lugar de reunión y comentario de los vecinos y recordación de todo acontecimiento relacionado con la minería. Esa obra es un justo homenaje al sufrido y olvidado trabajador minero y fue imaginada, gestada, gestionada, financiada y donada a la municipalidad de La Toma por el minero Oscar Basanta (a quien recuerdo en esta nota) como un homenaje al minero y al poeta y amigo Escudero. Basanta es un minero, es pobre y trabaja, jornalizado, en la extracción

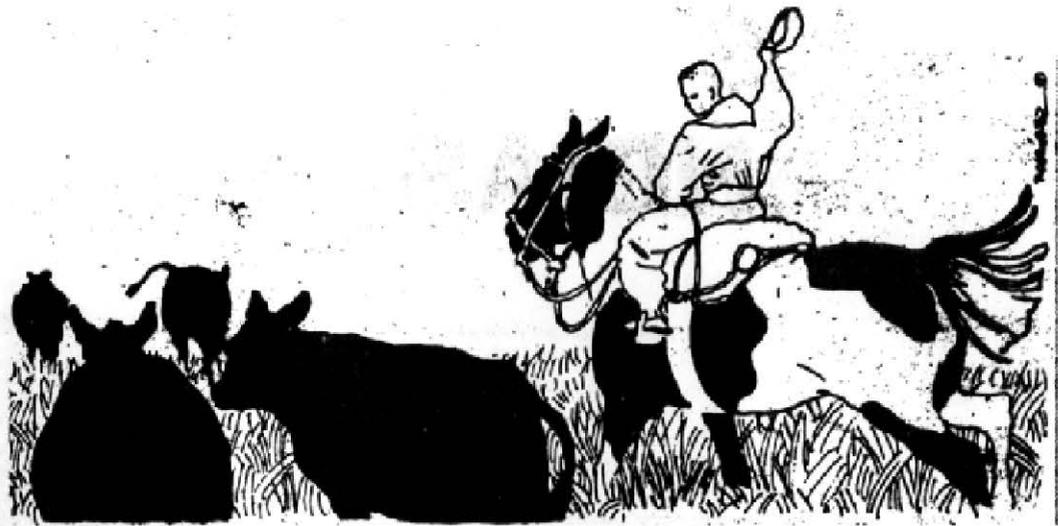


de minerales. Pero Basanta, además de minero busca una estrella y ¿quién le dice que esa obra no sea una de las puntas de la estrella?

**O**tra punta de la estrella puede estar en el arcoiris de las lágrimas que derrama Basanta cuando en el boliche, los viejitos mineros, el día de pago, espesan el aire con el humo del cigarro y solivantan el ánimo con la magia del vino, mientras las enronquecidas voces de la silicosis hienden el aire de la noche con el embrujo de la tonada. Yo lo he visto llorar y besar a un viejito que lloraba y nunca sabré si eso ocurrió o era la otra punta de una estrella de cuarzo. Otra vez subimos a donde el cóndor queda abajo, en las esquivas guardas del tungsteno y lo he visto acariciar la piedra, como pidiendo disculpa, antes del golpe de la pica, develadora del hallazgo o el fracaso. Y nunca sabré si era otra punta de la estrella.

**L**uego, descolgándonos de la majestuosa altura de Arrequequín lo he visto dilatar con fruición y ancestral avidez las fosas nasales ante el regalo de los balsámicos olores de los yuyos serranos a la vez que iba diciéndome sus nombres y sus propiedades y en las vegas de los ríos de altura, detener la marcha del destartado camioncito para extasiarse ante el espectáculo del airón de la cortadera, cacique de esas delicias y esos abandonos. Y lo he visto dejar en los bancos de la minería sus bolsitas del pesado mineral como quien deja a un amigo en el bar y va a comprar cigarrillos. Después lo he visto que no sabía qué hacer con el cheque... y sin el mineral.

**Y** nunca sabré si todo eso fue así o era, apenas, una puntita de la estrella que, Basanta, mi amigo, anda buscando.



## LA PATRIA

Yo había salido a campear unos animales que en la esquina del chañar habían roto el alambrado y, seguramente, andarían por el Cañadón de las Totoras, distante un par de leguas de la chacra. El overo nochera, Pepermint, a tranquilo corto y lento parecía que olfateaba el destino de los extraviados, porque de vez en cuando detenía el paso, alzaba el cogote, paraba las orejas y recorriendo las soledades con la vista, reanudaba la marcha. Yo confiaba en que el animal, con su instinto, me llevaría hasta los perdidos y lo dejaba hacer. Me dejé estar sobre el recado y, como acariciando la mañana me entregué a amar las cosas, esas cosas tan distantes y tan sentidas: Las negras isletas de chañares que se perdían en la curva del horizonte. Las aspas de algún molino que subían o bajaban a medida que yo descendía o repechaba una lomada. De vez en cuando, el casco de alguna estancia emergía de entre un verdor de pinos y eucaliptos y las blancas estacadas de los corrales para la caballada fina, anunciaban el afincarse de algún gringo que ponía los primeros jalones en el avance sobre el desierto y los primeros alambrados que delimitaban el despojo al indio. ¡A la patria —pensé yo— como las flores raras, como la flora vallosa, hay que abonarla con estiércol, hay que echarle mierda!

Con unos talonazos apuré al Pepermint que del paso lento pasó al tranco largo y agarró, resueltamente, en dirección a la cañada. Las flores del Santamaría que bordeaban el camino eran como amarillas mariposas en la cresta de los yuyos y el florecido cardo desgranaba al aire su pompón de panaderos, sembrando, a la rosa de los vientos, su eterno mensaje de soledad y lejanía. Miré como embobado al sutil vilano y no alcancé a comprender su tesonero empeño en sembrar soledades en los campos del olvido. Una lechuza, desde un palo del alambrado me miró al pasar, torció tres cuartos de cogote y me dejó ir. Se ve que la lechuza había puesto en mí el mismo interés que yo había puesto en el cardo: «¡Animalitos —me dije— animalitos entre los yuyos, eso somos! Y como si hubiera dicho una sabiondez mi pecho se infló de orgullo; le di un rebencazo al Pepermint y al galope agarré para la cañada que se divisaba al fondo de la loma. El overo, a lo lejos reconoció la hacienda que campeábamos, pegó un relincho y, solito, como quien sabe su trabajo, dio un rodeo, se ubicó en la parte de atrás de la tropillita y empezó su faena de arrearlos para la querencia. ¡Yo iba de yapa no más y, para justificar mi inutilidad, me saqué la gorra y de vez en cuando la revoleaba en el aire y un ¡é! ¡é! ¡é! acompañaba mi zanca! No era cuestión de dejarme basurear por el Pepermint.

Pasada la media tarde, al doblar la esquina de la estancia de Crespo, la tropillita divisó el callejón bordeado de paraísos que

llevaba del camino a las casas. Ver el camino y desbandarse las bestias fue una sola cosa y salieron en desordenado tropel en busca del fresco bebedero y los misteriosos halagos de la querencia. ¡Igual que los seres humanos —pensé— toda la vida dependerán del olor de sus yuyos y las tetas de sus madres!

El sol, entre púrpuras cúmulos, se dejaba caer en la inmersidad del oeste, justo sobre mi pueblo, Huinca Renancó, que al otro día, sábado, estaba de romerías españolas. El corazón me dio un vuelco de alegría; rápido acomodé la tropilla en el potrerito de aifa; desensillé al Pepermint; con un jarrito con agua le lavé el lomo, lo melé en el corral cerca de la pesebrera y me fui para la cocina, a tomar mate y rendir cuenta de mis andanzas. Mientras me acercaba, saboreé el gusto de la entrevista con mi patrón, acomodé el paso a la importancia de la ocasión y entré a la cocina ¡Dentro de mi pecho, a los empujones, un gauchito quiscudo trataba de desalojar al gringuito pecoso, ojitos azules, que andaba intruseando en esos dominios!

Temprano me agarró el sueño y caí en los jergones como un pajarito de un hondazo. El olor de las guamiciones ensebadas llegaba a mis narices como una bendición del cielo.

A otro día en el pueblo estuve de romerías, bombas, bandas y pasteles. Todo el gringaje de leguas a la redonda caía al pueblo a caballo, en sulkys, charrentes y forcitos T. El Prado Español estaba lleno de luces de colores, gallardetes, banderas y serpentinas y el estruendo de las bombas y el olor de la pólvora alegraba a los chicos y asustaba a los perros. Los romeros, de todas las razas empezaron a tender manteles en la hierba y a desplegar manjares y bebidas. Se intercambiaban brindis y bocados y, como diez idiomas festejaban una sola alegría: el gozar América y una sola tristeza: los huesos de los abuelos y el amor de los padres allá, al otro lado del mundo. De pronto el roncón de una gaita echó al aire su quejido y la jota gallega atronó la noche. Mis padres, en la pelada pista levantaban nubes de polvo y volaban por el aire.

En un claro de la música vi los ojos de mis padres: nadaban en lágrimas. Las rías de Arosa, las andurriñas de Rosalía y las filloas de Betanzos andaban por Huinca. Yo sentí (aprendiz de gauchito) que un cardumen de plateadas sardinas del Cabo Finisterre gallegueaban en mi sangre. Sonreí para mis adentros y me dije: con estos gringos, con este trabajar y con esta alegría tenemos que hacer la Patria. Me quedé tranquilo, sabía que de estos cuidos iba a surgir una hermosa planta. Eché mi cabeza en el pasto y un frescor de yuyos americanos me llevó al sueño.

# LAS SANDIAS

**E**l aire, caliente, retumbaba de chicharras en aquella siesta de enero.

Como a la una de la tarde habíamos salido de la ciudad y, por la calle 9 de Julio entrábamos a Santa Lucía. Pasada la plaza del departamento, tomamos un callejón de tierra bordeado de plátanos y empezamos a transitar las primeras viñas y quintas del camino que nos llevaría a los baños del Chaparro.

Tres veces atravesamos los meandros de un canal que, aprisionado entre prieto cañaveral guiábanos a la estrecha senda que conducía al dique Bello. Alguna lagartija, de vez en cuando, en los bordos de una acequia tomaba el sol y, al vernos, corría despavorida a la oscuridad de las viñas y al refugio de la cañota; la ibiña festejaba el estío en un prolongado y monótono grito. En el reverberante horizonte del este, el croar de las ranas anticipaba el frescor de los nacederos y el verdor de los berros.

**E**ramos tres muchachos y todo el mundo y el tiempo por delante, pero entre ese mundo y ese tiempo se cruzaba la quinta de don Jacinto y, lo que es peor, esa quinta estaba llena de sandías. Don Jacinto cultivaba allí unas dos hectáreas de arenosa tierra, especial para sandías y melones que, eran orgullo de don Jacinto y manjar codiciado en la feria municipal y ¡Qué podían hacer tres muchachos ante una chacra de sandías y en plena siesta!

Como al medio de la chacra había un rancho de adobes con una galería o ramada de pájaro bobo. Bajo la sombra de la ramada y en un catre de lona, don Jacinto solía dormir la siesta y con un ojo descansaba y con el otro vigilaba el sandía y los melones.

Nosotros, conocedores de los hábitos del turco repetimos lo que ya habíamos hecho en varias oportunidades: yo y Julio, tomamos por la parte delantera de la finca y el otro se escurrió por la parte de atrás.

Con Julio (los de adelante) nos trezamos en una acalorada discusión que llamó la atención de don Jacinto, quien se dio vuelta en el catre y empezó a observarnos a nosotros que aminoramos el paso y hacíamos movimientos sospechosos para que no nos quitara la vista de encima, mientras el otro, Rafael, por la parte de atrás se escurría entre el alambrado y, muy campante, se alzaba con dos sandías hasta meterse en un viñedo vecino.

Nosotros entonces apresurábamos el paso y en un callejón de la vuelta nos reuníamos a comer las sandías. ¡Qué deleite, hincar los dientes en el dulce y apretado corazón de la sandía! Hasta hoy, cuando lo recuerdo, se me hace agua la boca.

## El Chaparro

**T**omamos un callejón trillado por las huellas de los carros y que desembocaba en las cercanías de los baños del Chaparro. A la orilla del callejón había dos frondosas higueras, a la sombra de ellas hicimos un alto y partimos la otra sandía que salió amarilla y medio "verdona".



Decidimos cruzar un alambrado y en un viñedo vecino arrancar unos racimos de uva criolla que estaba en sazón; refrescamos las uvas en una acequia, nos mojamos las manos y las caras y, a paso ágil, apresuramos el andar. El sol quemaba y la proximidad de los baños impacientaba los cuerpos.

Al final del callejón, como a quinientos metros, entre unas higueras, dos carolinos y unos sauces, aparecieron los baños del Chaparro; ya nuestros pies se refrescaban en los regachos de fría y cristalina agua que manaba de los nacederos. Los primeros berros verdeaban el paisaje.

La edificación de los baños era muy precaria: con adobes, bolsas de arpillera y totora se había improvisado unos reparos en torno a los nacederos, los cuales, excavados, formaban una especie de tinajas donde la gente se bañaba y refrescaba.

En verdad, el principal entretenimiento lo constituían los grupos familiares que, con sus asados y canastos, amén de abundante vino, formaban alegres reuniones bajo las higueras y los carolinos. No faltaba algún payador y guitarrero que rendían el tradicional culto sanjuanino a la tonada. Recuerdo a un viejito de bombachas, camisa y pañuelo blancos y sombrero negro que cantaba "El alamito" y luego "Pobre gallo bataraz" de Gardel y Razzano, estilo que arrancó nutridos aplausos de la concurrencia y también algunas lágrimas, pues hacía escasamente unos meses que Gardel se nos había ido en Medellín.

**N**os dimos un prolongado y refrescante baño. Alguien nos convidó unas empanadas frías, otro unas tajadas de melón y desde distintos grupos abundaron los convites del "patero caserito", hasta unos mates ligamos, y creo que uno de mis compañeros empezó ese día en ese lugar a tejer un romance que, años después terminó en casorio.

A todo esto, se nos vino la oración encima. Nos despedimos de la gente y tomamos un callejón que nos llevaba a la ruta.

Cuando llegamos a la ciudad, chata, ocre y tan amada, los arboles del poniente la teñían de un naranja tierno y espeso.

Los cuerpos, agradecidos, gozaban de una intensa paz. Los músculos, todos, cantaban al gozo de vivir un día perfecto.

# LA ADELFA

Acá se llama Laurel de Flor u Oleandro. En España la llaman Adelfa. Es una planta muy común en Andalucía que está en los caminos y los campos y que se cultiva en los jardines; tiene flores grandes y llamativas, de color blanco, rojo o rosado. Dicen que olerlas hincha la nariz y que su sombra es mala. Pero, es una planta muy hermosa y, como las mujeres hermosas, no está hecha para olerla y gozar su sombra, la Adelfa, como la mujer hermosa, está hecha para mirarla y quererla... y otras sutilezas, viejas como el mundo, que no vienen al caso.

Malos vientos soplan en Argentina. Desde hace tiempo las cosas no andan bien. Las cuentas no cierran y los deberes no salen. Se vive con la angustia del desarraigo. Como si fuéramos proscritos de nuestra propia tierra. La Argentina que habíamos soñado es nada más que eso: un sueño. Peor: una pesadilla y lo trágico del caso es que nos estamos muriendo de hambre dentro de una panadería. Que alguien venga y me lo explique, yo ya no entiendo nada ¿Qué hemos hecho para merecer este castigo? ¿Qué fue de aquel sueño de la infancia y la juventud? ¿Qué de aquellos trigales, las pampas del maíz y el alfa y el puro animal y el majestuoso vuelo del pájaro? ¿Qué han hecho con el sueño de nuestros abuelos y nuestros padres? ¿Quién dará cuenta a Dios y explicará ante los huesos queridos lo absurdo de nuestro fracaso? Nada de todo ésto me explico; mi viejo corazón tiene ganas de llorar y mis hijos y mis nietos, que navegan en mi sangre me lo impiden. Pero, el corazón del hombre tiene un límite: el cansancio. El cansancio, que es la jubilación de Dios. Después viene la muerte, pero de eso nos va a sobrar tiempo para hablar. La eternidad es una larga conversación de las sombras en la búsqueda de la luz.

Yo planté una Adelfa en el patio de mi casa. La planté un día en que unos hijos y unos nietos se me fueron para España: ¡Sí, se me fueron para España, porque acá, donde están los huesos de los abuelos y la angustia de los padres ya no se podía vivir! ¡Y ahora me da en los cojones preguntar: ¿quién echó mis semillas de mi tierra? ¿Por qué otro suelo, otras aguas y otro sol? ¿Y qué hace uno con esta tierra abonada con el amor y la esperanza, donde debían crecer y florecer los nietos? ¿Qué hago con estas sementeras, se las doy a los yuyos... al palán palán? ¿A quién pregunto para que me dé cuenta? Tal vez los abuelos de los abuelos, los que quedaron en España cuando sus nietos vinieron para Argentina puedan dar cuenta. Ellos en su tiempo vivieron nuestras angustias y nuestros dolores.

La Adelfa que planté la riego con asiduidad y esmero y con Chachy, mi mujer, nos miramos en ella. Esta es de flores rosadas y desde la base parten cuatro troncos, igual que mis nietos y los hemos bautizado Meli, Luchy, Luisito y Emilce, igual que mis nietos. Y por la planta sabemos cómo ellos están en España. Y sabemos cómo sufren y cómo crecen.



Ahora estamos, con Chachy, esperando que florezca (sabemos que acá no es tiempo de florecer, pero, también sabemos que en España es la primavera y que sí es tiempo de florecer) y, como mis nietos están allá florecen con la primavera y como la Adelfa, que está acá y esta Adelfa son mis nietos, es lógico que florezca ahora. Tal vez todo esto no parezca muy claro, salvo, claro está, que se tenga una Adelfa en San Juan y unos nietos en España... y entonces la cosa empieza a entenderse. Claro que si usted quiere entenderla con el entedimiento no va a entender nada, en cambio si deja que entienda el corazón le resultará todo clarito... y lindo.

Y así con mi mujer tomamos mate y miramos la planta y conversamos con los nietos y algunos dirán: ¡estos locos! pero, yo les digo: el que tenga nietos en España plante una Adelfa y verá cómo los tendrá al lado. Claro que a esa Adelfa hay que regarla mucho y mirarla y quererla. Y entonces ocurrirá como un milagro, como si las raíces de la Adelfa empezarán a crecer y crecer y crecer hasta llegar a España y allá, en España (precisamente en Vélez, Málaga) esas mismas raíces echan otra planta y ¡ya está! se produce como un teléfono del alma y usted puede hablar con los hijos y con los nietos como si nada hubiera pasado y hasta puede darse el lujo de llamar y decir: ¡Hola ¿Vélez, Málaga? ¡deme con el alcalde! ¿sí, con el alcalde? Acá de Argentina, le hablo para recomendarle que cuide de mis nietos, mientras, nosotros acá, cuidaremos de sus abuelos! ¡Y ya está, y no hemos echado ninguna ficha ni pagado ningún pulso! ¡Cosas del corazón! Y de unos nietos y una Adelfa.

# SANTOS GUAYAMA

**V**ivió para cultivar el coraje, que tal vez sea la más alta expresión del miedo. Fue la rebeldía y el resentimiento y un ejemplo de libre animal espantado, de fiera herida.

Pareciera ser que esas pasiones bastardas sirvieran para crear el mito y la adoración. La verdad es que Santos Guayama anda en la leyenda y los fogones y ya es parte de la fisonomía de un pueblo. Ya algunas esporádicas luciérnagas de sebo alumbran su recuerdo.

Santos Guayama nació en las lagunas de Guanacache. Su madre fue una sufrida mujer de pueblo, curtida por las labores de la pesca y las preocupaciones de la crianza de su niño, que, a colegir, pareciera que no fue nada fácil sacarlo adelante. De su padre poco se sabe y, tal vez sea mejor, no averiguarlo.

Era el tiempo de las montoneras bravas y el muchacho se fue criando entre la sangre, el dolor y la necesidad. La contemplación de las breves y fugitivas espadas del pejerrey de Guanacache deben haberlo inducido al manejo del cuchillo y la disciplina del visteo. Al hacerse grande abandonó los peces y se plegó al cuchillo.

Anduvo en bravas tenidas acompañando los hombres que, en empecinada porfía y abundante coraje, pretendían darnos una patria y que andando el tiempo, montonero por medio y excipiente disciplina militar, parece que lo consiguieron. Santos Guayama fue un rebelde y se le puede imaginar obedeciendo al caudillo de turno añorando el espacio que es escenario del hombre libre.

**E**l resentimiento de la esclavitud; el obedecer órdenes de otros y entrar en "cargas" ajenas a su instinto, deben haber hecho a Guayama un cerril y angustiado puma del desierto sanjuanino. Debe haber añorado la libertad de los montes, el espejo de la laguna y la intimidad y refugio de los matorrales de totoras y tamariscos laguneros. Debe haber sido un hombre desdichado; llevaba la marca de los libres y padecía el más cruel de los tormentos. ¡El ansia de libertad! Pobre Santos Guayama, se equivocó en

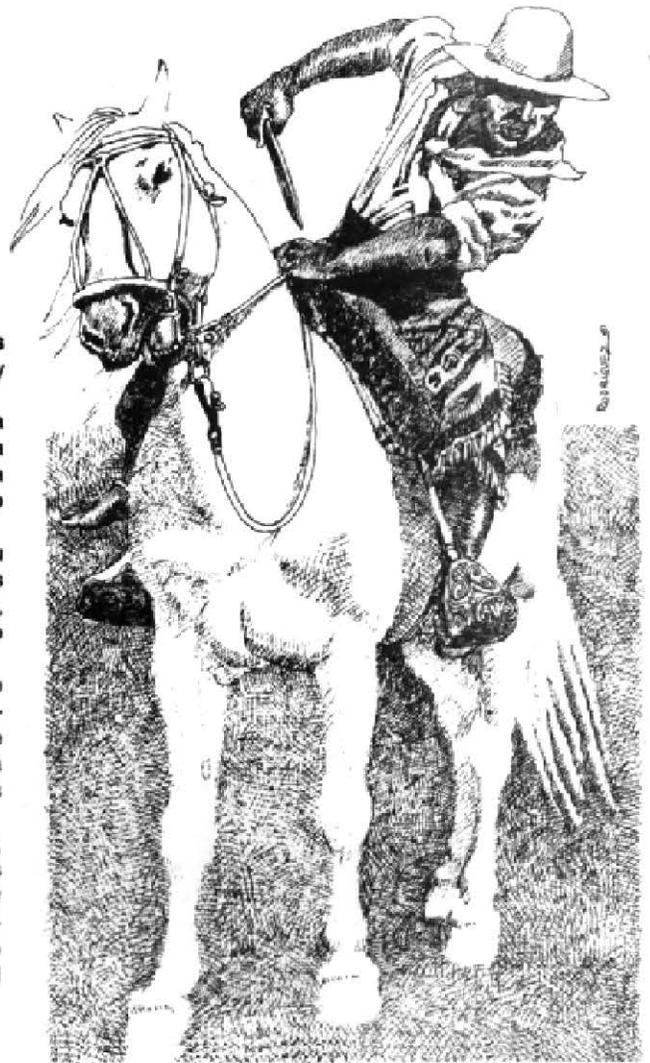
la elección. Cambió el apacible juego del refucilo de escamas por el brillo corajudo y "macho" del facón.

¡La patria entonces era joven (tal vez aún no lo era) y había que fundarla a punta de cuchillo! Sí, señor, así debe haberlo entendido Santos, y ahí andaba, enriendado a su destino! El gaucho, el pobre; es un manejo de las circunstancias y la adversidad. ¡Elegió el coraje y el coraje tiene un solo precio: la vida!

## Cura Brochero

**E**ntre otras cosas de piedades, José Gabriel Brochero, cura serrano de Córdoba, piadoso sacerdote que ayudó a la independencia, repartió bendiciones, se hizo amigo y protector de los desvalidos, ayudó en algunas ocasiones a Santos Guayama y "le puso" su nombre a la actual Villa Cura Brochero.

Los descarríos de Guayama hicieron buenas migas con la piedad del sacerdote y de ello nació una amistad que ennoblece la larga noche de la montonera. Santos Guayama, ya cansado de correrías se refugió en las largas mateadas con el cura amigo y se llamó al silencio y refugio de los médanos.



Varias veces fue apresado y varias veces fugó de la precaria justicia; Abjuró del orden y buscó, entre sus pares, los bandoleros, la errabunda peripecia del guacho ¡Quien vive en el desierto afina su disposición de tigre!

Así las cosas: El padre Brochero, consiguió del gobierno de Agustín Gómez, la promesa de la amnistía y el perdón si se presentaba el proscripto. Brochero comunicó a su amigo Guayama la novedad y lo convenció para que se entregara a la justicia y el orden. Dicen que Guayama participó a Brochero su desconfianza en la palabra del "gobierno" y que, no obstante, desoyó el rumor de su instinto montaraz y, conjuntamente con sus huestes emprendió el camino a la ciudad y la promesa.

**G**uayama y sus gauchos, fueron internados en el fuerte de San Clemente, sometidos a sumarísimo juicio y fusilados. En el duro pedregullo del patio de San Clemente, los cuerpos de Guayama y los suyos, parecían rosas pisoteadas, rosas de rebeldía echadas al azar del tiempo, que es quien debe juzgarlas y dar el definitivo veredicto. Corría 1878.

Dicen que la felonía oficial afectó en tal manera al cura Brochero que se enconaron los males que padecía y al poco tiempo murió.

La imaginación popular que es creadora de mitos, insinúan que Martina Chapanay, también lagunera, y Santos Guayama, tuvieron algo que ver con un romance para el lado de las lagunas. Romance que se hace difícil creer, pues, si bien contemporáneos, cuesta imaginar al tigre entregado a las dulzuras del amor.

**Santos Guayama ya es parte del folclore y la leyenda y, quérase o no, fue un desatado coraje en el desierto y una ráfaga de particular justicia en la injusta y tal vez necesaria barbarie de la época.**

# LA LANGOSTA

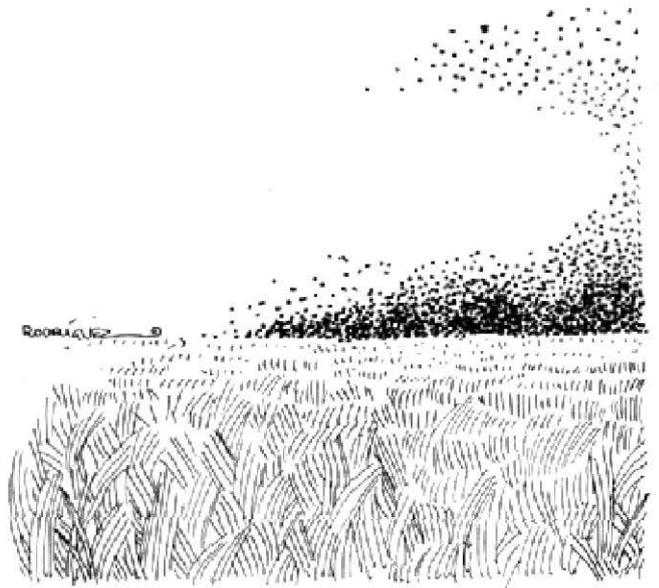
**E**día era bochornoso. Un viento suave y caliente había soplado del norte y elevado la temperatura a una marca desusada. *El almuerzo de ese mediodía lo habíamos hecho bajo unos paraísos, cerca del molino.*

Era domingo y eso le permitió a mi padre una horita más de siesta. A media tarde mateábamos todos, mis padres sentados en las sillas bajas y los muchachos sobre la gramilla y enfrente de la huerta. ¡La huerta!. ¡Estábamos orgullosos de ella!. Era el fruto del trabajo de toda la familia y de los descansos de papá, que los ocupaba en sembrar y aporcar surcos y regar plantas, con una bomba de mano y el agua transportada por los muchachos en horas libres. El agua se llevaba en pesadas latas de veinte litros que habían contenido nafta.

**Con esos rudimentarios medios teníamos una huerta que era la envidia de los vecinos y el sustento de la casa.** En eso estábamos, contemplando el verde de los árboles, el color de las frutas ya en sazón, la lozanía de las verduras de boca. De vez en cuando algún canto de chicharra rompía el silencio de la tarde. El aire estaba quieto y había amainado el calor del mediodía. Alguna urraca, desde la cima de un eucalipto parlotaba incongruencias y oteaba el horizonte que, hacia el sur, se había vuelto demasiado quieto y presagioso. La mirada de mamá, tierna y pacífica, miraba la quinta y de la quinta volvía la mirada a mi padre que, con la tabaquera entre los dedos anular y meñique, liaba un cigarrillo de tabaco negro; encendía el yesquero y sorbía una inmensa pitada que luego exhalaba suavemente. *En sus ojos azules se reflejaba la satisfacción del ser simple que cumple con sus trabajos y cría sus hijos.* Por un instante se cruzaron las miradas de los viejos y era como si la gloria se hubiera detenido en el aire, entre mate y mate.

En eso el aire se quedó quieto y amenazante. Los perros y las gallinas empezaron a inquietarse; el gato, corrió de las faldas de mi hermana y se internó en la casa. Muchos pájaros venían del sur y en inmensa bandada volaban para el norte; a esa bandada se agregaban los pájaros de nuestra quinta. ¡Las chicharras callaron en seco! ¡Un zumbido lejano agitaba el cielo! Lanzados como un resorte, todos nos levantamos a la vez, corrimos hacia cielo descubierto y escudriñamos el sur. ¡Una interminable manga de langostas, espesa, atronadora, amenazante, se nos venía encima! Mi padre gritó. **¡Muchachos, las latas rápido!** Mi madre se había echado a rezar. El cielo ennegreció y un temor ancestral paralizaba nuestros corazones.

**C**orrimos hacia las casas; unos tomaron unas latas de



riego, otro una olla, una sartén, cualquier cosa que hiciera ruido y con ramas cortadas de un paraíso hicimos unos palos y empezamos a batir improvisados tambores hasta atronar el aire *de la tarde. Hacia el sur de la quinta cayeron las primeras langostas.* Caían pesadamente y se posaban sobre el follaje de los árboles, o tocaban el suelo con un golpe seco y apagado o ayudaban al rudo cuando rebotaban contra las latas que hacían de tambores.

La manga pasaba alto, pero, la cola se posó sobre nuestra quinta y a lo largo del pueblo, todo era una masa verde masti-cando y avanzando lentamente. La plaga había abarcado hasta donde la vista alcanzaba. El atronar de las latas y tambores había sido inútil y fue cesando paulatinamente a medida que comprendíamos que ya no valía la pena. Un rato después ya no se escuchaban los tambores. **¡Salvo el de algún niño pequeño que se entretenía redoblando y extasiado ante las langostas!**

Sudorosos, abatidos, la familia había dado término al desesperado esfuerzo y se fue reuniendo en el patio de la casa. **Mamá preparó una sangría que, al beberla, era como un bálsamo de frescura y sosiego. Papá, afirmado a un eucalipto, contemplaba el desastre y su mirada se perdía, lejana y sola; pensó que en esos momentos debía estar junto a las rías de Ferrol en su amada Galicia.**

De a poco empezaron a alzar vuelo las langostas, para luego elevarse en una espesa nube siguiendo el derrotero del norte. Algunas gallinas correteaban a las retrasadas y de un certero picotazo las engullían. *La urraca venía del lado del cementerio y se posó en el eucalipto; el gato contemplaba con curiosidad una langosta y quería jugar con ella.* Mi padre contemplaba la devastación. Había desaparecido el verde como si hubiera pasado un invisible invierno. Las ramas de los árboles, sin hojas y raidas parecían extraños fantasmas. La huerta, literalmente había desaparecido.

Allí estuvo mi padre como una hora. Miraba el desastre. **De pronto enderezó para el galpón de las herramientas y salió de él con una azada al hombro, llegó a la quinta, se salvó las manos, tomó el azadón y se puso a abrir un surco.** Mi madre lo miraba; sacó un brasero al patio y se puso a preparar la cena. *Los muchachos, con rastrillos, limpiábamos la huerta de raíces, tocones pelados y langostas retrasadas.*

Al caer la noche estábamos cansados y en torno a la mesa se comentaba lo sucedido como si perteneciera a un lejano tiempo. **La familia estaba en marcha; nada había cambiado. Mamá hablaba de criar un cerdo y papá de plantar maní "que ahora era el tiempo".** ¡No había pasado nada que no remediara el trabajo!



## LA URPILA

Desde la alta cumbre del poder oteaba el debastador cernicalo. En los bajos valles, donde el amor se hace nido, arrullaba la tímida urpila. El aire (transparente de luz) de Catamarca, se llenó de raudas sombras del color de la muerte. El cernicalo buscaba a la urpila. La urpila acalló su arrullo y se hizo un plumoncito de miedo. Sobre ese miedo, sobre esa inocencia cayó el cernícola. Toda Catamarca enmudeció de espanto. En el aire puro, transparente de Catamarca, hubo un razgón de sangre.

*¡María Soledad perdió la voz!*

*En una salamanca del cerro  
un aquelarre de cernicalos  
llamaban las tinieblas.*

*¡María Soledad perdió su voz!*

*El silencio marchó por las calles  
la gente, en silencio, marchó por las calles.  
Las calles tenían vergüenza  
la gente tenía vergüenza.*

*¡María Soledad perdió la voz!*

*La gente toda,  
toda la gente de Catamarca miraba para el cielo,  
toda la gente miraba para el cielo  
y pedía la voz de María Soledad.  
Toda la gente, en silencio  
esperaba justicia.*

*¡Oh, María Soledad, la justicia es lenta!*

El día uno de diciembre hubo elecciones en Catamarca. La gente en silencio, puso en las urnas la voz recuperada de María Soledad. La gente del silencio; las calladas voces de Catamarca, recuperaron la voz de María Soledad. Cada uno de los votantes, en silencio, recuperó un pedacito de la voz de María Soledad. Un nuevo ángel, en el cielo se une a las voces que recuperaron la voz de María Soledad.

*¡La justicia es lenta, pero llega, Oh María Soledad!*

*En la salamanca del cerro  
una flamígera, justiciara espada  
ahuyentó los cernicalos de la infamia.*

*En la noche del domingo  
los cernicalos se perdieron en la sombra.  
¡El poder del silencio  
es un poderoso estruendo oh María Soledad!*

*Una viejita, de negro. De negro vestía la viejita,  
preparaba arrope de tunas  
y patay, preparaba, para María Soledad.*

*Otras, con celestes ceras hacían velas  
velas para María Soledad*

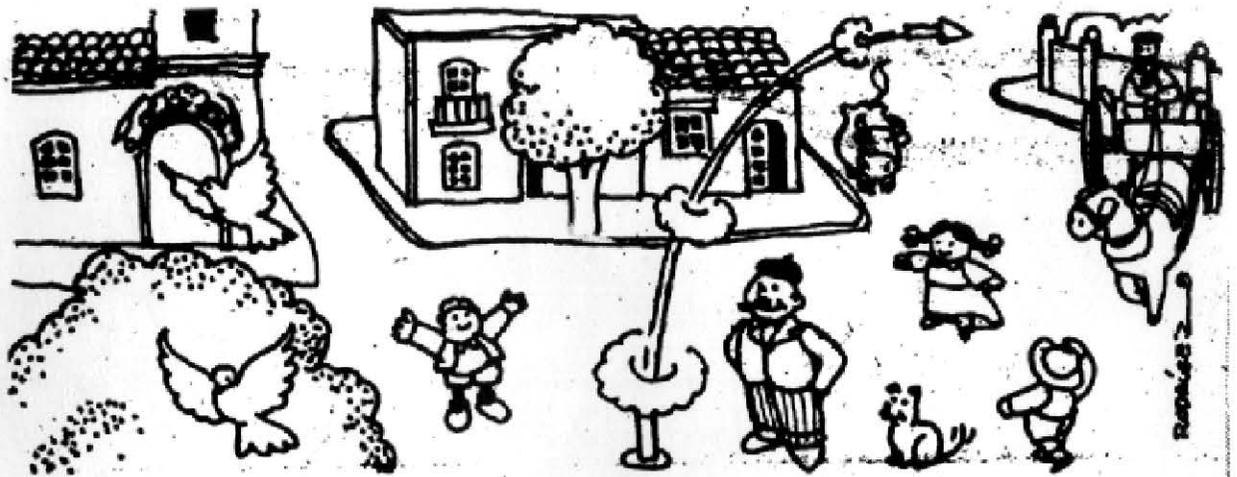
*¡Oh María Soledad!*

Un alto cielo sin cernicalos fue el cielo del lunes catamarqueño. Las urpilas volvieron al arrullo y un sol radiante borró el miedo que durante décadas nubló la excelsitud del valle. Las abejas volvieron a sus ceras y sus mieles y los peces, en el río, mostraron su brillante espada. Había acabado el miedo y todo volvía al esplendor de su forma y la plenitud de su esencia. ¡Malo es el miedo para vivir! El hombre necesita la libertad como el pulmón el aire. ¿Qué fortaleza anida en el corazón de una urpila, Oh María Soledad? ¿Cómo un simple corazón destrozado de una urpila puede barrer con cincuenta años de oprobio? Dios se vale de infinitos caminos para guiar a sus criaturas. El pueblo depositó en las urnas los destrozados fragmentos de la voz de María Soledad y de las urnas salió, magnífica e indomable la palabra ¡Libertad! Libertad, palabra loada que está hecha con el tesón, la fe y el silencio. Sobre todo con el silencio. El silencio de las marchas por María Soledad. ¡Oh, María Soledad, a quien mataron una vez y no morirá jamás! Así de simple, así de maravilloso.

*La urpila ya está en su valle.  
La gente ya le prepara  
el dulce arrope de tuna,  
bollito mojado en miel  
y el patay de la algarroba.*

*Oh, María Soledad,  
no estarás sola jamás.  
Ya sos la voz de tu pueblo  
y por siempre vivirás.*

*¡Oh María Soledad!*



# ¡MI PAPA ERA UN GRIEGO!

**M** padre debe haber tenido un ángel especial! Donde él estaba acudía la gente y se congregaba en su torno. El era el que anunciaba las noticias y, en cierto sentido, despertaba a la gente. Cuando él pasaba en medio de estruendos y luminarias la gente le preguntaba cosas: "¿Qué pasa Mariano?" Hoy hablan los comunistas y hay que escuchar a José Parellada y Domingo Acción. O anunciaba el comienzo de las romerías españolas o italianas. ¡Sí, mi papá era un Dios tonante que yo había visto en un libro, la "Historia de Seinogbos". Y ser hijo de un Dios Griego es un gran orgullo para cualquier muchacho, aunque éste sea de Huinca Renancó.

El asunto era así: Papá llegaba con la fábrica de truenos al hombro hasta la esquina de Ramón García, que era el almacén de ramos generales más importantes del pueblo. Ponía la fábrica en el suelo, justo en el medio de la calle, introducía en un tubo de hierro un misterioso paquetito; miraba para todos lados (que no hubiera niños cerca) se sacaba de los labios un pucho encendido de un Caporal La Mariposa, aproximaba la brasita a la punta de una mecha que tenía el paquetito, se producía un chisporroteo: la gente empezaba a mirar para arriba y los chicos a mirar a mi papá que, sereno, impávido, como cuadro a un Dios del Olimpo, desviaba, apenas la cabeza de la boca del infernal aparato, lo hacía como hace el torero (un buen torero) con el bravo Miura, que lo deja que el pitón le roce la faja para mayor lucimiento de la faena.

¡Bueno, eso son los toros, yo hablo de otra cosa! De ese caño salía zumbando una cosa que desparramaba chispas y que tenía mucha prisa, se elevaba a las nubes (si las había) y allá de golpe se abría en mil pedazos, lanzando fuego y humo y todo en medio de un estruendo que despertaba al pueblo, congregaba a la gente y espantaba a las palomas que, desde el campanil de la iglesia, en apretada y asustada bandada, daban dos o tres vueltas al pueblo y volvía a posarse en el campanil, aunque (presumo) con mucho temor y espanto como cabe en la cabecita de una paloma que está hecha para cosas de la paz y no de la guerra, que, si así fuera, no las llamarían palomas. ¡Carapintadas! las llamarían. La gente grande, que no entiende estas cosas, dice que ese aparato se llama mortero y que mi papá era un tirabombas y así le quitan toda poesía al asunto, que para eso sirve la gente grande para quitar la poesía. Pero los niños del Huinca de aquel entonces, sabíamos, ciertamente, que aquello era una máquina de hacer chispas y truenos y que papá era un Dios tonante que había venido de Grecia y por eso los niños seguían a papá y creían que el pucho era un enanito

del fuego que papá siempre llevaba en los labios. ¡Y los grandes que se dediquen a los carapintadas que los chicos están con las palomas!

Recuerdo esta vez a Troncoso, que era contador en una panadería que estaba más allá de la Casa Salgado, frente a las vías. Bueno, cuando le tocó la grande a Troncoso, llamaron a papá para que disparara tres bombas y así el pueblo se enteró que la grande había caído en Huinca y Troncoso era quien tenía el entero. Y todo el pueblo se alegró porque Troncoso "era un buen muchacho y gente de trabajo" que no es lo mismo cuando le toca a un rico "que no saben qué hacer con la plata y todavía quieren más". Eso ocurría en el año 1927 y el premio era de treinta mil pesos moneda nacional. Y para que usted se dé una idea de lo que entonces era esa suma, calcule que equivaldría a la "cometa" que un ministro, en nuestro tiempo, ganaría en un año. Así que el pueblo se alegró mucho y Troncoso, que estaba de novio, pudo casarse y a su futuro cuñado le regaló una bicicleta nuevita de carrera, marca Bianchi, importada y que Maidana (creo) el futuro cuñado, andaba por el pueblo meta compadrear en su Bianchi y nosotros, aún los hijos de dioses griegos, andábamos meta envidiarlo, que así es la vida.

**P**ero, lo más lindo de todo fue cuando llegó a Buenos Aires el Plus Ultra y no se hablaba más que de Franco y Rada y Ruiz de Alda y del otro que no me acuerdo. Pero sí me acuerdo que la colectividad española echó la casa por la ventana. En mi vida vi tirar tantas bombas, que a papá de tanto fumar para llevar el pucho encendido le agarró como un mal en los pulmones que mamá se lo curó poniéndole unas ventosas con alcohol de quemar que le dejaron la espalda llena de redondelas negras, como nidos de loro en un barranco. Y se hicieron romerías, y desfiles y actos alusivos y discursos y una demostración en un aeroplano de entonces y que el piloto casi se mata. Y en cada ocasión se tiraban bombas, así que papá se encontraba como el mismísimo Zeus en el Olimpo. Y de vez en cuando el Dios Zeus se hacía una escapadita al boliche de los Villarino y se "mandaba" un potrillo. Que el vino y el pucho siempre se llevaron bien. Y papá decía que el cigarro y los potrillos lo habían curado y no las ventosas.

El final fue que después de tres días de bombas, no quedaba una sola paloma en el pueblo y fue entonces que el cura Salguero hizo una procesión para que volvieran.

Y las palomas volvieron y fue un pueblo respetable, con su iglesia y sus palomas.

# FITO

**D**e Angualasto arriba, cerca de las sierras de San Guillermo y perdido en una quebrada, hay un caserío (no recuerdo el nombre) al que caí un día de julio de 1938. Era una sola calle angosta y con espaciadas casas de adobe. Había un (diríamos) bar, con algunas botellas; una fiambra en que se secaba medio queso de cabra y agonizaba un trozo de mortadela. Una especie de almacén le daba cierta pretensión de pueblo. Era un lugar olvidado por Dios, pues carecía hasta de una modesta capillita donde cobijar novenas y respuestas.

En ese bar, un galpón chato de anchas paredes de adobes sin encalar, me llamó la atención un personaje que acababa de llegar: era un muchachón alto y encorvado, donde la necesidad había cavado hondo; patizambo y descalzo lo vi llegar al solcito a caballo en un palo de escoba. Ponía un profundo empeño en guiar la insólita cabalgadura, que estimulaba con una gruesa vara de jarilla usada a modo de rebenque. Hizo como que ató el caballo a la rama de un algarrobo, luego, con un tierno y amplio ademán acariciando el aire como si fuera las ancas de un animal, dijo ¡Quietooo! Luego, anadeando, se arrojó al galpón, se sentó en el suelo, afirmando la espalda contra la pared, abrió las piernas y en la arenita caliente se puso a garabatear extraños dibujos. El sol fue amodorrándolo hasta que se quedó dormido. Un finito hilo de baba se le descolgaba por la pera.

**M**e explicó el del bar: "Es Fito, es medio tonto ¿ve?, nos hace los mandados y de vez en cuando le pasamos alguna moneda y tabaco". Después supe que los padres de Fito habían muerto, que el muchacho quedó a cargo de un tío, el que un día se había ido para Chile y no volvió más. El muchacho quedó abandonado y prácticamente vivía de la caridad pública y los mandados.

Así las cosas, Fito se despertó y entró al bar, se acodó al mostrador y se puso a mirar nada; fijaba la vista en la vara de jarilla como extasiado, como si la viera desde otras regiones. Farfullaba algunas palabras que no se entendían y vuelta a mirar la vara y vuelta a hablarle. Así estuvo largo rato. El de el bar me dijo: "Dice Fito que el rebenque da flores. ¡pobre! y así se pasa las horas mirándolas". Después ordenó: Fito, andá al almacén y traeme una arroba de harina, decile a Salvador que es para mí, que me lo anote". Yo agregué: a mí traeme tabaco y papel y le pasé un peso.

## • Los lirios

**Y** allá salió el Fito, a los saltitos y pegándose rebencazos de jarilla en las ancas. Desató el caballo, lo montó y al galope de sus patitas zambas agarró para el lado del almacén. El palo de escoba levantaba tierra y dejaba una huella, como si una víbora lo siguiera al Fito.



Al rato cayó de vuelta. Ató el palo de escoba al algarrobo y entró al bar con la harina. Me dio el tabaco, el papel y veinte centavos de vuelto; se los di de propina; miró la moneda, grande, de reluciente níquel y preguntó: ¿Es para mí?. ¡Sí, para vos Fito! —le dije—. Ahí no más salió el Fito ya galopando, desató el palo y a toda furia tomó para el almacén. ¡Revoleaba las patas como galope de camello! Era un desparramo de energía.

De vuelta venía al trocico, dejó el palo bajo el algarrobo ¡Estese quieto! —le dijo— (aunque se olvidó atarlo). Entró al bar, se arrojó al mostrador y del bolsillo sacó un puñado de caramelos que, golosamente, se puso a comer. Era la imagen de la felicidad. Me arrojé y le pedí un caramelo. Al voleo eligió el más chico y me lo pasó, luego se dio vuelta para la pared y se olvidó del mundo. Se puso a mirar la vara de jarilla, comía caramelos y vuelta a la jarilla y vuelta a los caramelos: Fito, la jarilla y los caramelos era una sola cosa. Sólida, como un templo.

**U**n anochecer vi que Fito salía del poblado y tomaba para unos barrancos al sudoeste. Lo seguí, ocultándome para que no me viera. Al rato se me había perdido. Se hizo la noche y emprendí el camino de regreso. Me llamó la atención un resplandor que salía del lado de los barrancos, me aproximé cautelosamente hasta llegar casi a la entrada de una caverna que era de donde salía el resplandor. Lo que allí vi me dejó aletado: Fito, nimbado por una extraña luz, estaba en posición orante, de rodillas sobre la arena, en las manos sostenía la vara de jarilla en la que había brotado una especie de lirios luminosos. Todo era muy extraño y me dio algo de miedo. Sigilosamente me retiré hacia el caserío.

Al otro día, como Fito no aparecía por el pueblo, fuimos, con el del bar a campearlo por los barrancos. Llegamos a la caverna donde lo había visto la noche anterior. Allí estaba Fito. Estaba muerto. Yacía en posición fetal. En las manos tenía la vara de jarilla. En el aire de la caverna flotaba un tenue perfume a lirios.

# MERCEDES MACHO

La conocí un día del invierno de 1932. La mañana estaba fría y luminosa y el sol, débil, entibiaba la vidriera del lado norte de la Confitería La Chiquita de calles Mitre y Mendoza. Por la vereda de enfrente, en Ferretería Zunino, paró un automóvil Ford T. La parte de atrás del auto había sido convertida en caja para transportar mercaderías y, no obstante el frío, el carruaje carecía de parabrisas. Descendió del vehículo una mujer extraña, llamativa, que cruzó la calle, entró en la confitería, se sentó en la mesita que daba al sol y pidió café con leche, masas y una copa de anisado. Ahí pude observarla.

Era de regular estatura, cerca de un metro setenta. Fornida, de carnes prietas y musculosas; la tez era trigüeña y tirando a criollo, el pelo marrón y en melena corta. Vestía una pollera a media pierna, de color gris con rayas negras; camisa tipo grata; pañuelo al cuello. Llevaba un saco de hombre color marrón con rayas más oscuras, de la solapa colgaba, una cadena de oro, un reloj Longines que caía en el bolsillo del pañuelo. Doblado hacia abajo, la punta de un pañuelito bordado lucía aprisionada por la prensilla que sostenía un lápiz. Llevaba medias de lana, sujetas por ligas a la altura de la rodilla; calzaba zapatos de hombre. Llevaba, después supe, permanentemente, un rebenque o fusta gruesa que pendía de una correa que colgaba del antebrazo derecho. Un chambergo marrón coronaba el espectáculo.

Parca en palabras, su voz era gruesa y pausada. Se adivinaba acostumbrada al mando y a ser obedecida. Al verla, la primera impresión era de estupor que luego era simpatía. Tomó el café con leche y masitas pausadamente, luego saboreó con deleite, la copita de anís. Llamó, pagó y saludando al dueño de la confitería, de quien era amiga, tomó la calle, le dio manija al forcito, arrancó y enderezó para la feria donde iba a hacer las compras para su negocio.

El negocio era la proveeduría del parque de Zonda que se estaba construyendo. Entre dos y trescientas personas deben haber sido las que atendían en su negocio y ¡seguramente había de todo! de ahí la justificación de la tenencia del rebenque y el carácter.

Un día de franco me fui para verla. Ahí estaba, tal como la viera en la confitería, vestida de autoridad y leyenda. Una como peoncita la ayudaba en las menudencias: azúcar, yerba, tabaco, fósforos, sardinas, alpergatas, algún pañuelo. Ella, despostaba una media res y a fe, que manejaban el cuchillo con una destreza digna de mejor tarea y mejor causa. ¡El cuchillo, símbolo de autoridad y mando, estaba en buenas manos!



## Zonda

El parque de Zonda estaba en sus inicios y todavía tenía el natural encanto de su primitivismo. La quebrada era surcada por un curso de agua (el estero) que, sorteando obstáculos formaba innumerables meandros y naturales ollas ideales para el baño y el descanso de numeroso público que allí acudía. Los caminos y túneles del alto estaban en plena ejecución. En el curso de agua, una trondosa arboleda, en la que predominaban los sauces daba ornamento al paisaje y frescor y sombra a la gente, especialmente familias, que acudían a ese paseo a pasar el día.

Ese era el ámbito y ese el tiempo que Mercedes Ríos hacía su vida y cumplía su destino. La práctica del coraje y el uso de la independencia eran atributos naturales en esa extraña y pionera mujer. Cuando las mujeres (la mayoría) eran amas de casa y criadoras de hijos, cuando no objeto de la prepotencia del macho, ella era una mujer libre y ejemplar en muchos aspectos. Ello le valió el escarnio del apodo que, creo llevaba con orgullo: ¡Mercedes Macho!

¡Ese era el ámbito y ese el tiempo de Mercedes Macho! Atender y conformar a trescientos clientes entre polacos, checos, italianos, chilenos y criollos no es "moco de pavo". Ella sabía su trabajo y lo hacía bastante bien aunque, a veces, dejara de lado la urbanidad y "el cliente siempre tiene razón" para inclinarse por razonamientos más contundentes, como pueden ser el coraje y el rebencazo.

Actuaba en la política y ¡por supuesto! militaba en el flamante bloquismo de los "tres machos Cantoni". Eso marcaba una definición y un estilo de vida (ese estilo se asumiría, años después, masivamente) en toda la república.

La tarde llegaba a su fin y dí una última vuelta por el boliche de la Mercedes. Estaba afirmada en el mostrador de pino. La silueta se recortaba nítida contra el crepúsculo de la oración. Era como dueña del paisaje y de la gente. El chambergo, tirado para la nuca, resaltaba el perfil acriollado y arrogante. Había afirmado una pierna sobre un esqueleto de botellas vacías. La fusta, jugueteando en las pantorrillas era el símbolo de una época y de una estirpe que pasaría irremediadamente. Hoy estamos más civilizados... ¡el para qué, me lo sigo preguntando!

Mercedes Ríos murió por los años cuarenta en un accidente automovilístico cerca de Cañada Honda. Esta vez se equivocó la muerte. Mercedes Macho era mucho más que una nota policial. ¡Merecía la muerte en un acto heroico!

## EL VIAJE

**E**n los páramos de Encón y Punta del Médano brillaban las charcas de las recientes lluvias. La flora xerófila lucía lustrosa y algunas cabras, gordas y satisfechas, pacían y, las más curiosas, desde lo alto de los montículos de arena observaban el rauda paso del ómnibus atestado de turistas. Para el poniente, el cielo grana y surcado de amarillentos cerros hundía su majestad tras los lejanos cerros y el sol iniciaba su quehacer en la madrugada de otros horizontes. Lentamente el pastoril embeleso fue cediendo al avance de las sombras y el ómnibus entró en el túnel de la noche. Los pasajeros buscaron su acomodo en los asientos, plegaron los respaldos y se entregaron al sueño. Cuando el chofer apagó las pequeñas luces, en los vidrios de las ventanillas empezaron a jugar extraños resplandores que emiten las estrellas reflejadas en las pequeñas lagunas. **Se acalló la radio y solo quedó en la noche el suave acunar de las gomas en el asfalto y el panzón reptil, atestado de ilusiones, enderezó para el sur. Me dejé llevar por el suave balanceo, la modorra y el apiñamiento y entré al sueño con la suavidad con que el pájaro se posa en la rama.**

**E**sobresalto que produce un bache; la inclinación de un peralte, el rechinar de los frenos; las suaves luces de una perdida terminal interrumpían el sueño. Lentamente arrancaba el vehículo y todo empezaba de nuevo... y siempre al sur, a las regiones de mi niñez y mis anhelos. Recuerdo que en un momento limpié el vidrio, hice pantalla con las manos y escurriéndole las sombras alcancé a ver, lejana y sola la Cruz del Sur. El corazón dio un vuelco. Esa constelación acunó mi infancia y, ya más crecudito, fue mi guía en la noche del campo y de mis correrías. Largas conversaciones tuve con mi estrella y creo que, a veces, hasta ella me buscaba para el diálogo. Muchos años pasaron desde entonces pero la conversación es la misma: ella me habla de su eternidad y yo de mi fugaz alegría de vivir que también es eterna, porque cuando la tierra se apague, el último niño estará mirando la Cruz del Sur y contándole sus sueños y ella estará mirando al niño y contándole sus eternidades. **¡Ahora inventaron los medios de comunicación... déjeme que me ría un rato!**

**D**e pronto, en medio de la noche algo me despertó: un extraño olor acariciaba mis fosas nasales. Mi corazón retroce-



dió una pilada de años y me vi entre los olores de los yuyos del sur; sentí al peludo cavando la tierra, la vizcacha royendo la raíz y el penetrante olor del zorrino ejerciendo su defensa. Ese olor había sentido ahora: el penetrante, inconfundible olor a zorrino. En largas noches de peludadas; en tempranos amaneceres de rejunte de la tropilla para acorralarla en mis tiempos de boyero; en lánguidos atardeceres, cuando la hacienda va a los bebederos y atisba el dormilón en los senderos y el pájaro vuelve al nido yo sentí ese olor del zorrino y ese olor se metió en mi sangre y para mí, es uno de los más preciados olores del paraíso. **¡Ese olor me despertó en el ómnibus y entonces comprendí que había llegado a mi pago, que estaba en mi patria, el lugar en que mis padres duermen, sí, ya estaba en Huinca Renancó!**

**A** otro día el abrazo con mis hermanos y mis seres queridos y el andar los caminos en la niñez y sentarme en la Plaza Crespo, que la vi nacer en los años veinte y que ahora un frondoso y esbelto pino (que vi plantar) ahora daba sombra a un anciano que entonces era un niño y comprender, de golpe, que el que está quieto, en su lugar (como el pino) crece soberbio y señor de su entorno porque está clavado a su origen y que el hombre, andariego y buscón, se marchita en estúpidos trasplantes en pos de vanidades **¡Claro que el árbol es el árbol y el hombre es el hombre! Salvo, claro está, que al hombre nunca sabrás donde encontrarlo y al árbol y su sombra y sus frutos sí lo encontrarás cuando quieras porque él te estará esperando.**

**A** otro día fui al cementerio a visitar a mis padres y algunos hermanos y allí fue que tuve una gran revelación: Comprendí que mis padres y mis hermanos no estaban muertos. Ellos estaban ahí, en la tierra, como yo en ese instante. Claro, ellos habían ido antes y ya eran tierra y yo (hombre sobre la tierra) tenía aún que cumplir el último tramo, entrar a la tierra y ser ya, definitivamente, (como mis padres y hermanos) un pino, un olor, un zorrino, un peludo, una vizcacha, un yuyo o la Cruz del Sur. **¡Salí del cementerio contento, había recuperado a mis seres queridos, ya era parte de la estrella!**

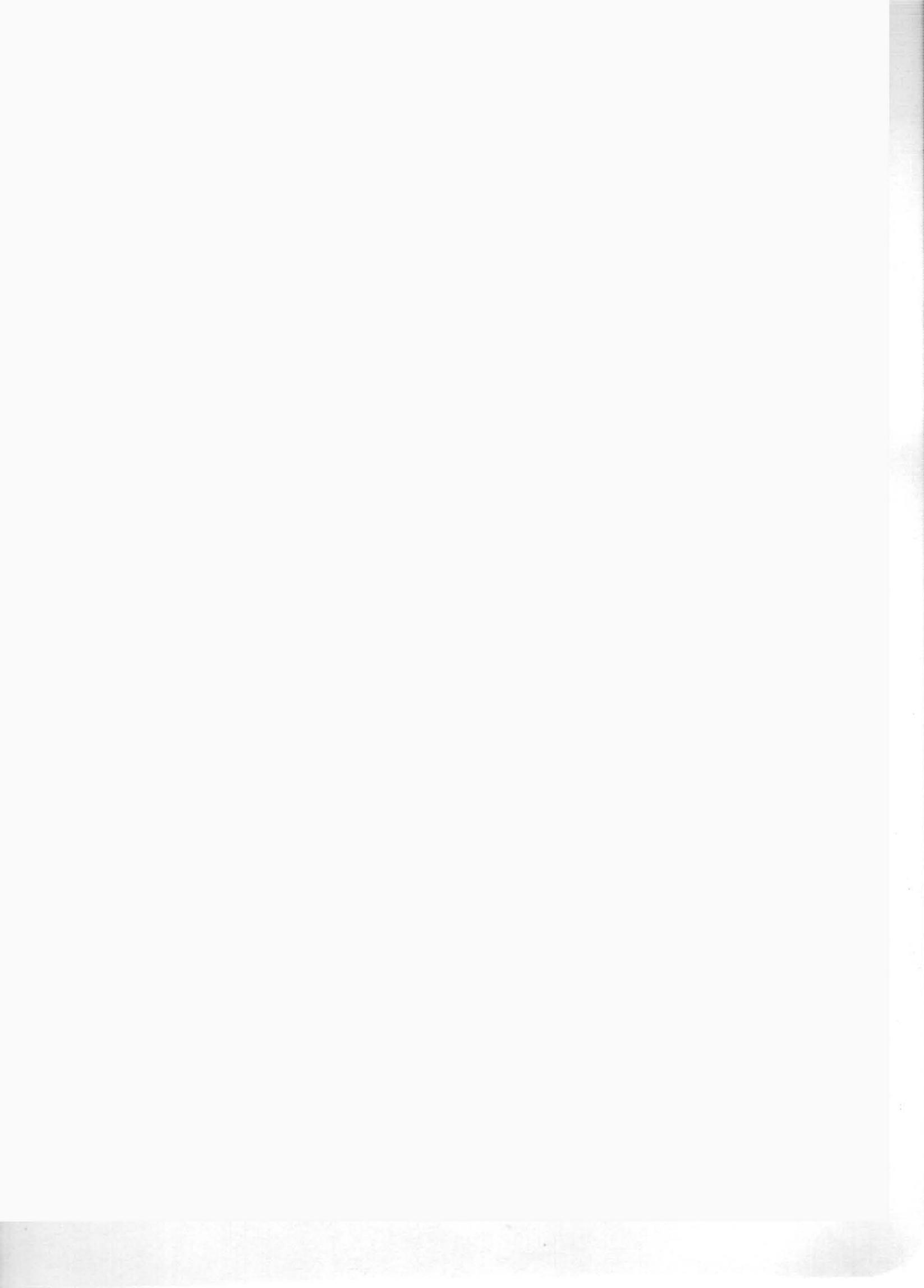
# INDICE

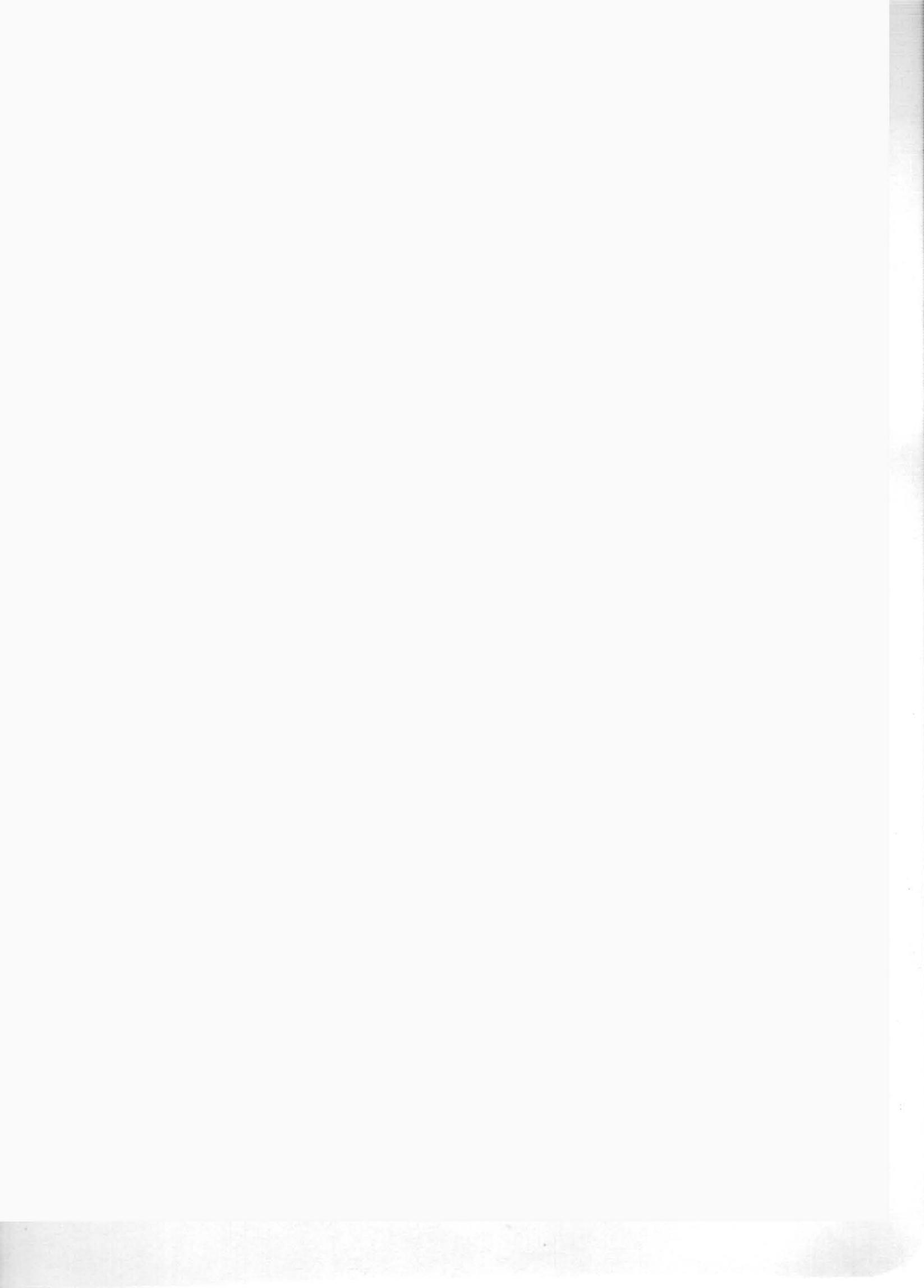
Artículos que perdurarán .....	3
A manera de Prólogo (Rufino Martínez) .....	5
Un niño, un domingo .....	7
Dipus .....	8
Los abulos .....	9
El arcón de la abuela .....	10
El alazán y el moro .....	11
¡Mañungo Rojo, sí señor! .....	12
La nacencia .....	13
El cazador de pumas .....	14
La catanga .....	15
¡Sunchos van! .....	16
En la luna comiendo, aceituna .....	17
La trama y la cacería .....	18
El ciclón .....	19
El peregrino .....	20
Huinca Renancó .....	21
El prófugo .....	22
La decisión .....	23
El angelito .....	24
Feliz Año Nuevo .....	25
Como creciendo .....	26
Como creciendo II .....	27
Nochebuena .....	28
La espinita .....	29
La Calíbar vs. Carlitos .....	30
Paco .....	31
La pileta York .....	32
El mandado .....	33
El timbó .....	34
El tifus, el médico y mamá .....	35
La chaya .....	36
Don Noriega .....	37
Pelar duraznos, desgranar maíz .....	38
Bichofeo .....	39
Peladita y el basilisco .....	40
La muerte de don Blas .....	41
El cigarrillo .....	42
Palán palán .....	43
José Dolores .....	44
La peludiada .....	45
El minero .....	46
La patria .....	47
Las sandías .....	48
La adelfa .....	49
Santos Guayama .....	50
La langosta .....	51
La urpila .....	52
¡Mi papá era un griego! .....	53
Fito .....	54
Mercedes Macho .....	55
El viaje .....	56

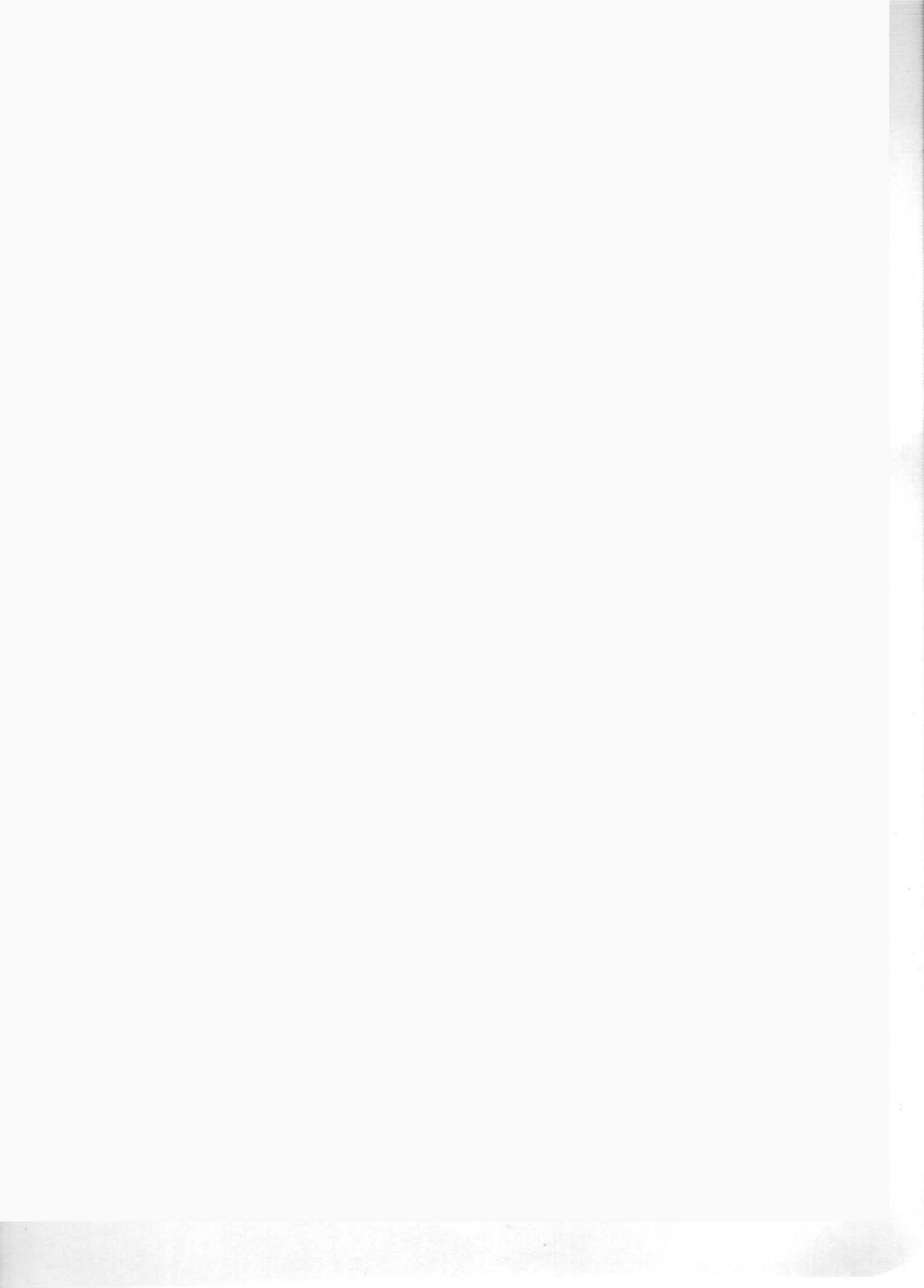
**LA GRAN  
ALDEA**

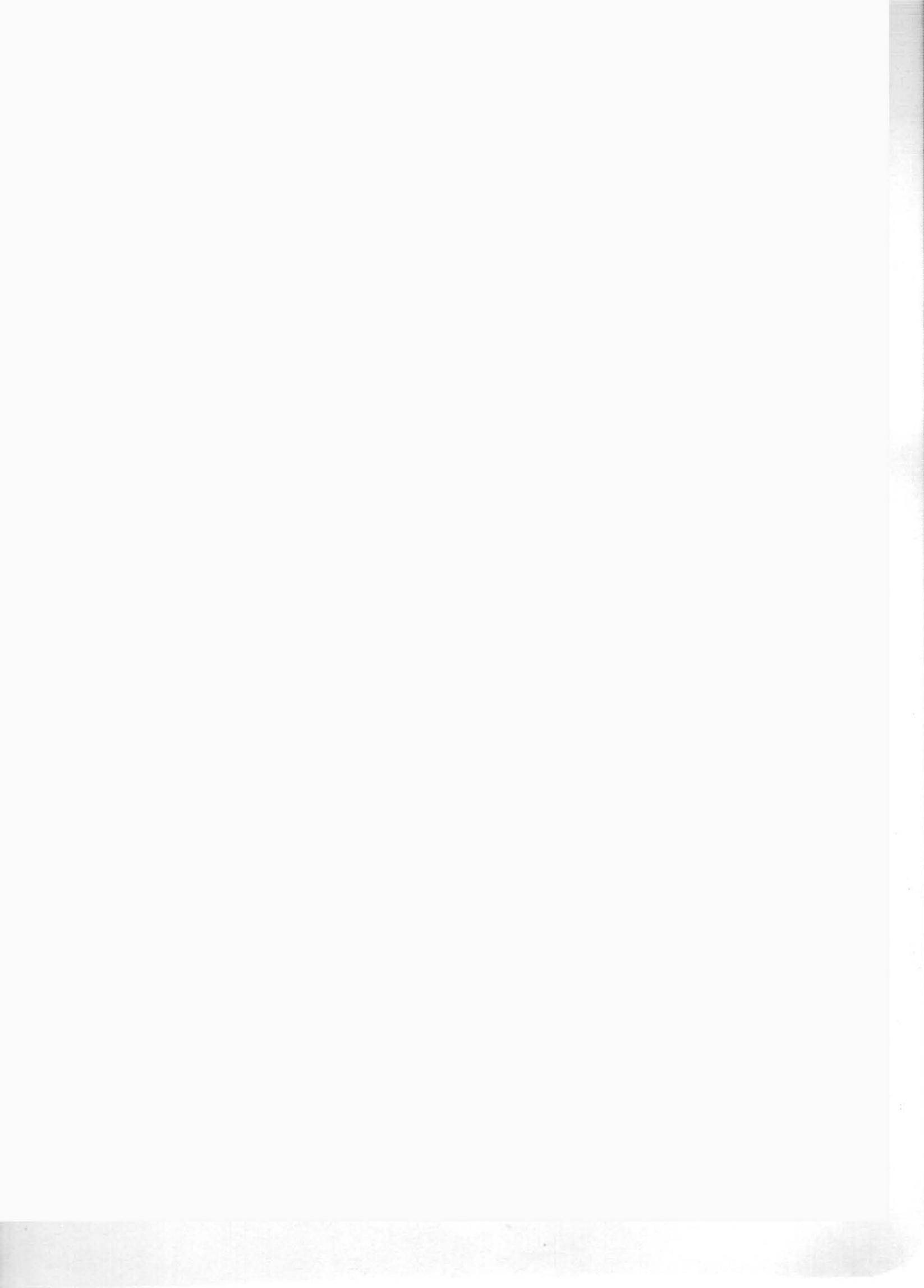
Rufino Martínez

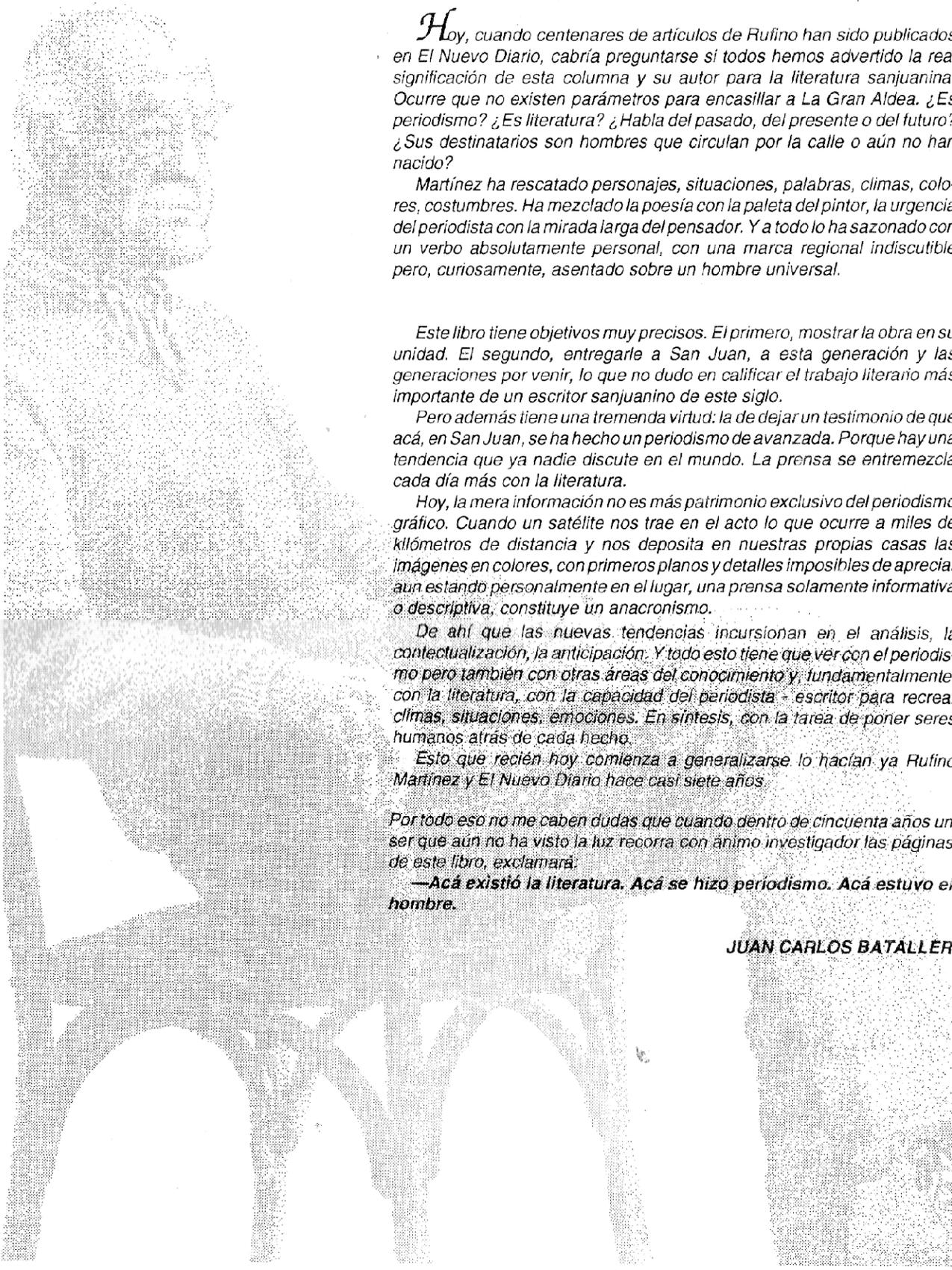
Un producto de Editores del Oeste SAIC - Santa Fe 236 Oeste  
5400 - San Juan - Argentina • Telefax (064) 213658 / 212441 / 215056.  
Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1992 en Multicopy SRL











*Hoy, cuando centenares de artículos de Rufino han sido publicados en El Nuevo Diario, cabría preguntarse si todos hemos advertido la real significación de esta columna y su autor para la literatura sanjuanina. Ocurre que no existen parámetros para encasillar a La Gran Aldea. ¿Es periodismo? ¿Es literatura? ¿Habla del pasado, del presente o del futuro? ¿Sus destinatarios son hombres que circulan por la calle o aún no han nacido?*

*Martínez ha rescatado personajes, situaciones, palabras, climas, colores, costumbres. Ha mezclado la poesía con la paleta del pintor, la urgencia del periodista con la mirada larga del pensador. Y a todo lo ha sazonado con un verbo absolutamente personal, con una marca regional indiscutible pero, curiosamente, asentado sobre un hombre universal.*

*Este libro tiene objetivos muy precisos. El primero, mostrar la obra en su unidad. El segundo, entregarle a San Juan, a esta generación y las generaciones por venir, lo que no dudo en calificar el trabajo literario más importante de un escritor sanjuanino de este siglo.*

*Pero además tiene una tremenda virtud: la de dejar un testimonio de que acá, en San Juan, se ha hecho un periodismo de avanzada. Porque hay una tendencia que ya nadie discute en el mundo. La prensa se entremezcla cada día más con la literatura.*

*Hoy, la mera información no es más patrimonio exclusivo del periodismo gráfico. Cuando un satélite nos trae en el acto lo que ocurre a miles de kilómetros de distancia y nos deposita en nuestras propias casas las imágenes en colores, con primeros planos y detalles imposibles de apreciar aun estando personalmente en el lugar, una prensa solamente informativa o descriptiva, constituye un anacronismo.*

*De ahí que las nuevas tendencias incursionan en el análisis, la contextualización, la anticipación. Y todo esto tiene que ver con el periodismo pero también con otras áreas del conocimiento y, fundamentalmente, con la literatura, con la capacidad del periodista - escritor para recrear climas, situaciones, emociones. En síntesis, con la tarea de poner seres humanos atrás de cada hecho.*

*Esto que recién hoy comienza a generalizarse lo hacían ya Rufino Martínez y El Nuevo Diario hace casi siete años.*

*Por todo eso no me caben dudas que cuando dentro de cincuenta años un ser que aún no ha visto la luz recorra con ánimo investigador las páginas de este libro, exclamará:*

**—Acá existió la literatura. Acá se hizo periodismo. Acá estuvo el hombre.**

**JUAN CARLOS BATALLER**